

La Violencia en Colombia: Construcción del liberalismo a partir del uso que el partido hace del  
discurso religioso en la prensa

Paula Andrea Gutiérrez de Piñeres Hernández

Trabajo de grado para optar por el título de  
Comunicadora Social y Politóloga

Directora de trabajo de grado  
Andrea Cadelo

Pontificia Universidad Javeriana

Facultad de Comunicación Social y Lenguaje  
Comunicación Social

Facultad de Relaciones Internacionales y Ciencia Política  
Ciencia Política

Bogotá – 2019

## **Índice**

Artículo 23 y Agradecimientos.....	3
Resumen/abstract - Palabras claves/keywords.....	4
Introducción.....	5
Capítulo I	
Análisis historiográfico.....	11
Capítulo II	
Análisis crítico del discurso.....	19
Prensa y opinión pública.....	27
Violencia simbólica.....	31
Capítulo III	
La Violencia Bipartidista.....	34
Capítulo IV	
El tema religioso.....	47
Capítulo V	
De la prensa a las elecciones	
• Elecciones 1930.....	63
• El liberalismo y la <i>paz religiosa</i> .....	65
• Elecciones 1946.....	80
• Continuidad.....	81
Conclusión.....	93
Referencias bibliográficas.....	97

**Artículo 23 del reglamento de la Pontificia Universidad Javeriana – Resolución No. 13 de junio de 1946**

“La Universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por los alumnos en sus trabajos de grado, solo velará porque no se publique nada contrario al dogma, la moral católica y porque el trabajo no contenga ataques y polémicas puramente personales, antes bien, se vean en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

**Agradecimientos**

Creo que para todos aquellos que han escrito un trabajo de grado es claro que los planteamientos pueden transformarse en varias oportunidades. En mi caso en específico agradezco que eso haya ocurrido, pues fue por ello que aprendí y reaprendí una lección de vida: ser imparcial. Es claro que es complicado ser un árbitro en cualquier situación de investigación, sobre todo cuando se trata de ciencias sociales, sin embargo, eso no significa que no se haga un intento consciente por ser objetivo. A pesar de ello, sigue siendo necesario ser crítico, hacerse preguntas, analizar y eventualmente denunciar, si el caso así lo amerita.

Es por esto que le quiero agradecer especialmente a dos personas que, de manera incansable, me han aconsejado respecto a este tema. La primera, mi directora de tesis Andrea Cadelo, quien me acompañó durante todo este proceso y tuvo paciencia en las “crisis” que experimenté cada vez que me daba cuenta que debía abrir mi mente un poco más. La segunda, mi madre Marisol Hernández, quien desde que tengo uso de razón, me ha enseñado que todo no es blanco o negro, pues casi siempre existe un área gris en el medio; que los extremos pocas veces son saludables y que es necesario conocer a cabalidad un tema, para poder tomar decisiones o hacer juicios radicales al respecto. A ella, gracias también por apoyarme siempre en mis decisiones, permitirme estudiar una carrera que me apasiona y, en general, por motivarme a cumplir mis metas.

## Resumen

Esta investigación realiza un análisis crítico del discurso en la prensa, reconociéndola como lugar de surgimiento de la opinión pública y de la cultura política, con el fin de analizar el papel existente del discurso religioso en la construcción de la identidad partidista Liberal en el periodo denominado La Violencia Bipartidista en Colombia. En esta época la militancia en uno u otro partido resultaba determinante para el estallido de la violencia directa entre los ciudadanos; mas se considera que las diferencias entre los conservadores y liberales eran el producto de una formación histórica y por tanto preexistentes (Rehm, 2014). Por esto, es esencial entender como estos dos partidos construían su identidad individual, con posiciones antagónicas entre ellos, con el fin de evidenciar como el discurso religioso también pudo ser utilizado por el liberalismo con fines electorales, contribuyendo a la violencia simbólica.

## Abstract

This research examines critically Colombian print media, recognizing the importance of it in spreading political culture and public opinion, with the final purpose of analyzing the existing role of religious speech in the formation of the liberal political party' identity in the period so-called *La Violencia* in Colombia. Although the experience of physical violence was particularly notorious during this period, the differences between the two parties had a much longer history (Rehm, 2014). Accordingly, it is essential to understand how contrasting individual identities, based on fundamental differences, were fostered by the parties, and in doing so, develop an insight into the role of religious symbology in the liberal political influence.

**Palabras Claves:** Violencia bipartidista, la Violencia, conflicto político, Colombia, religión, violencia simbólica, prensa, análisis crítico del discurso, opinión pública, cultura política.

**Keywords:** Violencia bipartidista, violence, political conflict, Colombia, religion, symbolic violence, print media, critical analysis of speech, public opinion, political culture.

## Introducción

En 1958 con el primer gobierno del Frente Nacional (después de la ‘dictadura blanda’ de General Rojas Pinilla), encabezado por Alberto Lleras Camargo como presidente y de la mano de Laureano Gómez, se creó el organismo *La Comisión Investigadora* como una unidad de estudios sobre lo ocurrido en la época de La Violencia Bipartidista. Este fue el primer intento por esclarecer los hechos ocurridos en el país, que a pesar que construyó una memoria histórica colectiva parcial de lo que fue La Violencia, sí contribuyó al entendimiento de algunos aspectos y procesos que se llevaron a cabo en ese periodo. Jefferson Jaramillo Marín (2011) en el artículo *La Comisión Investigadora de 1958 y la Violencia en Colombia*, menciona que esta institución de investigación no desarrolló ningún informe final, sin embargo, sí realizó artículos de prensa e informes verbales al presidente y ayudo a recuperar más de 20.000 testimonios. Esta información más adelante fue utilizada en libros y textos académicos; uno de ellos, el primero que describió los hechos, *La Violencia en Colombia* (1962), redactado por Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna.

Cuatro años de finalizada su labor, gran parte de sus hallazgos serían consignados por un sacerdote que hizo parte del equipo comisionado, por un sociólogo y un abogado (que no hicieron parte de la comisión), en un libro que causó gran impacto y que llevó el título *La Violencia en Colombia (1962-1963)*. Aunque entre la Comisión y el libro no puede establecerse una estricta conexión, (...) sí puede decirse que ambos fueron determinantes para comprender la transformación de orden de las representaciones sociales y políticas que conllevo La Violencia. En resumidas cuentas, si la comisión fue un dispositivo de trámite y representación de las secuelas de La Violencia, el libro fue la plataforma académica que reveló etnográfica y sociológicamente sus manifestaciones en las regiones. (Jaramillo Marín, 2011, págs. 59-60)

Esta información resulta relevante para la investigación, porque ambos, la Comisión y el libro, fueron pioneros en describir y denunciar La Violencia Bipartidista, periodo que es de interés para este trabajo.

Como se menciono anteriormente, las primeras aproximaciones acerca de lo que significo este período no fueron imparciales. Jaramillo Marín da cuenta de ello al ahondar acerca del carácter incompleto de la información revelada por la comisión investigadora. Para este autor, la misma sirvió para remediar superficialmente los daños ocasionados y para evitar culpas. Según dicha narrativa “un cáncer generalizado ameritaba un remedio generalizado y si la Violencia había sido responsabilidad de todos, la Paz sería igual tarea para todos” (Jaramillo Marín, 2011, pág. 26). Jaramillo Marín también añade un aspecto importante y es que mucha de la información recopilada se recogio por medio de testimonios que la ciudadanía dió a los curas que participaron en el proceso. Es decir, los ‘testimonios’ sirvieron más bien como confesiones católicas para quienes habían sido parte de los actos y el proceso nunca pretendió ser una verdadera comisión de la verdad donde se establecieran cifras exactas, culpabilidades o en general un análisis de por qué y cómo se dieron los acontecimientos. En cambio, si se hubiera realizado un examen profundo de la causas y consecuencias, se habrían llegado a soluciones que evitaran o mitigaran el surgimiento de nuevos brotes de violencia (como sucedió durante y después del Frente Nacional).

El carácter incompleto de la información ha sido evidenciado también por diferentes autores contemporaneos, sobre todo en lo que respecta a la mortalidad y temporalidad de la época. Francisco Gutiérrez, por ejemplo, menciona que “antes de la década de 1980 prácticamente no se tenía acceso a ningún registro cuantitativo (bueno, regular o malo) de la violencia política a nivel nacional; muchas cifras que se repiten rutinariamente y se toman por dadas, resultan poco fiables apenas uno las examina con atención” (Gutiérrez, 2014, pág. 21). La Violencia data, según Gutiérrez, “más o menos desde la segunda mitad de la década de 1940 hasta comienzos de la década de 1960” (Gutiérrez, 2014, pág. 12). Cristina Rojas identifica su inicio en “un periodo de ocho años (1949-1957) en el que se considera que 180.000 personas (1.5% de la población) fueron asesinadas, cerca de 400.000 parcelas fueron abandonadas y dos millones de personas fueron desplazadas de sus tierras” (Rojas C. , 2001, págs. 31-32). Daniel Pécaut considera que “el término Violencia, como se sabe, ha servido de nombre propio para designar esa especie de guerra civil (en realidad una mezcla de fenómenos muy heterogéneos), que produjo 200.000 muertos” (Pecaut, 2012, pág. 25) y al igual que Carlos Mario Perea (Perea, 1996), la ubica entre los años 1946-1965.

Incluso los mismos autores de *La Violencia en Colombia* (1962) mencionaron en su momento, la debilidad respecto a lo que se conocía de este periodo:

Colombia ha venido sufriendo el impacto de una dura prueba desde 1930, agudizada desde 1948, a la que, por sus características siniestras, se ha denominado << La Violencia >>. Mucho se ha escrito sobre ella, pero no hay acuerdo en cuanto a su sentido. Se acentúa en cambio, el peligro de habituarse a la situación patológica que conlleva. (...) En efecto, la nación carece de la noción exacta de lo que fue la violencia, ni la ha sopesado en su brutalidad aberrante, ni tiene indicios de su efecto disolvente sobre las estructuras, ni de su etiología, ni de su incidencia en la dinámica social, ni de su significado como fenómeno y mucho menos de su trascendencia en la psicología del conglomerado campesino; ni de las tensiones que creó, ni de la crisis moral que presupone, ni del enjuiciamiento que implica a los dirigentes de todo orden, ni del llamado que formula a una permanente, eficaz y serena meditación del problema que plantea. En parte se debe esto a que la bibliografía sobre la violencia ha echado por el atajo de la escueta enumeración de crímenes nefandos con inculpaciones partidistas o de la fácil casuística lugareña vertida en novelas que no han logrado todavía la total dimensión interpretativa del fenómeno. (Umaña Luna, Fals Borda, & Guzmán Campos, 1962, pág. 37)

Lo anterior no significa que quienes han investigado este asunto hayan hecho un trabajo equivocado o erróneo, sino que en un principio no hubo un análisis extensivo del tema y por tanto en las investigaciones existentes hay vacíos y desfases considerables. Cabe aclarar que los desajustes, falta de precisión o exactitud en los datos no se deben siempre al carácter incompleto del análisis inicial, las diferencias entre los estudios también dependen del enfoque y decisión de cada uno de los autores. Es mas, es imprescindible que hayan diferencias en los estudios de los fenomenos sociales y políticos, con miras a generar conocimiento multidisciplinar y construir un mejor entendimiento de los fenomenos. A saber, La Violencia Bipartidista ha sido sobrestudiada en diversos campos del saber (principalmente por que es relevante), sin embargo, esto no implica que no hayan aún aspectos para estudiar, sobre todo por la importancia del proceso violento que se dio en la historia del país.

Cada una de las contribuciones que se han venido haciendo a lo largo de los años aportan de manera significativa. El presente trabajo de grado busca contribuir a esa construcción de relato histórico, en un nivel que, en el conocimiento de la autora, no se ha abordado aún o se ha tratado de manera superficial. En concreto, se hizo una investigación acerca de la utilización del discurso religioso por parte del liberalismo en la prensa, específicamente el que se refiere a las creencias y valores de la Iglesia católica en la construcción de la identidad del partido. Lo anterior, con la finalidad de observar como las representaciones de separación, jerarquía, deslegitimación y/o división propuestas, podían contribuir o no a la violencia simbólica y/o cultural que prescidió a la violencia física.

El primer capítulo aborda a cabalidad el estado del arte, con el fin de entender la situación en la que se encuentra el tema en la actualidad. Se busco demostrar que era necesario estudiar este hecho a profundidad, para poder sopesar realmente como el discurso religioso jugo un papel importante en la construcción de la representación de los dos partidos. Sobre todo, porque si bien se sabe que la Iglesia fue un actor que se vio beneficiado por el pacto del olvido al que hace referencia Jaramillo Marín, también constituyó/e un poder necesario para pacificar y ordenar al país. Esta institución tiene la más larga presencia en la historia de Colombia y cuenta con un peso significativo hoy. Por lo tanto, es imperativo que su efecto sea analizado en todos los actores que hicieron parte del conflicto y no sólo en su relación con el partido Conservador como ya se ha indagado ampliamente. El aporte de María del Pilar Vázquez Piñeros (2007) en este capítulo es determinante, ya que gracias al análisis historiográfico que hace sobre la relación de la Iglesia y La Violencia Bipartidista, se determina que el vacío que esta investigación pretende llenar, efectivamente no se ha estudiado aún. Sin embargo, como la autora se refiere directamente a las investigaciones que analizan el papel de la Iglesia en este periodo, y no a la utilización de los partidos del discurso religioso, fue necesario indagar en los escritos de otros autores.

El segundo capítulo expone la metodología del análisis y el marco teórico que se utilizo, dividido en tres apartados. El primero: análisis crítico del discurso, detalla la aproximación multidisciplinaria de Teun Van Dijk (1998-2003). Se explica detalladamente la razón por la cual la metodología es relevante para el estudio y cuáles son la aproximaciones teóricas, las herramientas y las variables tomadas de ese autor y utilizadas para el análisis. El segundo apartado



enumera las razones por las que la prensa, específicamente la del periódico *El Tiempo*, debe ser la fuente primaria para la investigación; medio de comunicación imperante en la época a estudiar para la construcción de opinión pública. Finalmente, el tercer aparte explica los conceptos de violencia cultural, simbólica y/o de las representaciones, a partir de la referencia a autores tales como Johan Galtung (1989-2003) y Cristina Rojas (2001).

El cuerpo de la investigación se encuentra en el tercer, cuarto y quinto capítulo. El capítulo tres y cuatro constituyen un abordaje contextual determinante, que explica las características generales de la historia del país y como estas concuerdan con el periodo de La Violencia. Primero se muestra la importancia de la militancia en uno u otro partido como elemento influyente para entender porque la filiación política parecía legitimar o justificar el uso de la fuerza mortal en contra del otro (Rehm, 2014, pág. 20). Y segundo se detalla la preponderancia del factor religioso a lo largo de la historia, que después sería un elemento que haría parte de la construcción de esas ideologías que competían por el poder. Finalmente en el capítulo cinco, se trata de manera extensa los resultados del análisis crítico del discurso que se realizó a la prensa Liberal en el *El Tiempo*, en dos años de elecciones (1930 y 1946).

Cabe aclarar que si bien existe un debate acerca del periodo en el que ocurrieron los sucesos, el presente trabajo define su temporalidad basado en dos aspectos fundamentales para la investigación: Elecciones y periodos de transición. Esto, porque ambos, constituyen momentos anteriores al escalamiento de la violencia y están directamente relacionados con la ideología. Los comicios electorales de entonces eran lapsos de tiempo durante los cuales el país se convertía en una batalla campal en la cual los dos partidos, Liberal y Conservador, desplegaban toda su plataforma y maquinaria política en favor de ganar las elecciones. Respecto a las transiciones, son los periodos en los que se pasa de un gobierno a otro tras un largo intervalo del partido contrario en el poder. La transición hacia el liberalismo después de más de 40 años de hegemonía conservadora en 1930 con un candidato moderado, Enrique Olaya Herrera, constituye para diferentes autores<sup>1</sup> la llamada “pequeña violencia”, es decir un antecedente directo a lo que más

---

<sup>1</sup> El periodo que comienza con 1930 y finaliza en 1946, constituye lo que muchos autores llaman, la pequeña violencia, un antecedente directo de La Violencia Bipartidista. Según Umaña Luna, Fals Borda, & Guzmán Campos (1962) 1930 es “la etapa conflictiva con la que la violencia bipartidista inició” ; “la “pequeña violencia” que tuvo lugar en los departamentos de Norte de Santander, Santander y Boyacá entre 1931-1934” (Gutiérrez, 2014, p. 38); “las luchas

adelante sería La Violencia Bipartidista. El segundo periodo de transición se da con La Violencia propiamente dicha, a partir del regreso del conservatismo al poder después de 16 años de gobiernos liberales, de la mano del moderado Mariano Ospina Pérez en 1946.

---

agrarias alcanzan una particular amplitud entre 1925 y 1936” (Pecaut, 2012, p. 33); el capítulo número 6 del libro de Fernán González *Modernización y violencia*, donde se encuentra toda la información sobre La Violencia Bipartidista, data desde (1930-1957) (González, 2014); entre otros.

## Capítulo I

### Análisis historiográfico

Cualquier persona que quiera acercarse al manejo de libros y textos de investigación que hablan sobre La Violencia Bipartidista, encontrará más similitudes que diferencias en lo que respecta al papel de la Iglesia en este periodo. Sin ahondar en la aproximación de cada uno de los autores que han estudiado este tema, parece recurrente la estructura que le dan al partido Conservador y Liberal con relación a esta institución católica, pues en la mayoría de ellos se encuentra un capítulo, un apartado específico o simplemente una mención, para aclarar como los conservadores y la Iglesia estaban íntimamente unidos. Pécaut (2012) por ejemplo, cristaliza esta relación en el subcapítulo *El fundamentalismo Conservador* del libro *Orden y Violencia: Colombia 1930-1953*, donde menciona como el laicismo proclamaba que el ser Liberal y católico era incompatible y que los conservadores, eran los poseedores totales de la identidad y tradición religiosa del país. En esta sección del texto se muestra no solo la instrumentalización de la religión por parte del conservatismo, sino también el activismo político de algunos sectores de la Iglesia, que en algunas ocasiones negaron incluso los sacramentos a los liberales.

El capítulo X (*La quiebra de las instituciones fundamentales*) del libro *La Violencia en Colombia Tomo I* (1962), también tiene un apartado específico para este tema, *Las instituciones religiosas*. En este se deja claro que, si bien en algunos casos la actitud cristiana se mantuvo aislada de la violencia y que varios párrocos defendieron la libertad de creencias, en la gran mayoría de las ocasiones se cometieron sacrilegios en nombre del catolicismo. Según los autores, miembros del clero, intervinieron activamente en masacres. La generalidad demuestra que una de las características más siniestras del periodo tiene que ver con la confusión de la religión y la política (Umaña Luna, Fals Borda, & Guzmán Campos, 1962, pág. 295) en nombre del partido Conservador en contra del debatible anticlericalismo Liberal<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> “El anticlericalismo no existía en Colombia a mediados de siglo. Los brotes de rebeldía y enemistad con la iglesia, que sin duda existieron encarnados en personas singulares, llegaron a constituir una fuerza política o cultural capaz de proponer un punto de vista en contra del papel de la iglesia en la sociedad y el Estado” (Perea, 1996, págs. 33-34).

Por otro lado, Palacios y Safford (2011) en un estudio económico y geográfico de la historia del país, se refieren a la Iglesia en esta época relacionándola con el papa Pío XII principalmente, el cual “bajo el anticomunismo de la Guerra Fría, se preocupó por reevangelizar el país” (Palacios & Safford, 2011, pág. 413). Según los autores, los sectores de la Iglesia que proclamaron esta medida estaban comúnmente aliados con los sectores más radicales del partido Conservador y relacionaron al partido Liberal y al gaitanismo directamente con el comunismo, satanizando esta posición. Ahora bien, Palacios y Safford diferencian la presencia de la Iglesia en política dependiendo de la fase, momento y lugar en la que se encontrara. Por ejemplo, en los últimos años de la hegemonía conservadora, estuvo íntimamente ligada a la elección de candidatos presidenciales. Sin embargo, en los primeros años de la misma, su papel no fue tan activo. En el tema de educación intervino mucho más cuando las políticas liberales pretendían disminuir su dominio en este sector, mientras que, en temas relacionados a las redes hospitalarias, se alejó del ajeteo político. Los autores dejan claro también que la presencia de la Iglesia no estaba limitada al partido Conservador solamente, pues el clero, nunca había sido un cuerpo unificado y hubo secciones del liberalismo que también instrumentalizaron el poder de la Iglesia, sin embargo, lo descrito respecto a este último tema es supremamente superficial.

Otros autores también redondean parcialmente esta materia y pasan por ella describiendo como obvia la relación entre conservadores y miembros del clero. Aunque en algunas ocasiones, cómo los autores Palacios y Safford, aclaran que esa relación no significaba la totalidad de los sectores del liberalismo, conservatismo o de la Iglesia. Francisco Gutiérrez, por ejemplo, escribe:

El conservatismo contaba con una poderosa red de intelectuales que constituían quizás la única institución nacional, ciertamente la única letrada y con autoridad: los curas. Este enunciado podrá sonar hiperbólico, en vista de las repetidas y correctas advertencias de Fernán González, en el sentido de que la Iglesia era muy diversa y abrigaba toda una paleta de preferencias políticas (1976). Esto es, indudablemente cierto. También lo es que la Iglesia estaba orgánicamente articulada al partido Conservador, incluso a mecanismo tan directamente partidistas como la escogencia de candidatos (Medina, 1986); que, dentro de su diversidad, expresaba un fuerte sesgo institucional pro conservador, que incluía la

participación directa de cientos de curas en la vida partidista; y que conservatismo e Iglesia estaban estratégicamente vinculados a partir de un haz de temas nodales (concordato, papel de la religión en la educación, regulación estatal de la vida privada) (Gutiérrez, 2014, págs. 126-127)

Alfredo Molano (2015) se aproxima a esta tendencia también, pero es mucho más sectario. Para este autor la relación entre Iglesia y partido Conservador era una calle de doble sentido, donde los dos actores se apoyaban mutuamente en la búsqueda de mantener el dominio en la urnas. Molano denuncia la violencia directa de miembros del clero hacia los ciudadanos pertenecientes al partido Liberal y la manera en la que a través del discurso, el conservatismo deslegitimaba al partido relacionándolo con una supuesta masonería, protestantismo o ateísmo; dando por sentado las diferencias que existían al interior de las instituciones. “La intención de Santos de reformar el Concordato fue un nuevo motivo de enfrentamientos. Monseñor Builes llamó entonces a luchar contra la iniciativa hasta la derrota o la muerte. Laureano desde *El Siglo* respaldaba la posición de Builes. La férrea unidad de la tendencia falangista de la Iglesia y el conservatismo se selló con la condena unánime al comunismo de la Conferencia Episcopal Bolivariana de 1944. La cruzada religiosa de aquellos años contribuyó a la polarización política y «preparó el camino para la violencia».” (Molano, 2015, pág. 12)

Sin embargo, la generalidad de los textos anteriormente mencionados, no están enfocados en entender el papel de la Iglesia únicamente y no existen trabajos lo suficientemente desarrollados con base solo en esta materia durante el periodo en cuestión. María del Pilar Vázquez Piñeros da cuenta de ello en el artículo *La Iglesia y la violencia bipartidista en Colombia (1946-1953): análisis historiográfico* (2007), pues para la realización de su análisis, encuentra que no existen obras específicas sobre este tema durante La Violencia, razón por la cual, debió elegir apartados de obras más extensas, como el capítulo *La Iglesia católica en la “Revolución en marcha” hasta el Frente Nacional (1930-1985)*, del libro del padre Fernán González, *Poderes enfrentados: Iglesia y Estado en Colombia*. La obra de este último autor en su desarrollo si está orientada en estudiar la relación Iglesia-Estado y fue utilizada en esta investigación, junto con otros textos secundarios, para la síntesis del capítulo *El tema religioso*; el cual describe la preponderancia del papel religioso a lo largo de la historia de Colombia y durante La Violencia Bipartidista. Ahora bien, la

aproximación de Fernán González resulta relevante, pues matiza la postura clásica de religión-conservatismo; pues al ser él “un miembro activo del clero, con una visión académica objetiva y actualizada” (Leal Buitrago, 1997, pág. 14) permite contemplar esa otra cara del panorama. González describe detalladamente los sucesos y reitera constantemente a romper con la mirada lineal, monolítica y sucinta que caracteriza a los estudios sobre esta materia. No obstante, como menciona Vázquez Piñeros también existe un sesgo en su análisis:

La dedicatoria de su libro es un acto de honestidad intelectual que permite entender los matices ideológicos de su catolicismo y constituye una pauta hermenéutica decisiva acerca de la orientación de su obra: «A la memoria de mi padre, Ramón González Ramos. A él, como buen Liberal y ferviente católico, le habría gustado leer estas páginas». El haber sido sacerdote e hijo de católicos liberales le permite comprender los puntos de vista de las dos partes en conflicto –catolicismo y liberalismo– y ofrecer una visión de la historia de la Iglesia aceptable para el amplio grupo de colombianos, liberales católicos. Por otra parte, resulta inevitable un cierto sesgo proliberal que en ocasiones dificulta la comprensión adecuada del conservatismo, desde el punto de vista tanto ideológico como de las motivaciones y de los aportes de sus gobiernos. De esta manera, queda pendiente una síntesis que pueda comprender lo Liberal, lo católico y lo conservador en la historia de la Iglesia colombiana. Es importante anotar que, a pesar de que son pocas las páginas dedicadas a la Violencia, fue necesario incluir a este autor, dados su importancia en el ámbito académico y el análisis de causalidad que presenta. (Piñeros, 2007, pág. 314)

Además del texto de González, Vázquez Piñeros tiene en cuenta otros textos para ahondar en la investigación sobre la historiografía vigente, a partir de los cuales manifiesta las similitudes en cuanto a la manera como diferentes autores han abordado el problema; exponiendo los aportes valiosos de los mismos, así como también los vacíos. A continuación, algunas de las obras analizadas por Vázquez: Michael La Rosa (2000) realiza una síntesis sobre la historia de la Iglesia en Colombia que va desde 1930 hasta la Constitución de 1991, en la cual pretende mostrar cómo la mirada de la institución debe ser ampliada teniendo en cuenta no sólo su carácter confesional y acrítico, sino también su intervención en políticas sociales y económicas. Christopher Abel (1987), se preocupa por presentar los matices y las diferencias en el interior de la Iglesia y de los partidos frente al problema religioso, logrando construir una imagen heterogénea, tanto desde el punto de

vista político, como geográfico, a nivel metropolitano, regional y local (Piñeros, 2007, pág. 315). Ana María Bidegain de Urán (1985), “analiza la influencia de las circunstancias de «clase» y de partido en las diversas maneras como el clero y los laicos percibieron y llevaron a la práctica su compromiso cristiano frente a la problemática social a través de organizaciones como la Acción Católica y la JOC (Juventud Obrera Católica)” (Piñeros, 2007, pág. 315). Ricardo Arias (2003) muestra las divergencias al interior del sector predominante del episcopado, haciendo evidente las dos posiciones clásicas dentro de la Iglesia “una radical, representada por los jerarcas más beligerantes frente al liberalismo, como fueron los casos de Ezequiel Moreno y Miguel Ángel Builes y otra moderada, aunque igualmente tradicionalista, pero más tolerante con los liberales, representada por la actuación de obispos como Mons. Ismael Perdomo y Mons. Luis Concha Córdoba” (Piñeros, 2007, pág. 315).

Las similitudes de estos autores según Vázquez Piñeros se encuentran en el énfasis que hacen en las relaciones de poder, dejando de lado la comprensión que la Iglesia tiene de su propia misión y enfatizando siempre en la supuesta lucha por mantener su influencia en el Estado y la sociedad (Piñeros, 2007, pág. 316) o en que los partidos y clases dominantes instrumentalizaban subordinadamente a la Iglesia. Todo esto aduciendo que la institución era una aliada incondicional del partido Conservador. Estas semejanzas que la autora encontró, dan cuenta de que tanto los trabajos que no investigan la relación Iglesia-partidos directamente, como los que sí lo hacen, continúan dejando los mismos vacíos:

A pesar de la importancia del aspecto religioso en la confrontación de los dos partidos a lo largo de la historia nacional –y, concretamente, durante la Violencia–, el tema ha sido prácticamente ignorado. Se encuentran referencias frecuentes a la militancia del clero en favor del conservatismo, pero hasta el momento no se ha publicado una obra seria y sistemática que aporte una interpretación más objetiva que dé cuenta de las razones de dicha militancia –cuando ésta efectivamente existió– y de los términos reales de tales compromisos. Este hecho pone en evidencia un vacío en la investigación que limita la comprensión del papel desempeñado por la Iglesia frente al fenómeno de la Violencia. (Piñeros, 2007, pág. 312)

El artículo de esta autora es relevante para este trabajo pues muestra la validez del estudio que se realizó, sobre todo por que el presente rompe con la mirada común de muchos escritores respecto a la relación Iglesia-partidos. Ahora bien, a pesar que el texto de esta autora sirve para conocer el estado del arte respecto a la Iglesia católica en el país, se queda corta (en los términos de esta investigación) en las otras variables epistemológicas. En especial por qué los trabajos analizados por Vázquez Piñeros no profundizan en la historiografía vigente sobre los partidos políticos y la instrumentalización que los mismos hicieron de la Iglesia específicamente. Si bien la autora hace mención a dicho vacío, lo considera sólo en relación al partido Conservador: “tampoco se destaca suficientemente la instrumentalización que muchos políticos conservadores hicieron de la Iglesia y del tema religioso con fines electorales” (Piñeros, 2007, pág. 319). El presente trabajo busca precisamente observar ese aspecto, pero con relación al partido Liberal, controvirtiendo la popular puesta en escena conservatismo-Iglesia, para intentar demostrar que el liberalismo no estaba separado de la religiosidad, a pesar de que fuera ‘anticlerical’, pues dependía de una población que, por su historia, era mayoritariamente católica.

Para este propósito, se buscó bibliografía reciente que incluyera todos los aspectos de interés. Sin embargo, se encontraron textos que sólo contaban con algunas de las variables de interés. La obra de Gustavo Adolfo Mesa Hurtado (2009), *Religión y violencia en documentos de los años 50 en Colombia: Las cartas del capitán Franco*, por ejemplo, analiza las misivas de un Liberal en Antioquia, para denotar la manifestación religiosa de la guerra en las mismas. Clara Helena Gaitán Barrero (2016) en el capítulo 2.3 *La religión*, del libro *Los Rojos y los Azules: La violencia de la polarización partidista Pacho (1930-1956)*, evidencia el carácter práctico de la religión como creencia. Daniel Turriago Rojas (2017) en *La actitud de la Iglesia católica colombiana durante las hegemonías Liberal y Conservadora de 1930-1953*, habla sobre las reformas políticas del partido Liberal en relación al tema religioso y como entonces “la Iglesia a través de la Conferencia Episcopal Colombiana identificaría al partido Liberal y sus medidas anti-católicas con la masonería, el comunismo y el protestantismo” (Rojas D. T., 2017). Norma Constanza Castillo Murillejo (2009) indaga las razones de género por las que las personas se asesinaban en el periodo y las expone en un texto, con título: *¿Por qué razones distintas a la filiación política nos matabamos los colombianos en los años 50?* Edwin Villamin (2014) trabaja varias de las variables



de este estudio, pero desde la Iglesia protestante en *Ciudadanía protestante y disidencia moral: el papel de la prensa religiosa en el debate sobre las libertades religiosas durante 1946 y 1953*.

Un trabajo más similar en contenido es el de Cruz Helena Espinal Pérez (2004). En el artículo *El lenguaje de la violencia, la prensa escrita, los partidos y la Iglesia: 1950*, la autora hace una investigación de los rasgos culturales de la violencia en Medellín durante el periodo de La Violencia Bipartidista. Para esto, realiza un sondeo de los periódicos regionales oficiales y a partir de ahí busca mostrar como a través de los mismos los partidos construían identidades propias que deslegitimaban al otro a partir del uso de un discurso violento. La aproximación de la autora es muy similar a la de este proyecto, sin embargo, la diferencia fundamental entre este trabajo y el de Cruz Helena es que mientras la autora se centra en el discurso como catalizador de violencia simbólica utilizado por los partidos hegemónicos, la Iglesia y los medios escritos de la ciudad de Medellín, este estudio se enfoca en la utilización del discurso religioso específicamente para construir una identidad liberal que era diferente, opuesta y separativa con el conservadurismo.

Otro ejemplo de investigación semejante, es el realizado por Lukas Rehm, en *La construcción de las subculturas políticas en Colombia: los partidos tradicionales como antípodas políticas durante La Violencia, 1946-1964*. En este, el autor investiga “a través del análisis del discurso, cómo se construían las subculturas políticas a partir de las diferencias entre los dos partidos tradicionales que subjetivamente eran consideradas fundamentales” (Rehm, 2014, p. 17). Rehm explica la importancia de la identidad partidista para militar en uno u otro partido, identidad que se construía desde consideraciones culturales. De ahí que retome las proposiciones de Daniel Pecaute (2012) sobre las subculturas políticas, para explicar esa dimensión simbólica que los caracterizaba. Todo esto porque esas diferencias fundamentales que se sustentaban en el carácter mismo de los partidos, parecían justificar según Rehm, el hecho de recurrir a la violencia mortal en las contiendas políticas (Rehm, 2014, pág. 20). En el apartado *Diferencias filosófico-políticas entre los partidos tradicionales*, el autor se refiere a las oposiciones que había entre los partidos políticos respecto a Iglesia católica, pero lo hace de manera superficial. Al igual que en la sección *El adversario político fuera de la comunidad humana*, donde se enfoca en la manera como se deshumanizó al adversario para fomentar la violencia directa contra él, esta vez sin mencionar directamente el aspecto religioso.

Este texto en particular, como los analizados al inicio de este capítulo y las obras estudiadas por María del Pilar Vazquez Piñeros, continúan reforzando la idea de que el conservatismo era el único relacionado con la Iglesia y el único que utilizaba el lenguaje religioso con fines electorales. En este aspecto se sigue encontrando el vacío, pues no se complejizan las diferencias que existían al interior de la Iglesia o del partido Conservador, así como tampoco se mencionaba que la mayoría de los liberales también hacían uso del mismo lenguaje.

Ahora bien, para el artículo realizado por Rehm y el libro de Daniel Pecaú hay una contraargumentación análoga con este trabajo realizada por Carlos Mario Perea (1996) en el libro *Por que la sangre es espíritu*. Según Perea, liberalismo y conservatismo no son dos subculturas diferentes, sino una sola cultura política. El autor desde la perspectiva de análisis del discurso de Geertz, demuestra que el discurso de ambos partidos contaba con una idéntica gramática discursiva que invalidaba al contrario y convertía en irreconciliable las diferencias en las identidades de los mismos. A partir de esa narrativa resultaba “tan importante la intransigencia conservadora como la participación del liberalismo en las lógicas del “fundamentalismo” y lo ‘no negociable’” (Perea, 1996, pág. 15). Es este mismo investigador, a diferencia de la mayoría de autores anteriormente citados, el que propone que el anticlericalismo liberal no tenía cabida ya durante La Violencia Bipartidista.

Hasta el anticlericalismo de los radicales del siglo XIX resulta dudoso. El mismo José María Samper, al tiempo que participa con fogosidad en la discusión de la legislación sobre el matrimonio civil, se casa por la iglesia mientras escribe para ‘resolver’ su contradictorio comportamiento: “las leyes del honor, sancionadas por las costumbres, tendrán siempre más fuerza obligatoria para los hombres de corazón que todas las leyes civiles” (Perea, 1996, pág. 33).

Los resultados o conclusiones de Carlos Mario Perea tienen bastantes similitudes con el presente trabajo, sin embargo, mientras que él utiliza el análisis del discurso de Geertz como aproximación metodológica, este informe lo hace a través del análisis crítico del discurso de Van Dijk. El autor, basado en tal metodología, considera que la cultura siempre es constructiva y de

larga duración y la violencia es aniquiladora y efímera, es decir, la violencia aparece cuando el discurso logra que la cultura resulte infructuosa en su papel de mediación (Perea, 1996, pág. 10). Por el contrario, el análisis crítico del discurso de Van Dijk propone que el discurso es un mecanismo de producción y reproducción de ideologías en la sociedad a través del triángulo cognición-sociedad-discurso. Esto significa que, el análisis crítico del discurso es capaz de desenmascarar las instituciones ideológicas de carácter hegemónico y jerárquico que se instalan en la cultura y en la psiquis del individuo a través del discurso. Como se verá en el siguiente capítulo, el análisis del discurso difiere del análisis crítico del discurso por varias razones, entre ellas por que tiene en cuenta el contexto histórico, cultural, económico y social tanto de quien ostenta el poder como del individuo; a su vez que comprende que todos esos contextos son creados también por un discurso.

Para finalizar en lo concerniente al estado del arte respecto a la metodología de análisis, existe otro autor que la utiliza, aunque con un propósito diferente y en un periodo posterior. Cesar Ayála utiliza el análisis crítico del discurso de Van Dijk en *Exclusión, discriminación y abuso de poder en El Tiempo del Frente Nacional* (Ayála, 2008) para decodificar el lenguaje que el mismo utilizaba para reproducir la ideología del Frente Nacional y deslegitimar a la ANAPO y al MRL. Tal como se mencionó anteriormente, Ayala utiliza este método por que entiende que si bien quien genera un mensaje tiene una intención y utiliza cierto lenguaje para influenciar, tal como lo señala Perea, también “las actitudes o reacciones generadas por la recepción de un mensaje impreso no tienen su origen en el documento (texto o caricatura), sino en el nivel cultural de quien lo decodifica” (Ayála, 2008, pág. 22). Así mismo, reconoce la importancia del contexto de la situación que se analiza, ya que la decodificación de los mensajes se realiza a través de la cognición social. Esta última se refiere a que “los problemas sociales relacionados con la dominación no solo son susceptibles de ser analizados desde las fuentes que se analizan normalmente, sino que muchos de sus aspectos están en la cabeza de las personas y se han construido desde tiempo atrás (Ayála, 2008, pág. 25). Este último aspecto explica la memoria social, que es construida discursivamente por grupos humanos en cierto grado subordinada a procesos e intereses políticos, económicos e ideológicos.

## Capítulo II

### Análisis Crítico del Discurso

Antes que nada, vale la pena reiterar el propósito de esta investigación, para explicar el porqué de la elección de la metodología y marco teórico de la misma. El objetivo de este estudio es evidenciar la violencia que había en las representaciones entre liberales y conservadores, basada en un discurso de carácter religioso. Para lograrlo, esta investigación se propuso realizar un análisis crítico del discurso en la prensa Liberal del periódico *El Tiempo* durante la época anterior a La Violencia Bipartidista. Reconociendo este tipo de análisis como una herramienta óptima que desenmascara las intenciones de la utilización de cierto tipo de lenguaje para la construcción de la identidad individual y colectiva; así como la importancia de la prensa como espacio importante de difusión de la cultura política y los procesos de creación de la opinión pública. Todo esto, con el objetivo de mostrar cómo las representaciones de desigualdad, jerarquía, separación amigo-enemigo, constituyen un aspecto fundamental de la violencia simbólica y cómo la identificación, adhesión y filiación a determinada ideología en relación a aspectos y valores religiosos podía legitimar ciertas acciones en contra del copartidario, en un momento histórico en el que las diferencias políticas, económicas, sociales y, por supuesto, también religiosas, convertían lo imaginario en real; es decir, transformaban la violencia simbólica en violencia física.

Asumiendo lo anterior, parece necesario explicar qué es el análisis crítico del discurso (de ahora en adelante ACD) y por qué es la herramienta perfecta para lograr la meta propuesta. Para comenzar, el término y, en general, el tipo de investigación, comienza a utilizarse propiamente y extensivamente desde los años 90's; aunque las proposiciones de Teun Van Dijk, el autor del que este estudio ha tomado su metodología, vienen desde mucho antes, los años 70's. Ahora bien, el análisis del discurso, como el nombre lo indica, examina el discurso sistemáticamente, con el objeto de comprender que hay más allá del texto o del habla en la construcción de lo social. Sin embargo, "el ACD trata de evitar el postulado simple de la relación determinista entre textos y lo social y tiene en cuenta las instituciones en las que el discurso se estructura por dominancia; toma en consideración que todo discurso es un objeto históricamente producido e interpretado, esto es, que se halla situado en el tiempo y espacio; y que las estructuras de dominancia están legitimadas por las ideologías de grupos poderosos." (Wodak, 2003, págs. 19-20). Es decir, el ACD, se ubica

en el mismo espacio que el análisis del discurso y cualquier otra aproximación similar, pero comprende el carácter contextual, político y social del discurso; y por tanto su relación con las estructuras de poder, la creación y re-producción de las mismas.

No obstante, ¿qué significa ser crítico? Wodak (2003) en el primer capítulo de un libro que reúne lo que es y ha sido el ACD y los postulados de sus proponentes, explica que ser crítico es reconocer que el lenguaje, en cualquiera de sus formas, no cuenta con un poder propio, sino que lo obtiene a partir de quienes hacen uso de él. Eso significa que, el ACD se interesa de modo particular en la relación lenguaje/poder; por lo que entiende que para el análisis de esa práctica social es crucial considerar el contexto del uso del lenguaje, así como la forma en que quienes ostentan el poder hacen uso del mismo. Igualmente, para Kress, el lenguaje coadyuva a la formación del ser humano como individuo social que responde a las fuentes de representación que encuentra (Citado por Wodak, 2003, págs. 30-31). Es decir, el lenguaje funciona en doble vía, desde quienes poseen el poder y desde quienes construyen identidad a partir de los discursos. Por esta razón, se requiere un entendimiento del contexto y de quienes son los sujetos que escriben. “Una explicación plenamente <<crítica>> del discurso requeriría por consiguiente una teorización y una descripción tanto de los procesos, y la estructuras sociales que dan lugar a la producción de un texto, como de las estructuras sociales y los procesos en los cuales los individuos o los grupos, en tanto sujetos históricos, crean sentido en su interacción con textos.” (Wodak, 2003, pág. 19).

Otra de las características claves del ACD es que toma posición respecto a la relación lenguaje/poder, pues considera el discurso como una herramienta de legitimación de las estructuras sociales jerárquicas dominantes. Esto, a partir de la producción y re-producción de relaciones de diferencia y sus efectos en el mantenimiento de las estructuras sociales (Wodak, 2003, pág. 31). Para explicar lo anterior, Wodak cita a algunos autores predominantes del ACD: Habermas, por ejemplo, considera que el lenguaje es también ideológico, ya que sirve como un medio de dominación y una fuerza social que legitima las relaciones del poder organizado; Fowler, a su vez, considera que los dispositivos de la gramática sistemática tienen la función de establecer, manipular y naturalizar las jerarquías sociales. En consecuencia, el ACD se encarga de desenmascarar esas maneras en las que el discurso construye relaciones, representaciones, identidades e ideologías que construyen y estabilizan las relaciones de poder, dominación,

discriminación y control. Precisamente para Fairclough, otro de los autores cuyo trabajo revisa Wodak (2003), lo que convierte al análisis del discurso en crítico, es que hace visible la interacción de las cosas, pues según él, los asuntos humanos, las interconexiones y los encadenamientos de causa y efecto pueden hallarse distorsionados en lugares ocultos a la vista. Van Dijk camina por la misma línea, pues considera que los discursos contienen prejuicios que, de manera cifrada, reproducen las ideologías en la sociedad (Van Dijk T. A., 1998, pág. 11). De ahí, que busque desarrollar un modelo teórico cognitivo y social, capaz de mostrar la manera en la que el individuo procesa el discurso (Van Dijk T. , 2003, pág. 26), a la vez que indaga la forma en la que ese constructo individual se torna en conocimiento social y cómo a partir del discurso se apela a la cultura existente para re-producir estructuras de poder preexistentes.

Así pues, el discurso es considerado como una unidad básica y como práctica social (Wodak, 2003, pág. 25), es decir, la lengua, es una simple herramienta que sirve a mayores propósitos, que depende de un contexto en el que se sitúa el texto y que no es tomada por el que la escucha y la lee de forma casual y sencilla, sino que de manera inconsciente o consciente la adopta y a partir de ella construye individual y colectivamente. El discurso, por lo tanto, coadyuva a la fabricación de una representación propia y del otro, a la identificación con otros en sociedad, a la edificación de cultura, a la consolidación de ideologías y a la legitimación de acciones en favor de todo lo anterior. Para Pierre Bourdieu, el ACD le recuerda a los agentes la conciencia de los modos en que se engañan respecto de sus propias necesidades e intereses y les muestra cómo se construyen a partir de los discursos sus propias identidades al desmitificar y descifrar las ideologías que le subyacen. (Citado por Wodak, 2003)

De ahí que este tipo de metodología de análisis responda de manera precisa a los propósitos de esta investigación, pues a través del ACD se puede acceder desde los actos comunicativos que están en la prensa, al entendimiento de un fenómeno político y social, tal como lo es La Violencia Bipartidista. En consecuencia, desenterrar el trasfondo del discurso y comprender como se construían imágenes antagónicas desde el liberalismo, entre los partidos Conservador y Liberal, con el propósito de que los ciudadanos que se vieran representados en ellos, se adhirieran a uno u otro partido y votaran en la urnas; logrando así, el mantenimiento del *status quo* de las estructuras de poder históricas, que los ponían a ellos como las dos únicas opciones de gobierno. Por lo demás,

como se verá más adelante, diferentes autores consideran las diferencias entre los partidos como dadas, pero no indagan más hondamente; la realidad es que, estas son tratadas como tal por qué han sido propiamente difundidas a través del discurso y posteriormente apropiadas a lo largo de los años, de tal manera que parecen naturales. Wodak (2003), citando a Fairclough y Kress (1993), explica cómo “las estructuras dominantes estabilizan las convenciones y las convierten en algo natural, es decir, los efectos del poder y de la ideología en la producción de sentido quedan oscurecidos y adquieren formas estables y naturales: se les considera como algo <<dado>>” (Wodak, 2003, pág. 23). Por lo tanto, el ACD no solo es preciso, sino también pertinente, pues muestra las formas en las que el discurso estableció convenciones estables y rompe con esos paradigmas al hacerlas conscientes.

A fin de lograr los objetivos del presente trabajo, se realiza una aproximación a una mirada específica del ACD, la del autor Teun A. van Dijk. Esto, principalmente por qué el autor propone una mirada multidisciplinar, pues considera que “el buen saber, y en especial el buen ACD, debe integrar los mejores esfuerzos de muchas personas, famosas o no, procedentes de distintas disciplinas, países, culturas y orientaciones investigadoras” (Van Dijk T. , 2003, pág. 143). Si bien es cierto que este trabajo solo ha sido realizado por una persona, las intenciones del mismo son las de abordar el tema de manera multidisciplinar, a partir de un enfoque comunicacional, político, social e histórico, encaminado a indagar la violencia simbólica que coadyuvó a configurar la prensa, durante el periodo de La Violencia en Colombia, desde un análisis crítico del discurso. De acuerdo con Van Dijk, una mirada o estructura multidisciplinar es esencial para el ACD, porque solo así se puede dar cuenta de las complejidades de las relaciones entre las estructuras individuales, sociales y las del discurso.

En segundo lugar, el autor, en *Ideología: un enfoque multidisciplinario* (1998) realiza una teoría de la ideología, valga la redundancia, y traza un esbozo general de las formas en que la misma se expresa y reproduce en el discurso. Para él, el termino normalmente se relaciona a nociones peyorativas; sin embargo, él mismo desarrolla una noción más inclusiva y la define como “sistemas políticos o sociales de ideas, valores o preceptos de grupos u otras colectividades, que tienen la función de organizar o legitimar las acciones del grupo” (Van Dijk T. A., 1998, pág. 16); o como “la base de las representaciones sociales compartidas por los miembros de un grupo” (Van Dijk

T. A., 1998, pág. 21). Este concepto es aplicable a los partidos Conservador y Liberal en Colombia, pues ambos constituyen una agrupación de personas que comparten creencias, valores y representaciones; y teniendo en cuenta que la guerra civil no formalizada que se dio a principios del siglo XX se debe principalmente a la filiación política, resulta interesante observar cómo ese sistema político y social de principios se construyó de tal forma que conllevó a ejercer violencia física.

Como ya se trató, el interés de la obra de Van Dijk es entender cómo se construyen esas ideologías a través de un enfoque multidisciplinar, que desarrolla a partir de un triángulo explicativo, en otras palabras, de tres variables interrelacionadas, a saber, la cognición, la sociedad y el discurso; este último como acontecimiento comunicativo, que forma, cambia y reproduce las ideologías (Van Dijk T. A., 1998, pág. 18). La cognición, por un lado, se refiere a las creencias, valoraciones, emociones y objetivos, individuales y sociales (Van Dijk T. , 2003, pág. 146), a las organizaciones internas y funciones mentales (Van Dijk T. A., 1998, pág. 9). La cognición no simplemente se refiere a una “visión de mundo”, sino más bien es los principios que forman la *base* de las creencias de las ideologías, pues establecen lo propio, cuestionan lo diferente, y consolidan un sistema de ideas, un campo simbólico del pensamiento y de creencia compartido (Van Dijk T. A., 1998, pág. 18). De allí nacen los aspectos culturales, que son las expresiones comunes de individuos que viven en sociedad; el carácter social de la ideología por tanto “abarca tanto la microestructura local de las interacciones cara a cara, como las estructuras globales, societales y políticas que defienden de forma diversa en términos de grupo, de relaciones de grupo (como las de dominación y desigualdad), de movimientos, de instituciones, de organizaciones, de procesos sociales o de sistemas políticos, junto con otras propiedades más abstractas de la sociedad y de las culturas. Las condiciones y funciones de las ideologías obviamente no son solo cognitivas, sino también sociales, políticas, culturales e históricas.” (Van Dijk T. A., 1998, pág. 9).

En este aspecto, Van Dijk (1998) se refiere a la manera como lo social con frecuencia está asociado a intereses, conflictos y luchas de grupo, que se pueden utilizar para legitimar u oponerse al poder y la dominación, o simbolizan problemas sociales y contradicciones (Van Dijk T. A., 1998, pág. 18). La Violencia Bipartidista encaja en esta categorización social, pues el conflicto o guerra civil no formalizada que se dio, responde a intereses o problemas comunes que los grupos



comparten y los cuales consideran que para defender es necesario acudir a la violencia. Van Dijk explica, a continuación, como el discurso conecta lo social y lo cognitivo para la consolidación de las ideologías, pues los miembros de un grupo necesitan y utilizan el lenguaje, el texto, la conversación y la comunicación para aprender, adquirir, modificar, confirmar, articular, y también para transmitir las persuasivamente (Van Dijk T. A., 1998, pág. 19). Es decir, a través del discurso, el individuo apropia creencias, pero también a partir de la utilización del mismo se crean y transmiten ideologías, tal como se detalló antes respecto al lenguaje. De acuerdo con Van Dijk, “las representaciones sociales basadas en la ideología y compartidas por un grupo influyen en el texto y la conversación situados, reales, de los actores sociales individuales. Y, a la inversa, debe explicarse cómo las ideologías a su vez se constituyen, cambian, cuestionan y reproducen a través del discurso.” (Van Dijk T. A., 1998, pág. 27).

El ACD que propone Van Dijk, teniendo en cuenta el triángulo cognición-sociedad-discurso, pretende hacer visible todos esos aspectos del lenguaje que de manera implícita construyen ideología. Primero, a partir de los aspectos típicos del análisis del discurso clásico, como es obvio, “las estrategias, estructuras y funciones del texto y la conversación, lo que incluye formas gramaticales, pragmáticas y de interacción, estilísticas, retóricas, semióticas, narrativas o similares” (Van Dijk T. , 2003, pág. 146), pero sobre todo, prestando especial atención a la persuasión, manipulación, legitimación y ocultamiento que se encuentran implícitos en los textos. Es importante en ese proceso, reconocer que lo que una persona habla o escribe significa que comprende y efectivamente interactúa, pensando y ‘entendiendo’ lo que hacen ellos mismos y sus coparticipantes. Se observa también las ideas dominantes y los símbolos colectivos, que ejercen importantes funciones de cohesión en los textos (Van Dijk T. , 2003, pág. 28) y se toma en consideración de manera determinante el contexto en el que se da el discurso, pues es a través de él, que se crea y transmite la información.

Teniendo en cuenta lo anterior, en el capítulo tres y cuatro se detalla el contexto político, económico, social y religioso del país, a fin de entender el aspecto histórico que llevó a consolidar la ideología partidista liberal y conservadora. En el capítulo cinco, se muestran los resultados del ACD realizado a la prensa; aquí se explica con precisión la manera como el liberalismo también, a pesar de ser anticlerical, apelaba y utilizaba un discurso con valor religioso, para construir parte

de su identidad y buscar el triunfo en la elecciones. Para ello, se estudió un periodo de 6 meses en cada año de elecciones (1930-1946), para conocer de mejor manera el ambiente electoral. Sin embargo, solo se toman en consideración un pequeño número de artículos para el análisis, que fueron considerados relevantes y que consolidaban en sí mismos las estructuras generales del discurso en la época; pues, siguiendo lo propuesto por Van Dijk,

No existe nada parecido a un análisis del discurso <<completo>>: un análisis <<pleno>> de un breve párrafo podría durar meses y llenar cientos de páginas. El análisis discursivo completo de un gran corpus de textos o conversaciones es por consiguiente algo totalmente fuera de lugar. Por este motivo, también en el ACD es preciso optar y seleccionar para un análisis más pormenorizado aquellas estructuras que sean relevantes para el estudio de una cuestión social. Esto exige al menos algunas ideas informales sobre los vínculos entre el texto y el contexto, ideas que nos indiquen qué propiedades del discurso pueden variar en función de qué estructuras sociales. (Van Dijk T. , 2003, pág. 148)

Respecto a la unidades de análisis, se tuvo en cuenta principalmente la *macroestructura semántica*, según van Dijk, las macroestructuras semánticas “derivan de las microestructuras de significado” (Van Dijk T. , 2003, pág. 152). Para él, “los temas representan el asunto de que trata el discurso, ya que en términos generales incluyen la información más importante y explican la coherencia general de los textos y las conversaciones.” (Van Dijk, 2003, pág. 152). Como se vera más adelante, ambos periodos tienen una misma macroestructura semántica con respecto a como se relaciona el partido Liberal con la Iglesia. Esto es, a partir de la llamada paz religiosa. En un primer momento (1930) el liberalismo se representa a sí mismo como protector y salvador de la Iglesia del infame conservatismo que ha utilizado indebidamente el poder de la misma a través de la paz religiosa como identidad. En un segundo momento (1946) con miras a perder las elecciones se presenta como continuación de tal protección después de 16 años; solo utilizando tal discurso cuando se ve amenazado por el discurso del conservatismo.

Ahora, las *macroposiciones* cumplen la función de través de temas específicos soportar la *macroestructura semántica*. Estas a diferencia de la *macroestructura semántica* son diferentes para ambos periodos. Esto por que se hace utilización de diferentes modelos mentales, contextuales

y de acontecimientos. Según Van Dijk, los *Modelos Contextuales* están definidos por las estructuras sociales, políticas, culturales e históricas en las que tienen lugar los acontecimientos comunicativos y el uso que las personas hacen de esos modelos sirve para dar relevancia al discurso (Van Dijk, 2003, pág. 161). Por otro lado, los *Modelos de los acontecimientos*, a partir del análisis semántico, denotan no el acontecimiento como tal, sino la opinión de quien percibe un hecho en específico. Por último, los *Modelos mentales*, muestran la manera en la que el individuo apropia determinado discurso y por tanto influye en las opiniones y actitudes de los mismos “los significados locales son el resultado de la selección que realizan los hablantes o los escritores en función de los modelos mentales que tengan de los acontecimientos o de las creencias de carácter más general que compartan socialmente. Al mismo tiempo, los significados locales son el tipo de información que (sometida al control general de los temas globales) más directamente influye en los modelos mentales y por tanto en las opiniones y en las actitudes de los destinatarios.” (Van Dijk, 2003, pág. 154). De esta manera se conectan a la macroestructura semántica con el triángulo del que habla Van Dijk, cognición-sociedad-discurso.

Más adelante en este capítulo, veremos la importancia de la representaciones en la construcción de identidad individual y colectiva (ideologías) y como las mismas, cuando se construyen a partir de identificar al otro como opuesto contribuyen a la violencia simbólica.

### **Prensa y opinión pública**

Habiendo explicado parte del marco teórico y la metodología, queda pendiente establecer las razones por las cuáles se tomó a la prensa como fuente primaria; esto es, principalmente, por qué se reconoce que el objetivo del estudio y los métodos investigativos necesitan de tal herramienta para sus propósitos. En primer lugar, Van Dijk indica el “importante papel del texto y la lengua en la (re)producción de las ideologías (Van Dijk T. A., 1998, pág. 10). Wodak considera de particular importancia tener en cuenta el “detalle del lenguaje de los medios de comunicación de masas, medios que se consideran una de las sedes de poder, de la pugna política y uno de los ámbitos en los que el lenguaje es en apariencia transparente” (Wodak, 2003, pág. 25) (aunque más adelante veremos que esto último no es precisamente cierto en Colombia). Jorge Iván Bonilla Vélez, (1995) en *Medios y Comunicación, otras pistas en la investigación*, estudia el periodo de La Violencia

desde la cultura a través del análisis del discurso de la comunicación y los medios, y en sus conclusiones deja claro la importancia de los mensajes para entender el componente cultural implícito y explícito que se encuentra en el discurso. Para él, en la prensa se esconden estructuras mentales y simbólicas, representaciones colectivas y visiones de mundo que tienen los actores y agentes de las relaciones mediadas por la acción violenta. En otras palabras, éste medio de comunicación masivo (teniendo en cuenta las limitaciones de este concepto en una época donde la mayoría de la población colombiana era analfabeta), sirve a los objetivos del ACD y al análisis de las estructuras simbólicas y culturales de la violencia; esto último detallado al finalizar este capítulo.

En segundo lugar, con base en el trabajo de varios autores, se explica a continuación lo que es y fue la prensa en el país, para concretar si efectivamente es el medio preciso para el análisis del periodo. Inicialmente, “la prensa cumple con dos propósitos principales: la conformación de la esfera pública, como ámbito separado y diferenciado de los mundos privados y domésticos, donde se desenvuelve la política, como acción y como discurso. (...) y el segundo, formación de la opinión pública, lo cual contribuye a la conformación de una instancia separada del Estado que juzga en nombre de la razón y debate libremente los principios que deben regir el orden social”, esto según Uribe y Álvarez Gaviria (2002) en *Cien años de prensa en Colombia, 1840-1940*. Los autores mencionan que la prensa como medio, se creó con el fin de dar a conocer a grupos amplios y desconocidos información relevante para dotarlos de elementos de juicio necesarios para su acción política, pues la propagación de los periódicos llegó al mismo tiempo que la modernidad; por esta razón, se hacía necesario que se formara una opinión pública que le permitiera a los ciudadanos tomar decisiones de manera aparente libre y autónoma, en relación a temas que le competían al conjunto de los ciudadanos como pueblo de la Nación y como depositarios de la soberanía del Estado. (Uribe de H. & Álvarez Gaviria, 2002, pág. ix). Por lo tanto, este medio de comunicación está íntimamente ligado a temas políticos/públicos, en términos de Van Dijk, al aspecto social de la ideología, construyendo imaginarios globales.

La prensa también sirve como “vehículo de creación y cambio de los universos mentales, los imaginarios tradicionales, los valores, los comportamientos, los lenguajes y hasta la simbólica y la iconografía” (Uribe de H. & Álvarez Gaviria, 2002, pág. ix). Así pues, este medio, a través del

discurso construye cognición y sociedad; pues a la vez que crea creencias e imaginarios, también fabrica identidad colectiva. Benedict Anderson denomina a la imprenta como ‘la conciencia de la nación’, pues, según él, allí se encuentra la percepción de la comunidad imaginada sobre la cual descansa el sentido de pertenencia social y la definición del ámbito territorial en el cual operan los derechos y las obligaciones de los ciudadanos (Uribe de H. & Álvarez Gaviria, 2002, pág. ix). Todo esto hace de ella una fuente obligatoria para las investigaciones históricas políticas y sociales, pues a partir de la mirada y análisis de la misma se puede

reconocer a una sociedad nacional con sus logros y sus vergüenzas, sus conquistas y sus mezquindades, con las maneras a través de las cuales desarrolla su economía, construye la nación, funda o desconoce derechos, logra reconocimientos o exclusiones, en fin, es el medio por el cual se reconoce el itinerario incierto de la modernidad en una nación determinada. Al mismo tiempo, la prensa constituye un objeto de conocimiento en sí mismo, muy ligado a las formas de comunicación y de expresión, con las representaciones simbólicas, los discursos, los lenguajes, las metáforas, las imágenes y ese complejo mundo de los signos por medio de los cuales las mujeres y los hombres reafirman su condición humana (Uribe de H. & Álvarez Gaviria, 2002, pág. x).

Sin embargo, las explicaciones acerca de las posibilidades de este medio de comunicación impreso guardan ciertas limitaciones con respecto a la realidad, que aunque lo hacen igual de interesante y relevante para este estudio, divergen de generar una opinión pública neutral e imparcial de la realidad política. En Colombia desde los inicios de la república, lo político estuvo ligado a la imprenta y la constitución de partidos y del imaginario nacional estuvo siempre sesgado por los intelectuales que buscaban imponer su pensamiento por medio de la prensa. Este proceso inició con la alfabetización de un pequeño número de poblaciones para difundir los referentes políticos, la imprenta en un principio perteneció a los gobiernos y fue usada para dar a conocer los decretos, los debates constitucionales, los actos gubernamentales y más adelante los informes sobre la marcha de las guerras de independencia (Uribe de H. & Álvarez Gaviria, 2002, pág. x). Transcurrido un tiempo, “los intelectuales fundaron periódicos para exponer desde allí sus ideas y propuestas en torno a las formas jurídicas y políticas que deberían tener las instituciones que empezaron a regir desde el momento de la producción de la independencia” (Uribe de H. &

Álvarez Gaviria, 2002, pág. x) y una vez consolidados los partidos Conservador y Liberal las imprentas pertenecieron a importantes figuras de uno de los dos sectores y difundían sus ideologías, creencias y pensamientos a través de ellas. En todo este largo proceso, los gobernantes se dieron cuenta de la importancia de alfabetizar a la población cada vez en mayor medida, pues de eso dependía que el mensaje que propagaban llegara a más personas, por lo que fundaron colegios y universidades. En el Frente Nacional este panorama cambia drásticamente, los ánimos partidistas finalmente cesan con la alternación del poder y el aspecto comercial de los periódicos los hacen mutar y expandir las secciones y los temas.

La prensa del siglo XIX, y de algunas décadas del siglo XX estuvo dominada por esa tensión aún no resuelta entre legitimidad y poder, “las sociedades de pensamiento”, permeadas desde sus inicios por divisiones políticas en torno a las formas que debería tener el Estado, la ciudadanía y la nación, bien pronto se constituyeron como facciones o como partidos políticos que dirimieron en la prensa y en los campos de batalla sus diferencias ideológicas y programáticas, haciendo de los periódicos el principal escenario de la vida pública, en un país donde la prácticas políticas de los sujetos distaba mucho de poder llamarse ciudadana, pues tanto la política como el gobierno eran asuntos privativos de las élites económicas e intelectuales. Quizá por ello ese sesgo político partidista de la prensa colombiana. Los partidos, en tanto nuevas sociabilidades políticas, encontraron en la prensa su principal medio de expresión y, aunque con criterios esencialmente banderizos, continuaron la labor pedagógica y de formación de públicos a través de todo el siglo XIX y hasta bien entrado el siglo XX; pero esta vez el propósito era formar públicos electorales, copartidarios, antes que ciudadanos, ya que el interés se centraba en conquistar el poder y retenerlo. (Uribe de H. & Álvarez Gaviria, 2002, pág. x)

Todo esto hace de la fuente una herramienta esencial y una referencia obligada para el estudio, pues cuenta con un extenso potencial para el análisis del ACD, ya que en su contenido carga diseminados las intenciones de quienes construían el discurso, sus pensamientos políticos, filosóficos e ideológicos, las fuentes teóricas que utilizaban y la manera como persuadían a quienes los leían. Por ello se utilizó la prensa, para interpretar el conflicto entre los partidos, ya que en las imprentas también está el reflejo de como el discurso se convierte en proyectil para la guerra y

como desde los periódicos se pueden azuzar ánimos para el combate de las ideas (Mejía, 2006, pág. 11). Sobre todo en Colombia, donde este medio fue utilizado para poner y quitar gobernantes, (...) donde se ofrecía una verdad conservadora y una verdad liberal sobre los hechos (Mejía, 2006, pág. 11) y se anunciaban y promovían candidaturas y programas políticos (Uribe de H. & Álvarez Gaviria, 2002, pág. xiii). Ahora, si bien este tema ha sido ampliamente estudiado, el uso de la información recopilada en la imprenta ha servido solo para dar fuerza argumentativa, pero no ha sido analizado críticamente, de modo que dé cuenta del “pensamiento social y político colombiano, las raíces ideológicas de los partidos tradicionales o alternativos y las formas particulares de adaptar, recrear o recomponer modelos de organización estatal, de desarrollo económico o de formación intelectual (Uribe de H. & Álvarez Gaviria, 2002, pág. xii).

Ahora bien, la razón por la que se eligió el periódico *El Tiempo*, es por qué, si bien se conoce que La Violencia Bipartidista fue más localizada en regiones, la ideología fue construida desde los gobiernos de turno y las elecciones eran de carácter nacional. Por este motivo, una imprenta nacional encaja más cómodamente. En cuanto a duración y publicación, *El Tiempo* es de los pocos periódicos de larga duración, en una época donde las imprentas a duras penas alcanzaban unos años, en 1930 celebra la edición número 10.000 -tras 28 años de ininterrumpida existencia-; al igual que hace parte de una diminuta proporción de publicaciones diarias, en contraste a publicaciones semanales, quincenales, e incluso mensuales. Finalmente *El Tiempo* es el periódico oficialista del liberalismo a nivel nacional.

### **Violencia simbólica**

Por último, para explicar las categorías de violencia simbólica o cultural y de las representaciones, se apela en primera instancia a Bonilla Vélez, quién establece que “los mensajes que hablan de excluir al otro, de negarle los derechos al diferente y de no tolerar formas de pensar la democracia más allá de la cooptación partidista o del culto, sin ninguna discusión a las ‘buenas costumbres’ y ‘la tradición’, no se han estudiado ampliamente” (Bonilla Vélez, 1995, pág. 8). El autor, como se vio anteriormente, considera clave los medios de comunicación, la prensa en este caso, como “medio que se integra a la vida de la gente, no solo proponiendo, sino también compartiendo mundos simbólicos e imaginarios étnicos, regionales, generacionales, sexuales,

mercantiles, colectivos, individuales, -etc-, desde los cuales se mira, se siente y se asume la realidad” (Bonilla Vélez, 1995, pág. 9). A pesar de que este autor tiene una mirada que observa las representaciones simbólicas que sirven de sustento a la configuración de modos de ver y de pensar el problema de la paz y –la violencia- en el país (Bonilla Vélez, 1995, pág. 10), su aporte respecto al cuestionamiento de las formas tradicionales de analizar los conflictos a través de “la dimensión social, como, por ejemplo, las visiones y representaciones mentales que los habitantes de un país, utilizan para construirse o destruirse, para asumir lo propio y lo ajeno o para dar cuenta de los conflictos y sus alternativas de solución” (Bonilla Vélez, 1995, pág. 9), parece indicado para analizar el tema que en este texto es importante, el discurso religioso en la construcción de las representaciones del liberalismo, explícitamente en la prensa.

Siguiendo por otro lado, Bourdieu, se refiere a este proceso como violencia simbólica, ya que las representaciones de ambos partidos acudían a fomentar divisiones sistemáticas de los sujetos en categorías dicotómicas, jerárquicas y antagónicas. Galtung, uno de los autores clásicos sobre la teorización de los tipos de violencia, le llama violencia cultural, es decir, cuando se construyen representaciones del otro y de sí mismo, apelando a “aquellos aspectos de la cultura, el ámbito simbólico de nuestra existencia (materializado en religión, ideología, lengua, arte, ciencias empíricas y ciencias formales –lógica, matemáticas-), para fomentar la división y justificar o legitimar la violencia directa o estructural (Galtung, *Violencia Cultural*, 2003, pág. 7). Cristina Rojas (2001), se refiere a esto mismo como “la violencia implícita en nombrar, interpretar y calificar, es decir ‘la violencia como representación’, teniendo en cuenta, que precisamente ésta es una causal de la violencia directa, pero a su vez es lo que conecta “los tres momentos (causa, manifestación y resolución) que deben ser reconocidos como integrales y conexos a través de esas mismas dimensiones simbólicas y representaciones” (Rojas C. , 2001, págs. 30-31).

Por esta razón, se utiliza el ACD, pues se reconoce el papel importante de las representaciones partidistas que se crean a partir del discurso en la consecución de la violencia cultural o simbólica y el papel de esta en el desencadenamiento de la violencia física en el periodo. Pues, como Pécaut (2012) sostiene, los mismos partidos acentuaron por medio de su discurso esas diferencias históricas que se habían venido gestando para legitimarse a sí mismos y deslegitimar a los otros, “las divisiones políticas toman a menudo el aspecto de una fluctuante separación amigo-enemigo



que convierte la violencia potencial o real en esencia de los político” (Pecaut, 2012, pág. 23). Según Foucault, a través de la división sistemática de sujetos en categorías dicotómicas (Foucault, 1990, pág. 100) “tales como cuerdo y loco, enfermo y sano, delincuentes y buenos muchachos. En su opinión, el aislamiento y la identificación de anomalías permite transferir el temor a lo anormal y desarrollar tecnologías para controlarlo mediante la adopción de leyes, marcos institucionales o el trazado de fronteras entre poblaciones” (Rojas C. , 2001, págs. 18-19). Esas representaciones desvinculantes y descalificativas con el otro sirvieron para dar sentido al propio individuo y a partir de ellas se modifica el significado en acción en contra de la otra parte en nombre de la pertenencia o filiación política.

De lo anterior se pasa de la violencia simbólica a la violencia física, que, si bien no se tratará en este texto, es imperativo entender para acercarse a las consecuencias de tales diferenciaciones. Aquí nos referimos a la violencia directa típicamente conceptualizada por Johan Galtung “*under physical violence human beings are hurt somatically, to the point of killing*” (Galtung, *Violencia Cultural*, 2003, pág. 169). Y también a lo que Francisco Gutiérrez (2014) en el libro *El Orangután con Sacoleva*, llama represión “el uso de la violencia por parte del Estado y sus aliados contra sus opositores” (Gutiérrez, 2014, pág. 13), “represión directamente política” (Gutiérrez, 2014, pág. 15) o “represión exterminadora” (Gutiérrez, 2014, pág. 17), la cual “incluye el discurso en el espacio público, pues permite que se desarrollen vigorosamente ideas eliminacionistas, que implícita o explícitamente reclaman el derecho de destruir físicamente al adversario civil, dadas su maldad y peligrosidad intrínsecas, o, de manera más laica, dada su conexión orgánica con el enemigo militar” (Gutiérrez, 2014, pág. 18)

## Capítulo III

### La Violencia Bipartidista

La Violencia en Colombia hace referencia al periodo en el que los ciudadanos afiliados a un partido político, conservadores o liberales, ejercieron violencia unos en contra de otros por su filiación política. Y aunque no se consideró una guerra civil formalmente, sí fue una “guerra civil no declarada” (Molano, 2015, pág. 2) o una “cuasi-guerra civil” (Pecaut, 2012, pág. 33). A esta etapa se le llama La Violencia, La Violencia Partidista o Bipartidista, con mayúscula, pues superó todas las manifestaciones de violencia previas en el país. No obstante, no hay estadísticas reales de cuántas personas murieron, desaparecieron y fueron agredidas, puesto que quienes debían llevar los recuentos cuantitativos, eran precisamente los que directa o indirectamente perpetraban los abusos.

A pesar de que las causas no se pueden atribuir únicamente a la filiación política, pues eso sería desconocer la multidimensionalidad y multicausalidad de la violencia desencadenada en el periodo en cuestión, en otras palabras, factores económicos, sociales, culturales, geográficos, políticos, históricos, entre otros, “la mayoría de los historiadores y sociólogos que se dedican a la investigación del conflicto armado, subrayan la importancia de la pertenencia a uno de los partidos tradicionales y las diferencias allí implicadas para entender La Violencia” (Rehm, 2014, pág. 18). Es decir, la militancia en el partido Conservador o el Liberal es esencial para comprender la manifestación violenta que se dio, además esas otras causas que se han abordado en distintas investigaciones acerca de lo acontecido, se ven implícitamente relacionadas con la historia de los partidos. ¿Por qué se presentaban ambos partidos como diametralmente opuestos e irreconciliables? ¿cuál era la importancia de pertenecer a uno de los dos? Son preguntas que están dadas en el contexto histórico del país y por consiguiente relacionadas a ámbitos no solamente políticos. Dicho de otra manera, la ideología depende de otros factores sociales para constituirse y consolidarse como lo menciona Van Dijk (1998).

Si bien el objetivo de esta investigación no es indagar acerca de la creación del partido Conservador y Liberal como tal, entender la historia del país y por ende de estos, resulta de carácter determinante para advertir porqué se dio una polarización de tal índole que llevó a la violencia

generalizada de los años 50. Los capítulos: 4 (*De los antecedentes coloniales a las turbulencias del siglo XIX*), 5 (*Hegemonía Conservadora y movilización social en los albores del siglo XX (1905-1930)*) y 6 (*Movilización y violencia (1930-1957)*) del libro de Fernán González, *Poder y Violencia en Colombia* (2014), muestran precisamente como desde la independencia e incluso antes, desde la colonia, se fue construyendo una identidad nacional que recaía en las representaciones partidistas de corte clientelista. Esto fue constituyéndose a través del tiempo hasta convertirse en lo que algunos autores conocen como el “inconsciente partidista” (Pecaut, 2012, pág. 456) o “los odios heredados”; éste último término lo utiliza Lukas Rehm (2014) para señalar la visión de diferentes autores que se refieren a la herencia histórica de los partidos políticos y sus discrepancias.

Para comenzar, el proceso de colonización y posterior independencia evidencia problemas nunca resueltos desde esta época que luego se trasladarían a las luchas partidistas. Por ejemplo “el impacto de la siempre aplazada solución del problema agrario” (González, 2014, pág. 172), que viene desde la colonización periférica, pasa por los esquemas de administración de las encomiendas, se consolida en las disputas por la tierra entre hacendados, colonos y arrendatarios, y ulteriormente se traduce en las contiendas entre grandes latifundistas y campesinos. Todos estos procesos atravesados por un desplazamiento a zonas cada vez más apartadas y de difícil acceso, donde el recién formado Estado no alcanzaba a llegar. La visión que grandes líderes tenían acerca de cada uno de estos temas, que *a posteriori* serían los programas de cada partido, significó que las identidades partidistas se ligaran muchas veces a la región de origen y a la visión del poder local que imperaba en la zona (González, 2014, pág. 257) y se trasladaran por una serie de alejamientos de los centros de poder económicos y políticos a causa de la violencia. En consecuencia, estos procesos violentos coadyuvaron a consolidar la identidad de los partidos. De acuerdo con González:

Los procesos de independencia ponen en evidencia las fragmentaciones regionales que se ocultaban bajo las unidades administrativas y la división de sus elites, mientras las luchas internas entre regiones realistas y regiones patriotas, lo mismo que entre federalistas y centralistas, preludiaban los problemas que iban afrontar las noveles naciones para subsistir como unidad, a la vez que favorecerían la labor de reconquista de los ejércitos realistas de

Venezuela y la Nueva Granada. Solo las necesidades de las guerras de independencia lograron crear una efímera unidad de nación, lo mismo que la colaboración de los diferentes países en el enfrentamiento a la metrópoli. Por esta razón los noveles gobernantes de los comienzos de nuestra vida republicana en el siglo XIX se enfrentaban al desafío de crear una nación a partir de un territorio delimitado como una unidad administrativa del Imperio colonial de España, que encubría regiones y sociedades muy heterogéneas y que escasamente articulaba a las localidades y parajes muy aislados entre sí, con grandes distancias y una difícil geografía que dificultaba sus mutuas comunicaciones. (González, 2014, pág. 175)

Y es que la “honda fragmentación del territorio, cuyo entramado de pequeñas y medianas ciudades, con sus entornos rurales de haciendas y fincas campesinas, constituye el escenario donde surgen los partidos políticos tradicionales colombianos, el Conservador y el Liberal” (González, 2014, pág. 179). Estos se consolidaron a través de la historia, como herramientas estatales de articulación política entre las múltiples escalas de su ejercicio (nacional, regional, subregional y local). En este sentido, los partidos políticos: “desempeñaron un papel importante (...) como laxas redes de poderes locales y regionales vinculadas bajo el paraguas de difusos programas nacionales. Por medio de ellos el Estado central podía ejercer presencia tanto en las regiones como tener contacto con sus intereses particulares” (González, 2014, pág. 170). Es por esto que la formación del Estado colombiano y las conflictividades que se dieron para tal fin, se expresan en la creación de los partidos políticos y las diferencias implicadas en pertenecer al uno o al otro, están tan ancladas en la cultura colombiana: “Estas representaciones, la de los partidos, expresan la necesidad recurrente de inventar imágenes de la unidad que sirvan para desmentir la experiencia vivida de la fragmentación” (Pecaut, 2012, pág. 19).

En este proceso es clave el papel de esos poderes locales, pues fueron estos mismos, los que mientras ayudaban a hacer presencia estatal en la regiones, también entorpecieron la constitución de una unidad nacional. Diversos autores consideran la lucha entre federalistas y centralistas o la empatía por el proyecto Bolivariano o Santandereano como la cuna de los partidos. Si bien parte de esto es cierto, Alfonso Múnera, autor citado por González, considera esta lucha solo como “el disfraz ideológico que encubría la vieja lucha colonial entre los esfuerzos de las elites regionales

por consolidar su autonomía frente al exterior y su control interno sobre sus provincias”. Para el “conjunto de las elites regionales federalistas o centralistas, era más importante la defensa de los intereses de sus provincias que la construcción de un Estado nacional, ya que la tradición de autonomía política practicada por sus gobiernos provinciales era más antigua que los intentos borbónicos de un dominio más centralizado” (González, 2014, pág. 178).

En el prólogo al libro de *Civilización y Violencia* de Cristina Rojas, Jesús Martín Barbero también habla sobre como “el dualismo ontológico entre el individuo soberano del liberalismo y el sujeto moral del conservatismo impidió la formación de un Estado con capacidad de representar el interés general. Y serán esa tajante exclusión nacional y esa incapacidad estatal las que encontrarán en la ‘identificación partidista’ el dispositivo de representación que oscureció cualquier otra diferenciación/división sociocultural” (Rojas C. , 2001, pág. 11). Es decir, esta ‘identificación partidista’ como dispositivo de representación significó que los “notables” de cada partido como los llama Pecaute (2012) en el ánimo de ser ellos quienes gobernarán, utilizaban esa incapacidad estatal de crear una identidad común para el país, para potenciar esas diferencias y hacer imperar la visión propia sobre el gobierno.

El siglo XIX trajo consigo la pregunta acerca de cómo construir el Estado moderno después de la separación del imperio español. Las múltiples guerras civiles que se dieron en este siglo son muestra de los obstáculos que esta transformación causó, pero que a su vez sirvieron como menciona González, para “comunicar las regiones al Estado Central a la vez que fortalecían los lazos de patronazgo y lealtades entre las elites y la población subordinada” (González, 2014, pág. 181). Los partidos construyen durante este siglo el entramado de propuestas o visión frente a la que, a su juicio, era la mejor manera de gobernar el país; sus programas expresaban profundas diferencias frente al otro. En consecuencia, la violencia que se da “es consustancial al ejercicio de una democracia que, en lugar de tomar como referencia la homogeneidad de los ciudadanos, descansa sobre la conservación de sus diferencias “naturales”, sobre adhesiones colectivas y redes privadas de dominación social; y que no aspira a institucionalizar las relaciones de fuerza que irrigan la sociedad, ya que hace de ellas el resorte de su continuidad” (Pecaute, 2012, pág. 26).

En la primera mitad del del siglo XIX, las diferencias a las que los partidos en creación hacen

referencia, radican en la visión respecto a la relación del Estado con la Iglesia católica y la educación; la existencia de un ejército permanente; la participación política autónoma de grupos subordinados; la integración al mercado mundial a través del libre comercio; la propiedad territorial, entre otros temas. Las guerras que se dan en este periodo terminan por consolidar a los partidos Liberal y Conservador en dos visiones dicotómicas de la sociedad, donde el contrario está situado ‘por fuera de la patria’. Los enfrentamientos acerca de construir una nación centralista o federalista y nuevamente el asunto del papel de la Iglesia católica en la nación, se ven en la otra mitad del siglo y ‘finaliza’ con la creación de una constitución conservadora, centralista y fundamentalmente católica en 1886 y que perduró más de un siglo, exactamente hasta 1991 con pequeñas reformas que nunca la alteraron sustancialmente. (González, 2014)

Sin embargo, la Guerra de los Mil Días y los altercados que se dan en la primera mitad del siglo XX, durante y después de la hegemonía conservadora, muestran los límites del proyecto de nación que se planteó y que en ningún momento solucionó los conflictos agrarios, religiosos o económicos del país; no tuvo en cuenta para la construcción del Estado-Nación a la totalidad de la población y más bien conservó las relaciones clientelistas con las élites locales y regionales; propició el fraude electoral y la represión a quienes pensaban diferente y se mantuvo precario en la presencia que hacía en el territorio. Este proyecto no resolvió ninguno de estos problemas, por el contrario, se construyó con base en ellos y es por esto que, en cada transición de un régimen a otro, estuvo siempre asociada la violencia física, pues las divisiones políticas de los partidos o las sub-culturas, como las llama Pecaute, convirtieron la violencia potencial (separación amigo-enemigo) o real en esencia de lo político (Pecaute, 2012, pág. 23).

La adhesión a los dos partidos “tradicionales” se ha fundado sólo excepcionalmente en preferencias personales: descansa, al menos en las zonas rurales, en una memoria familiar y local que proviene del siglo XIX, que se consolida geográficamente desde entonces. Las guerras civiles facilitan su transformación en subculturas. Los partidos presiden la formación de dos sistemas de pertenencia y de identidad colectivas; generan dos concepciones incompatibles del orden social: en un caso éste sólo se puede fundar sobre principios trascendentes, y lo político es inseparable de lo religioso, en el otro, el orden social sólo puede surgir de la voluntad popular; encierran al individuo en un vínculo a la

vez prepolítico y político y de esta manera garantizan una legitimidad de tipo tradicional para las élites civiles; en contrapartida, privan al Estado de la posibilidad de afirmarse como garante de la unidad simbólica de la sociedad: la división que los partidos perpetúan es compatible con arreglos gubernamentales e impide la formación de una imagen de un cuerpo social unificado. (Pecaut, 2012, págs. 28-29)

En definitiva, este es el contexto anterior a La Violencia y a pesar de que lo anterior fue un breve resumen de un siglo de vida política, social y económica, busca dar cuenta de la presencia de los partidos a lo largo de la historia del país, su importancia y como se analizará ahora, lo arraigados que están las cuestiones anteriores a los problemas o conflictos causales de La Violencia. Pecaut (2012) en su libro, *Orden y violencia: Colombia 1930-1953*, detalla muy bien los temas que se trataron anteriormente en relación a este periodo: La evolución de las luchas agrarias y el sindicalismo; el comportamiento de las élites y su relación con el Estado y la sociedad; la importancia del tema religioso en la construcción de las identidades y cómo a partir de estos la representación partidista dejó de depender de los “notables” que ya no pudieron parar la violencia una vez estalló. Adicionalmente, es importante tener en cuenta el contexto internacional, sobre todo la Gran Depresión; la Primera y Segunda Guerra Mundial; el fascismo en Europa; la Guerra Fría y la lucha en contra del comunismo, que empiezan a gestarse desde esta época, aunque más adelante tendrán más relevancia.

Es necesario especificar que si bien el inicio formal de La Violencia data de mediados de los años 40s, “puede evidenciarse que no se entendería la violencia sin adentrarse en los detalles de algunos antecedentes históricos inmediatos (los mediatos se pierden en la historia de los partidos políticos y otras instituciones colombianas), cuyas fechas claves son: 1930 y la etapa conflictiva que inició; el 7 de agosto de 1946 con el cambio de gobierno; y el 9 de abril de 1948 con la muerte de Jorge Eliécer Gaitán” (Umaña Luna, Fals Borda, & Guzmán Campos, 1962, pág. 38). Y es que en cierto modo, los periodos de violencia en los inicios del siglo XX están atados a los periodos de transición política, teniendo en cuenta que “los dos partidos nunca han estado dispuestos a reconocer verdaderamente la regla de alternación: Los cambios de hegemonía se han acompañado siempre de convulsiones más o menos profundas, o han hecho necesarios acuerdos como el del Frente Nacional” (Pecaut, 2012, pág. 24) e incluso este último también significó dejar de lado

nuevamente a los detractores de estos dos partidos, lo cual llevó a las luchas armadas de la segunda mitad del siglo XX.

Más específicamente, esos periodos de cambio se refieren a los “asociados a la transición hacia los gobiernos liberales de Olaya Herrera y López Pumarejo y el vinculado a los gobiernos conservadores de Ospina Pérez y Laureano Gómez” (González, 2014, pág. 249). Ambos periodos afectaban a esos poderes locales, de lo que ya se habló, a través de modificaciones en “los cuerpos legislativos, asambleas departamentales, consejos municipales e incluso la rama judicial” (González, 2014, pág. 251); eran transversales con las luchas agrarias y sindicalistas, las cuales “alcanzan una particular amplitud entre 1925 y 1936, y cuando se desencadena la Violencia de 1949-1953, estarán siempre en el trasfondo” (Pecaut, 2012, pág. 33); están asociados a la pérdida de la presidencia cuando el partido político en el poder se presenta dividido, “frente a un candidato de la oposición moderada o de centro” (Palacios & Safford, 2011, pág. 387); y tenían un carácter religioso explícito, lo cual se verá más detalladamente en el siguiente capítulo.

1930 en especial, es un hito en “la historiografía económica y política” (Palacios & Safford, 2011, pág. 387), el cambio de régimen después de un poco menos de 50 años de gobiernos conservadores significó para muchos la cuna de lo que sería La Violencia. La decadencia de la hegemonía conservadora (1884-1930) tampoco se puede atribuir a un solo factor en específico. Son bastantes y variadas las razones por las que los ciudadanos comienzan a alejarse de los gobiernos de turno ‘godos’, quienes fueron deteriorando la imagen del propio partido a lo largo del siglo XX. La pérdida de Panamá en 1903; el crecimiento exponencial de las luchas sindicales y la masacre de las bananeras como hecho ilustre de como desde el Estado se manejaban los conflictos; la Gran Depresión, que si bien no generó grandes impactos negativos en Colombia si influyó en los precios del café, principal fuente de recursos económicos en el país en esa época; entre otras, son unas de las explicaciones. Al gobierno llegan los liberales y se quedan allí por 4 periodos: Comienzan con Olaya Herrera (1930-1934) candidato moderado Liberal, seguido por la “figura central de este periodo López Pumarejo” (1934-1938) (Palacios & Safford, 2011, pág. 420) considerado el más radical y reelegido en (1942-1946) y Eduardo Santos en (1938-1942) también un político moderado.



En el primer periodo de transición se destaca el surgimiento de acciones violentas en los departamentos de Boyacá y Santander principalmente. Un ánimo vengativo se encontraba en el ambiente, el cual empezó a germinarse en las luchas del siglo XIX y que fue pausado pero no solucionado con el fin de la Guerra de los Mil Días. Se evidenciaban ya los odios heredados de un grupo de la población contra el partido contrario a nivel local, que anticipaban pistas sobre las estructuras mentales y sociales de La Violencia. Para algunos autores la transición en este momento fue más violenta que para otros. Umaña Luna, Fals Borda & Guzmán Campos (1962) consideran que:

El conservatismo fue objeto, entonces, de despiadada, metódica y persistente persecución en toda la república. Departamentos enteros quedaron sometidos a implacables sistemas de terror y, diariamente, los conservadores regaban con su sangre el pueblo de la patria. Verdaderos fusilamientos en masa de campesinos indefensos se sucedieron en distintas comarcas colombianas. Las propiedades abandonadas eran ocupadas por feroces tiranuelos rurales o compradas a precios irrisorios, bajo la amenaza de muerte. Muchas iglesias e imprentas católicas fueron incendiadas y destruidas, innumerables centros políticos de derecha allanados y destacados jefes conservadores asesinados en emboscadas o en sus propios hogares. (Umaña Luna, Fals Borda, & Guzmán Campos, 1962, págs. 39-40)

Para otros autores la aparición de violencia fue a menor escala. Malcolm Deas (2009) consideraba por ejemplo, que existían “brotes de violencia, pero a escala reducida y casi que limitados a la región de Santander, todo lo cual no alcanzó a perturbar el panorama relativamente pacífico del cambio que se estaba presentando en el país” (Deas, 2009, pág. 84). Para Deas esto es así, porque la población aún tiene un recuerdo vivo de los desastres de la Guerra de los Mil Días y tanto él, como Palacios y Safford (2011) estiman que la alternancia fue relativamente pacífica por que el contendiente Olaya Herrera, era de un ala moderada Liberal y porqué a pesar de que manejara el órgano ejecutivo, ellos, los conservadores, aún “dominaban el Congreso, los tribunales y los cuerpos legislativos regionales y locales y esperaban superar la división interna y volver a la presidencia en cuatro años” (Palacios & Safford, 2011, pág. 420). La Iglesia como actor también jugó un papel importante en estos momentos pues aceptó el resultado de las elecciones al igual que el ejército.

Una vez terminada la primera fase de transición, el segundo gobierno Liberal es mucho más radical respecto a las políticas del gobierno, sobre todo en lo que atañe al tema agrario y sindical. “López convirtió al gobierno en el gran mediador de los conflictos obrero-patronales y dio un fuerte impulso al sindicalismo. Con el arbitraje gubernamental aumentó el número de sindicatos, de sindicalización y de demandas laborales. En Medellín fue desafiado el paternalismo de los grandes industriales. Las agitaciones campesinas en las zonas de las haciendas cafeteras, que venían presentándose desde la década de los años 1920, y las huelgas de cosechadoras de café en el Quindío adquirieron un sentido sindicalista. Los campesinos y jornaleros obtuvieron en estas y otras regiones mejores condiciones de trabajo y, en algunos casos, el reparto de la tierra.” (Palacios & Safford, 2011, págs. 420-421). González observa las políticas de López y las categoriza de intervencionismo social, las cuales, según él, favorecieron al sindicalismo y su lucha obrera. Modificó además la forma en la que los partidos se presentaban ante los ciudadanos, convirtiéndose en un “árbitro por encima de los intereses privados y no como instrumento de la clase dirigente. Esta apelación al “pueblo” por parte de la élite lopista buscaba crear un aparato estatal más independiente frente a las oligarquías tradicionales de ambos partidos, reforzadas por la alianza de las burguesías industrial y cafetera.” (González, 2014, pág. 271).

Mas para algunos sectores gaitanistas, las reformas de López fueron hechas a medias, sobre todo en su segundo periodo presidencial, pues no cambiaban realmente la estructura social y económica del país sino que reafirmaban las configuraciones del pasado que nada se relacionaban con los intentos de modernización del aparato estatal. Además, como lo menciona González, López “enfaticaba en la imagen de la unidad nacional por encima de la división bipartidista de la población, pero sin pretender penetrar en el “pueblo” conservador” (González, 2014, pág. 275). Lo que en definitiva seguía consolidando esa visión dicotómica de la sociedad. Incluso Gaitán en un primer momento, mantuvo una relación cercana con Laureano Gómez en sus críticas frente al lopismo y la falta de intención de crear esa integración nacional que tuviera en cuenta al conservatismo.

Sin embargo, a pesar de sus limitaciones, este intento de modernización parcial despertó la resistencia de los propietarios rurales urbanos, lo mismo que la de algunos grupos políticos,

aunque por diversos motivos. Los sectores derechistas del Partido Liberal, como Juan Lozano y Lozano, y los moderados al estilo Eduardo Santos, se mostraban preocupados por la presencia de comunistas en los sindicatos y por la politización de las masas populares, aunque era claro que López no pretendía la creación de un frente popular de izquierda ni un populismo de masas. En cambio, la oposición de algunos sectores del conservatismo y de la Iglesia era más de fondo, pues se basaba en la crítica radical a la reforma constitucional de López en los campos relacionados con el papel de la educación y de la Iglesia en la sociedad (González, 2014, pág. 275)

Con este panorama comienza el segundo periodo de transición, nuevamente con la llegada de un gobierno moderado, como lo fue el de Ospina Pérez en respuesta a un liberalismo dividido. Este cambio fue mucho menos pacífico, sobre todo por la fuerza política que Gaitán ya poseía en ese momento y su fuerte oposición a las elecciones de 1946. Como en el pasado, los conservadores a nivel local y regional reactivan resentimientos contra los liberales y en los puestos burocráticos, empiezan a despedir del espectro a los opositores, quienes por 16 años se habían consolidado en el gobierno. La policía y los ejércitos privados en favor del conservatismo y las guerrillas por parte del liberalismo, ejercen violencia inicialmente en las regiones de Boyacá y Santander y luego se disparan por todo el país. “Los días discurren bajo una gran tensión política y social con marcada tendencia a la anarquía, reflejada en una creciente ola de huelgas y paros solidarios que se extienden por todo el país desde el mes de septiembre de 1946” (Umaña Luna, Fals Borda, & Guzmán Campos, 1962, pág. 43).

En 1947 se decreta un paro general en cabeza de Gaitán, en donde confluye “un movimiento social aparentemente irresistible, compuesto por una mezcla de afiliados a la CTC [Confederación de Trabajadora de Colombia, organización sindical organizada y con un poder relativamente fuerte a nivel nacional], gaitanistas y los mismos electores populares del liberalismo” (Pecaut, 2012, pág. 453). Es decir, el movimiento gaitanista no era obrero nada más, cómo algunos sectores lo querían hacer ver, era un grupo donde convergían tanto pequeños comerciantes y artesanos, como empleados públicos e intelectuales liberales. Para Pecaut, “las reivindicaciones económicas desempeñan allí un papel importante, al igual que el temor a los despidos en el sector público a medida que los conservadores comienzan a reclamar su parte en la administración; pero sobre todo

está presenta la identidad partidista que crea vínculos entre todas las capas” (Pecaut, 2012, pág. 460). En contraste, el conservatismo en cabeza de Laureano Gómez, radical y fundamentalista, llama al sindicalismo religioso de la UTC -Unión de Trabajadores de Colombia-, apela al anticlericalismo Liberal, a la denuncia del comunismo en las filas gaitanistas y utiliza a la policía, a los *pájaros* y a los *chulavitas* para acabar con el contrario.

Esto lo que demuestra es que los partidos como tal empiezan a impregnar todas las capas de la sociedad, sus luchas y la empresa privada y pública; es en conclusión, “una coyuntura en que la rivalidad de los dos partidos por monopolizar el poder invade la totalidad de la sociedad civil y el Estado” (Pecaut, 2012, pág. 452). Además un tema importante que es evidenciado tanto por González (2014) como por Francisco Gutiérrez (2014), es que la violencia privada se normaliza a partir de estos momentos, donde los ejércitos privados de ambos bandos surgen y generan represión a gran escala, deslegitimando “a las instituciones por ponerlas a cumplir sus intereses grupales (González, 2014, pág. 255). En palabras de Gutiérrez “la privatización de la provisión de la seguridad está íntimamente conectada con la inestabilidad y la pobre especificación de los derechos de propiedad sobre la tierra” (Gutiérrez, 2014). Para este autor este factor en específico, caracteriza la política colombiana y sirve de carácter explicativo para dilucidar lo que muchos autores han documentado, que Colombia es un país con una gran incoherencia democrática, pues a la vez que tiene la democracia más estable de América Latina, colinda con niveles de represión incomparables con las dictaduras de la misma época en otros países.

En abril de 1948 matan a Gaitán y el Bogotazo da inicio a una época de violencia generalizada en el país. A partir de este momento, las acciones violentas de la población escapan de las manos de los jefes políticos nacionales, los más influyentes, gaitanistas y laureanistas y se inmersa en la totalidad de la sociedad. “La ausencia de la regulación estatal, la crisis de la simbólica nacional, el poder gremial: todo esto contribuye a que la correlación de fuerzas se manifieste por intermedio de redes descentralizadas de dominio que pueden ser los lazos del clientelismo, el control directo ejercido sobre la fuerza de trabajo o la subordinación de la política a las autoridades locales” (Pecaut, 2012, pág. 534). Por eso es que las dinámicas de la violencia, se dan sobre todo a nivel local, subregional, regional y departamental, pues es allí donde descansa el fundamento histórico de los partidos políticos.

Estos enfrentamientos entre poblaciones vecinas muestran que la rivalidades entre localidades y veredas vecinas, lo mismo que sus autopercepciones y mutuas diferenciaciones se expresaban normalmente por conducto de las adscripciones a uno u otro partido. Tales adscripciones indicaban la canalización política de conflictos sociales de diversa índole, como litigios por tierras, linderos o aguas, o las confrontaciones intrafamiliares e interfamiliares. Esta cobertura política del acto social tienen lugar mediante la intermediación del gamonal, que liga con el Estado a sus “clientes o dependientes (González, 2014, pág. 253)

Es por esto que el clientelismo partidista en este momento resulta tan importante, ya que “el proceso de identificación por el cual pasa la formación del sujeto político no se hace ya por la asimilación total al jefe, se lleva a cabo por la asimilación de aquel rasgo único que constituye su identidad partidista” (Pecaut, 2012, pág. 455), es decir “los grupos se mueven básicamente en los niveles de las solidaridades primordiales de la sociedad tradicional y de sus correspondientes grupos de control social, propios de las sociabilidad comunitaria de las relaciones ‘cara a cara’. Sobre todo cuando los sistemas de referencia e identificación con la sociedad mayor hacen crisis” (González, 2014, pág. 254) como es el caso de la muerte del líder populista. Laureano Gómez es elegido presidente en 1950, a pesar de las infinitas denuncias acerca de su elección ilegítima, y esto solo potencializa la violencia a tal punto que se lleva a cabo un golpe de estado que pone en el poder al General Rojas Pinilla.

Para finalizar este capítulo, sería negar el carácter histórico de los partidos políticos en Colombia, el no considerar a la religión católica como uno de los ejes centrales de las diferencias de visión de mundo entre los mismos y en consecuencia de La Violencia; aún más teniendo en cuenta lo que mencionamos anteriormente y es que para la época regía en el país una constitución de carácter confesional redactada en la regeneración conservadora. Además, que una de las principales insignias del partido Liberal en el XIX era separar la Iglesia del Estado y que las guerras civiles que se dieron en ese siglo tenían como uno de los temas principales el papel de la religión en relación a la política. Así mismo, algunas facciones de la Iglesia católica también participaron en procesos de violencia directa, estructural y cultural, con denuncias que hablaban de “grupos de

civiles armados por los párrocos y sobre la utilización de los campanarios para situar francotiradores” (Molano, 2015, pág. 12), pero también testimonios de los mismos jefes eclesiásticos sobre como oficiales les ofrecían fusiles para que la Iglesia los distribuyera (Umaña Luna, Fals Borda, & Guzmán Campos, 1962). Resulta interesante revisar entonces ¿el papel que la Iglesia católica cumplía en La Violencia? pero no desde la institución misma, sino desde ¿qué aspectos del discurso religioso se utilizaron para construir las representaciones de los partidos Liberal y Conservador? Teniendo en cuenta que la construcción discursiva de los partidos políticos utilizando esta identidad y representación religiosa, dejaba de lado la simbolicidad y justificaba para muchos la violencia.

## Capítulo IV

### El tema religioso

“La iglesia es la institución que ha tenido la presencia activa más constante en la historia del país” (Leal Buitrago, 1997, pág. 14)

Así como con los partidos políticos, la importancia de la religión católica en la cultura de la sociedad colombiana, no se entendería si no se revisa, aunque sea de manera breve, la historia de la misma en el país. La Iglesia también estuvo presente y fue determinante en el proceso de construcción del Estado-nación, pero a diferencia de los dos partidos, que se crearon en la década de 1840, esta institución existía desde y por los procesos colonizadores españoles; es decir mucho antes de la constitución de los partidos y la configuración del Estado moderno. Por lo tanto, las visiones de mundo que fueron adoptando los partidos, tomaban posiciones específicas respecto a este factor que era preexistente a la elaboración de la ideología de los mismos; precisamente por eso, para esta investigación resulta imperativo entender el papel de este actor en Colombia, para advertir por qué era fundamental, a partir del discurso con valor religioso, construir la identidad partidista Liberal.

En principio, no es novedad alguna advertir que la religión haya constituido un instrumento fundamental de la conquista; el derecho de Indias y el Requerimiento, en esencia, son documentos que justificaban la invasión y explotación del territorio a partir del argumento de que la conversión al catolicismo era lo único que podía salvar a los aborígenes de la barbarie y el pecado. Desde ese momento se unen a la labor evangelizadora, los intereses políticos, sobre todo porque la Iglesia como institución era el vehículo para la toma de vastos territorios y fundación de ciudades a lo largo y ancho de lo que hoy es Colombia y su consecuente aprovechamiento. Por la “imposibilidad práctica por parte de la corona de controlar los inmensos territorios con poblaciones dispersas, es entendible el papel político de integración social de la Iglesia durante la colonia” (Leal Buitrago, 1997, pág. 14). El patronato, que le daba a los reyes españoles facultades papales en los territorios ultramarinos conquistados, a saber, toma forma desde este momento y el apostolado civilizador se convierte en la base para la consolidación del Estado (González F. , 1997, págs. 20-21). Los civilizadores evangelizadores son recompensados con terrenos en el nuevo territorio y a través de la encomienda, una institución económica que obligaba a los individuos a retribuir por medio del

trabajo a los patrones para que estos pudieran disfrutar de estadía en las haciendas o como retribución por un favor, generan sustento económico para sí mismos en la Nueva Granada. Como ya se aclaró en el capítulo anterior, de este sistema socio-económico surgen los conflictos agrarios que se encuentran a lo largo de toda la historia del país, “la controversia en torno a la encomienda es, en realidad, la lucha entre el emergente Estado moderno y la tradición señorial todavía vigente en el siglo XVI español” (González F. , 1997, pág. 35).

El territorio que hoy es Colombia siempre ha sido habitado por población diversa; pluralidad que fue negada a partir del proceso misionero y evangelizador, donde no se permitía el diálogo con quienes no concordaran con esa mentalidad. El no reconocimiento de la diferencia sería la punta de ancla para la diferenciación entre clases y razas en el país, pues fue una situación inicial de dificultad para establecer un Estado que se pudiera autodeterminar a sí mismo y que reconociera la heterogeneidad de sus habitantes. Como consecuencia de todo lo anterior, se puede concluir que la misión religiosa venía ligada a “una conquista política, a una explotación económica y a una imposición cultural” (González F. , 1997, pág. 24) y cada una de las consecuencias sociales, económicas y políticas de esos factores, se fueron consolidando en el imaginario nacional a través de los siglos. Ahora bien, esto habla más acerca de la utilización, por parte de los gobernantes y los civilizadores, de la religión como vehículo para la conquista. Sin embargo, la Iglesia como institución a través del clero, tenía posiciones diferenciadas de apoyo o cuestionamiento respecto a las actuaciones en nombre de Dios. Fernán González (1997), en el libro *Poderes enfrentados, Iglesia y Estado en Colombia*, advierte esta complejidad a partir de las diferentes aproximaciones que tuvieron algunos sectores de esta institución:

Sectores de ella tomarán parte activa en la legitimación de la conquista mediante el recurso a la misión evangelizadora confiada por el papa a los Reyes Católicos. Mientras, otros se dedicarán al cuestionamiento profundo de esa legitimación y a la búsqueda de mecanismo de evangelización pacífica. Por otra parte, otros serán parte integrante de la burocracia española en las Indias, a veces siendo aliados de los gobernantes españoles en su afán por controlar a los díscolos conquistadores y encomenderos y por defender a los indígenas de los abusos de éstos y aquellos. Otras veces, serán parte de la oposición local y regional contra el intervencionismo de las autoridades coloniales. (González F. , 1997, págs. 26-27)



El autor le dedica toda una sección del capítulo uno a este tema; *Legitimación y cuestionamiento de la Conquista*, no es más que el planteamiento de las posturas que existían en el imperio español sobre cómo debía llevarse a cabo la conquista, aunque en todas las aproximaciones, de cualquier manera, se debía realizar. Según González (1997), si no se tiene en cuenta esta variedad de posiciones, se puede caer en una mirada excesivamente simplificadora, que no dé cuenta de la complejidad profunda que existía. Sobre todo, por qué en un territorio tan amplio y difícil de penetrar, esos disentimientos afectaban el alcance real y total en todos los niveles del territorio, generando una diferenciación regional respecto a la presencia de la Iglesia. Dejar todo lo anterior claro es conveniente para el análisis, pues el observar la historia previa a la independencia es necesario para establecer la magnitud del valor religioso en la identidad histórica del país desde el “descubrimiento”. Destacando así, el papel activo que, desde entonces, tuvo la Iglesia católica y el aspecto religioso en el moldeamiento de los imaginarios y los comportamientos sociales. Sin embargo, no se tratará extensivamente, sobre todo por la longitud del periodo y por qué no es el enfoque de esta investigación propiamente.

Continuando con el proceso de independencia, además del ejército, la Iglesia es uno de los actores con mayor preponderancia, tanto a favor como en contra de él. Según, Luis Javier Ortiz Mesa (2013) “Jorge Tadeo Lozano, uno de los primeros gobernantes de la naciente república, calificó el proceso emancipador como una “revolución clerical”, pues un tercio de los firmantes del acta del 20 de Julio de 1810 en Bogotá, fueron clérigos” (Mesa, 2013, pág. 10). Algunos padres colaboraron con legisladores en las redacciones de las nuevas constituciones, eclesiásticos son desterrados por parte del gobierno realista por su papel en el proceso de independencia, y varios otros miembros del clero llegaron incluso a tomar las armas en las guerrillas patrióticas. (González F. , 1997, págs. 130-131). Es por esto que Bolívar no dudó en incluir a este actor en los procesos de desarrollo inicial. Incluso, para El Libertador, Colombia no estaba preparada para que se realizara ningún cambio en esta materia; por esta razón, no se demoró en pedirle a la Santa Sede que hiciera el reconocimiento oficial de la nueva república, para que la Nueva Granada pudiera reestablecer las relaciones directas con la misma. Adicional a los esfuerzos desde el gobierno, se sumaban las acciones de la institución misma, que mientras tanto, continuaba en su misión

evangelizadora y se expandía rápidamente haciendo presencia incluso en lugares donde no existía un solo rastro del Estado.

Sin embargo, este proceso de apoyo no fue total en ninguno de los frentes, hubo secciones de la Iglesia que no aprobaban las decisiones de llevar al país hacia la independencia o que denunciaban a Bolívar por su papel durante y después de los procesos de emancipación; calificaban a los eclesiásticos o a cualquiera que apoyara la independencia como masones y luteranos; pedían ayuno y penitencia por los sucesos que estaban ocurriendo; e inclusive algunos ayudaron a “cavar trincheras para defender la ciudad frente al ataque de los federalistas” (González F. , 1997, pág. 133). Esto demuestra continuidad respecto al papel diferenciado que tuvo la Iglesia en la conquista, y la instrumentalización de los gobernantes de las distintas visiones, ya que tanto los libertadores, como los opositores, hicieron uso del discurso religioso en favor de sus intereses.

Después de la independencia, los noveles gobernantes se enfrentaron con la realidad de que uno de los elementos que daba mayor cohesión en el territorio era la Iglesia. Por esta razón, esta institución fue un referente obligado para intentar construir Estado tras la salida del régimen español. Pues la Iglesia no tuvo que modificar drásticamente su constitución y sí contaba con la potestad o poder para construir una unidad nacional, por su amplia presencia de parroquias, sacerdotes, comunidades religiosas, colegios, entre otros, alrededor de todo el país. Tanto a nivel local, como a nivel regional y nacional era imperativo tener en cuenta a esta institución como referencia de cara a la configuración de la nueva nación. El patronato regio que existía desde la colonia, no solo le daba poder a la Iglesia, sino que también la controlaba “a través del derecho de presentación (que equivalía al nombramiento) de los obispos, a la necesidad del pase regio para los documentos papales, al control de virreyes sobre los viajes de los obispos a España, la exención de la visita *ad limina* para los obispos coloniales y a la obligación de los obispos a informar detalladamente al rey sobre el estado de sus diócesis” (González F. , 1997, pág. 124). Es por esto que, una vez los españoles salen de la república, el “aparente” equilibrio entre control y protección de la Iglesia se quiebra y la Iglesia católica como institución del antiguo régimen continúa con “un acervo jurídico que le permite ejercer un liderazgo en la construcción republicana” (Mesa, 2013, pág. 10) con que los noveles gobernantes ya no contaban. Esto va ser el “punto inicial de los conflictos con el poder en formación de un Estado nacional, que quiere seguir controlando a una

Iglesia nacional, cuyo peso social, político y económico es enorme en comparación con la pobreza de las arcas fiscales del Estado y la falta de legitimidad y prestigio de sus gobernantes primerizos” (González F. , 1997, pág. 125).

No obstante, si bien hubo gobernantes que buscaban la aprobación de la Iglesia para la constitución del Estado nación, habían visos del liberalismo que desde ya se empezaban a mostrar en la intención de algunos grupos, inspirados en la revolución francesa, en separar a la Iglesia del Estado. Luis Javier Ortiz Mesa (2013), evidencia esto en el artículo *La Iglesia católica y la formación del Estado-nación en América Latina en el siglo XIX. El caso colombiano*, en donde demuestra que incluso durante la Patria Boba, en el marco de las discusiones entre centralistas y federalistas el tema de la relación Iglesia-Estado siempre estuvo presente. Para este autor, desde la independencia siempre hubo una larga y compleja imbricación de problemas de secularización y de construcción nacional; y en esas discusiones, la Iglesia también tuvo su parte, pues intervino tanto en las discusiones entre realistas y patriotas, como entre federalistas y centralistas. Según González, esto “demuestra la profunda encarnación del clero en la vida social y política de la época: en buena parte, esta situación era el resultado de la situación de Patronato que ligaba indisolublemente la suerte de la Iglesia a la del Estado” (González F. , 1997, pág. 134)

Por eso, parece parcial que se relacione a la Iglesia siempre con un solo bando, pues ni la misma, ni más adelante el Estado Liberal o Conservador, son instituciones homogéneas o monolíticamente indiferenciadas, ni siquiera en los momentos de mayor conflicto (González F. , 1997, págs. 126-127). Si bien es claro que la Iglesia cumplió un papel, como el de los partidos políticos, de polarización, sectarismo y negación del otro, en los casos en que su poder se viera afectado, también, fue de gran apoyo al proceso independentista, civilizatorio y de construcción de identidad nacional. Y así como se reconoce que en la mayoría de las guerras y conflictos del siglo XIX, los cuales serán analizados enseguida, la Iglesia cumplió un papel importante, de movilización de la población y construcción de representaciones antagónicas; también se hacen evidentes las diversas posiciones que había al interior de la misma.

Así pues, teniendo en cuenta la importancia de la Iglesia en el aspecto social y político de la nación, y su papel activo a través de los años, la religión se convirtió en uno de los ejes centrales

de la ideología de las identidades partidistas: para los liberales, en la mayoría de casos, la autoridad y poder que tenía esta institución era el obstáculo para establecer una sociedad moderna; mientras que para los conservadores la misma se fundía en gran medida con sus intereses. De acuerdo con Ortiz Mesa (2013):

Tales diferencias y tensiones surgidas en esas relaciones de fuerza y lucha por disponer de la iglesia o someterla, se conjugaron con contiendas electorales, disputas en torno a la organización estatal y territorial, rivalidades interregionales y locales, que dieron lugar a nueve guerras civiles en los años 1830, 1839-42, 1851, 1854, 1859-1862, 1876-1877, 1885, 1895 y 1899-1902. No fue posible establecer un régimen que fundara la paz para consolidar un equilibrado desarrollo económico y social, y hubo que esperar a las primeras décadas del siglo XX para lograrlo parcialmente. (Mesa, 2013, pág. 6)

Las guerras civiles decimonónicas, como se le llama a esos nueve enfrentamientos, son divididas en tres etapas que denotan espacios de tiempo en los que hay semejanzas en cuanto a la posición general del gobierno frente a la Iglesia. La primera abarca desde 1810 con la firma del acta de independencia, hasta 1853 con las reformas llevadas a cabo durante la revolución Liberal; aquí el Estado debe estabilizarse tras la independencia, por lo que las legislaciones aún no son tan drásticas respecto al papel que debía tener la Iglesia en el Estado. Esto conlleva a que las respuestas a esas reformas tampoco sean tan radicales; por ende las luchas que se dan durante esos años lo que hacen es vislumbrar los conflictos religiosos venideros. El naciente país aún necesita de la cohesión de la que la Iglesia es poseedora para ordenarse.

La segunda etapa, se da a partir de 1853 hasta la regeneración, y podría denominarse secularización progresiva de la política del país. Durante estos años, el partido Liberal se consolida en el poder de una manera preponderante y a través de ese poder sepára a la Iglesia del Estado. Los conflictos se tornan más violentos, los partidos políticos se consolidan más claramente, y la Iglesia es cada vez más partícipe de la política. Por último está el tercer tipo, que comienza con el fin del predominio Liberal, hasta el fin de la hegemonía conservadora en 1930. El país regresa a una república centralista y confesional, lo que conlleva a que se dé una de las guerras civiles del siglo XIX más violentas, la Guerra de los Mil Días. Tras la victoria del partido Conservador en

este conflicto, aparece una relativa paz en el país, pero reina la represión. Es más bien la calma antes de que se reavivaran los problemas nunca resueltos en una guerra civil no declarada que afectó a casi la totalidad de la población y tuvo consecuencias fatales, La Violencia Bipartidista.

La primera etapa, a la que hace referencia Ortiz Mesa, refleja las diferentes actitudes y posiciones de la Iglesia sobre la independencia, las discusiones en torno a la mejor forma de gobernar el Estado y en torno al patronato. Respecto a la independencia, se ha descrito ya la manera en la que la Iglesia contaba con un poder de unidad nacional excepcional, que fue utilizado por los gobernantes para estabilizar al Estado; y respecto a la mejor manera de gobernar, las posiciones diferentes que hubo en la Iglesia respecto al centralismo y el federalismo. Ahora bien, las discusiones en torno al patronato empiezan en 1824 y acaban en 1853 con la ruptura del mismo. Es necesario ahondar entonces acerca del Concordato que ratificaba ese Patronato Real, el cual, según el mismo autor, convirtió a los reyes españoles en una especie de vicarios papales (Mesa, 2013, pág. 12), lo que les daba cierto nivel de autonomía frente a la Santa Sede en el propio territorio y en los lugares que habían conquistado. Cuando Bolívar pretendió que se acordaran nuevas relaciones con Roma en 1824, modificó el Patronato Real para convertirlo en uno republicano y con este se dio a las nuevas autoridades nacionales las funciones que antes tenía el gobierno español. O sea, la estrecha relación que existía entre el Estado español y la Iglesia antes, siguió siendo vigente después de la independencia, esta vez, con los nuevos gobernantes. Sin embargo, el patronato estaba lleno de ambigüedades; si bien los gobernantes conocían la importancia de mantener una relación con la Iglesia, “no estaban dispuestos a que una protección de la misma, implicara la perpetuación del sólido monopolio religioso e ideológico que ella estaba acostumbrada poseer” (González F. , 1997, pág. 140)

Por ello, desde 1821 se comenzaron a imponer a través del congreso un conjunto de medidas que restringían el poder de la Iglesia. Se establecieron límites por medio de la intervención del Estado en la erección de obispados y parroquias, designación de obispos y arzobispos, y nombramiento de curas. Así mismo, se establecieron restricciones más estrictas a la diócesis, supresión de conventos, jurisdicciones para vigilar y juzgar a prelados y visitadores eclesiásticos, otorgación de recursos de fuerza a tribunales en contra de las provisiones de jueces eclesiásticos, leyes que exigían el permiso del gobierno para divulgar las bulas papales, y otros tantos intentos,

que si bien no se lograron imponer de manera total, demostraban como los funcionarios buscaban disminuir la intervención de la Iglesia, la cual era considerada como una “rémora al progreso económico” (Mesa, 2013, págs. 12-13). Los miembros de la jerarquía eclesiástica no respondieron bien a esto, pues en 1838, decidieron “expandirse por todo el país, y formar un partido católico para defender la tradición, participar en las elecciones republicanas para lograr el triunfo electoral de quienes pudieran legislar en favor de los intereses de la Iglesia católica, y para garantizar la felicidad de la República cristiana” (Mesa, 2013, pág. 12). Todo esto conllevó a que se dieran las guerras civiles que se encuentran en este espacio de tiempo, la más importante de ellas, la Guerra de los Supremos; y que en 1848-49 aparecieran de manera formal los partidos Liberal y Conservador, con programas que desde ya tenían a la religión como base de sus diferencias.

En este ambiente, la nueva generación de jóvenes liberales, formados en el utilitarismo de Bentham difundido por Ezequiel Rojas, quien elaboró el primer programa del partido Liberal en 1848, y liderados por el liberal radical Manuel Murillo Toro, se opusieron al Patronato, el centralismo, el autoritarismo y el ejército permanente. En aquel programa, afirmaba Rojas, “quiere el partido Liberal que no se adopte la religión como medio de gobernar”, sino que el Estado y la Iglesia giren cada uno en su propia órbita pues el uso político del clero y la religión los envilece a ambos y los separa de sus fines. Por su parte, Mariano Ospina Rodríguez, en el primer programa del partido Conservador en 1849, tomó la defensa del catolicismo como tema central y consideró que su partido “es el que reconoce y sostiene [...] la moral del cristianismo y sus doctrinas civilizadoras contra la inmoralidad y las doctrinas corruptoras del materialismo y del ateísmo (Mesa, 2013, págs. 13-14).

La segunda etapa, que tiene que ver con la secularización del Estado, inicia a partir de La Revolución Liberal (1849-1855), continúa vigente en el interludio Conservador (1855-1861), se potencializa durante el dominio radical bajo el federalismo (1861-1878) y comienza a perder poder durante los años 1878-1884, finalizando con la regeneración conservadora. Para comenzar, el presidente General José María Obando (1841-1845) no estaba muy seguro de separar totalmente a la Iglesia del Estado, a pesar de que muchos otros ideólogos liberales así lo quisieran. Según González (2014) “Obando no se muestra inicialmente demasiado partidario de la medida, que considera arriesgada y prematura, aunque está de acuerdo en principio; podría desencadenar una

reacción contra los principios democráticos y traer males sin cuenta a la república. Sin embargo, el presidente no objetaría la medida si los delegados del pueblo la estiman conveniente, pero él no ha querido ni quiere llevar sobre sí la responsabilidad moral de sus consecuencias.” (González F., 1997, pág. 75). A pesar de ello, la constitución del 21 de mayo de 1853, que separa efectivamente a la Iglesia del Estado, es aprobada en contra de él. Además de lo ya mencionado, la constitución permite “el libre cambio; el sufragio universal de varones; las libertades individuales y de cultos; la abolición del ejército, de la pena de muerte, los diezmos y los censos; la abolición del fuero eclesiástico, las libertades de enseñanza, imprenta y palabra, de compra y venta de armas; el fortalecimiento de las provincias y la disminución de las funciones del poder ejecutivo” (Mesa, 2013, pág. 15). Esta constitución, como era de esperarse, generó revuelo en el clero y la jerarquía eclesiástica. La Iglesia se oponía a la separación, “porque para ellos el estado normal de la relación de las dos potestades era el de la unión que, se suponía, debía permitir la colaboración mutua sin obstaculizar la recíproca libertad de cada una dentro de su esfera de acción” (Mesa, 2013, pág. 15).

Empero, la separación entre la Iglesia y el Estado no duró, ya que el General José María Melo, quién llegó al poder por un golpe de Estado, fue derrotado rápidamente; y Manuel María Mallarino, conservador, suspendió parte de los postulados de la constitución de 1853. Según Ortiz Mesa, la suspensión se dio por los temores que dejó en las élites neogranadinas la guerra civil de 1854, en razón del levantamiento plebeyo-artesanal contra las políticas del librecambio, la liquidación del ejército y la libertad de cultos (Mesa, 2013, pág. 16). A pesar de que los conservadores vuelven al poder, el interludio Conservador dura apenas unos años; y la llegada del General Tomás Cipriano de Mosquera, triunfador de la guerra civil de 1863, y de Manuel Murillo Toro al poder, trae consigo la imposición de más medidas anticlericales y por medio de la constitución liberal de ese mismo año, se somete a la Iglesia al control del Estado. Tales medidas incluían la “desamortización de los bienes de manos muertas (1861), la inspección de los cultos (1863), y la educación laica (1870)” (Mesa, 2013, pág. 17). Según Fernán González, esta vez las posiciones dentro del liberalismo se encuentran más divididas, lo que demuestra el carácter no monolítico del partido Liberal durante este periodo.

En estos años, los gobiernos liberales se caracterizaron por llevar a cabo medidas para ampliar el sistema escolar, acabar con el analfabetismo y por mejorar el desarrollo económico del país, no

obstante, la Iglesia contaba con escuelas católicas en todo el país desde muchos antes; y a través del púlpito, llegaban a una inmensa mayoría de la población, que si bien no sabía leer o escribir, si escuchaba las predicas religiosas. Es decir, a pesar de los intentos de secularización estatal del Estado, la Iglesia, aún contaba con un peso social considerable y se resisitía a perder su poder; al igual que el partido Conservador, que pregonaba ser la voz de esta institución en la política. Ambos, la Iglesia y los conservadores, se encontraban inconformes frente a las actuaciones del liberalismo, y a través de las herramientas que estaban disponibles buscaron incrementar su poder. Durante esta época se generan un sin número de enfrentamientos, con base a las reformas que apelaban a temas religiosos, pero pasado el tiempo, algunos miembros del clero, sobre todo el arzobispo Arbeláez, deciden acercarse a los presidentes de turno para generar políticas más conciliatorias, que resultan, en algunos casos, siendo efectivas. Las diferencias que existieron desde los inicios del Olimpo Radical dentro del partido Liberal, se fueron ampliando como efecto de las guerras civiles y por las alianzas que algunos liberales formaron con conservadores menos radicales y algunos miembros de la Iglesia. Así pues, tras la guerra de 1876, en 1880, seis de los nueve Estados federales quedaron en manos de liberales independientes y tres bajo el dominio radical, (Mesa, 2013, pág. 21) restándole poder al predominio Liberal, a tal punto que durante la guerra de 1885, perdiera todo su poder en el espectro político.

El tercer y último periodo antes de analizar la época correspondiente a La Violencia Bipartidista y sus antecedentes directos, constituye todos los años de La Regeneración y la Hegemonía conservadora; donde el papel de la iglesia católica se convierte determinante en la sociedad y la política. La Constitución de 1886 y en el Concordato de 1887, ponen, en cierta medida, fin a los conflictos que caracterizaron todo el siglo XIX, al acabar con el llamado problema de la “cuestión religiosa” y unir totalmente a la Iglesia con el Estado. Según Ortiz Mesa, “la reorganización del clero colombiano, como en el resto de América Latina, se basó en el modelo del Concilio Vaticano I (8 de diciembre de 1868-18 de julio de 1870) en el cual se trataron temas tan importantes como la proclamación de la infalibilidad del papa y la aplicación del *Syllabus errorum* de 1864; de tal manera que la reforma de la Iglesia Católica en Colombia participó en el proceso de reivindicación del ultramontanismo y de rechazo del mundo moderno” (Mesa, 2013, pág. 22). Rafael Núñez (1884-1894), presidente durante el fin del predominio radical, considerado por algunos como un liberal independiente, estimaba que la religión era un elemento cohalicionador de la vida política



y social, por lo que para él “era imposible realizar tarea social y política de Estado en contra de los sentimientos católicos de la mayoría de la población y sin la colaboración de la Iglesia” (Mesa, 2013, pág. 22). Así pues, con el Concilio Vaticano I como base, Núñez, junto con Miguel Antonio Caro, establecen la Constitución del 86.

Según Ortiz Mesa, la nueva magna carta en los diferentes artículos que la articulaban y el Concordato reconocían que la religión católica es la de la casi totalidad de los colombianos, de lo que se siguen los efectos de la personería jurídica de la Iglesia; la educación pública iría totalmente ligada con el sentimiento religioso, por lo que ninguna universidad o colegio podía propagar ideas en contra del dogma católico; pretendían reestablecer la *paz religiosa*, el centralismo político, el poder ejecutivo y el proteccionismo económico; le otorgaban poder al Papa para nombrar miembros de la jerarquía eclesiástica, pero ponían las decisiones en consideración del presidente; la dan a la Iglesia compensación por el valor de los censos y bienes amortizados por el valor de renta de 100,000 colombianos, que iría aumentando a medida que mejorará la situación fiscal del gobierno. Aclarando que, aunque esto no ocurriera en sus prácticas, la Iglesia ni es, ni será oficial y conservará su independencia (Mesa, 2013, pág. 23). Según González (1997),

El concordato es una consecuencia lógica de lo estatuido por la constitución. Joaquín Fernando Vélez había sido nombrado representante del gobierno de José Eusebio Otálora ante la Santa Sede, pero sin instrucciones. Vélez regresa al país para participar en la defensa del gobierno de Núñez en la guerra civil de (1885) y es nuevamente nombrado como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario ante la Santa Sede, con instrucciones de puño y letra de Núñez. Según estas, el convenio debe reflejar fielmente el espíritu de la Constitución; el reconocimiento de la deuda deben marcarse teniendo en cuenta la plenaria fiscal del gobierno, que sólo puede cumplir compromisos muy módicos; en compensación, el gobierno ofrece auxilios presupuestales para misiones, seminarios y diócesis pobres. Conviene estipular el pago directo de los réditos de patronato y capellanías a los que tengan derecho a ellos y pide la condonación absoluta de los réditos no pagado pues sería imposible hacerlo. Reconoce efectos civiles a los matrimonios canónicos reservándose la soberanía del gobierno en los demás. Los obispos señalarían los textos de religión para los

colegios nacionales y el gobierno intervendría para que los textos y otras materias no estuvieran en desacuerdo con la doctrina católica. (González F. , 1997, pág. 256)

Sin embargo, tanto la constitución, como el concordato tuvieron consecuencias nefastas que se vieron consolidadas en la Guerra de los Mil Días (1899-1902). Pues polarizaron de manera radical las posiciones de los dos partidos frente al tema religioso; acentuaron la relación entre el partido Conservador y la Iglesia; y apartaron del espectro social y político por completo al partido Liberal. Tanto así, que algunos conservadores se llegaron a considerarse como tensores y casi dueños de la institución eclesial; a la que usaron como mecanismo electoral y de movilización partidista (González F. , 1997, pág. 260). Se dividió de tal manera el espectro político, que a pesar de las medidas conciliatorias de algunas secciones del clero, del liberalismo y el conservatismo, la guerra no pudo ser detenida. Su comienzo se da cuando, según González,

El ultraderechista general Artístides Fernández, responsable de la feroz represión antiliberal siendo gobernador militar de Cundinamarca, fue nombrado ministro de guerra por el presidente Marroquín, recibió un fuerte apoyo del bajo clero y de los conservadores de los pueblos de Cundinamarca. Incluso la juventud conservadora extremista el colegio San Bartolomé, dirigido por los jesuitas, ofreció su apoyo entusiasta Fernández, cuando este amenazó con fusilar a las cuatro prisioneros liberales si no eran puestos en libertad cuatro oficiales conservadores en poder de la guerrilla liberal. Esto alarmo a Miguel Antonio Caro, que redactó una carta pública de protesta dirigidas a Felipe A. Paul, nacionalista de vieja data y hermano del difunto arzobispo Paúl. La carta de Caro fue firmada por otros 12 prominentes nacionalistas: se temía que Fernández desencadenará un régimen de terror que imposibilitará la paz. Solo la intervención del arzobispo Herrera Restrepo y del nuncio papal logró hacer desistir a Fernández de cumplir sus macabras amenazas. (González F. , 1997)

Una vez terminada la guerra, los conservadores históricos, quedaron desacreditados por haber ‘incitado a los liberales a tomar las armas’, por lo que los conservadores más radicales fueron los que quedaron en el poder inicialmente. Desde entonces y hasta 1930, los gobiernos conservadores se caracterizan por la represión hacia el partido Liberal y dado que la Guerra de los Mil Días había

dejado tantos muertos, los liberales temían alzarse en armas nuevamente contra el partido Conservador. Gobiernos como los de Carlos Restrepo y otros conservadores más moderados fueron vistos con desconfianza por los más radicales y por la mayoría de los miembros de la Iglesia Católica. Sin embargo, así como en los conflictos del siglo XIX, las posiciones de parte del gobierno y la oposición nunca fueron homogéneas. Desde el gobierno de Suárez ya se encuentran divisiones más claras dentro del conservatismo; mientras que unos tenían posiciones más antiliberales, otros eran más moderados en su relación con el liberalismo, intentando incluso, hacerlos parte del gobierno. En la época, ya se denotan también en las posiciones de algunos miembros del clero y de la jerarquía eclesiástica, la incomodidad frente a la instrumentalización del poder de la Iglesia Católica por parte del conservatismo. Empero la generalidad durante la hegemonía Conservadora es que “la Iglesia fue un complemento del Estado” (Palacios & Safford, 2011, pág. 411).

Este contexto de guerras civiles, de consolidación del Estado y de los partidos políticos Liberal y Conservador, con posiciones específicas respecto a la forma que debía tomar la Iglesia en el mismo, muestran que desde el primer momento el Estado se consolidó con base en una población y un territorio polarizado. Fue un estado inicial de las cosas que se replicó en la guerra de mediados del siglo XX, donde la represión, característica, tanto del Olimpo radical, como de la hegemonía conservadora, constituyó el enfrentamiento entre los dos partidos políticos una vez se realizarán transiciones del partido contrario al poder. Y es que incluso hasta el día de hoy, no se ha analizado detalladamente por qué personas de la misma nacionalidad, de la misma posición social y de la misma religión se mataban entre sí (Rehm, 2014, pág. 21), aunque este contexto da pistas del rencor que existía en favor de los conflictos que se dieron durante los años pasados, que eran heredados mediante generaciones. Según María del Rosario Vázquez (2007), en la historiografía nacional se reconoce la situación de violencia, sin embargo no se hace énfasis ni detalle en la Iglesia.

Ahora bien, La Violencia Bipartidista para la mayoría de autores data desde 1946, sin embargo, el periodo que comienza en 1930 con la hegemonía liberal, como ya se ha descrito anteriormente, es clave para entender la lucha que se dio. Antes que nada, es necesario recordar, que el “liberalismo había sido desde tiempo atrás respetuoso de la posición de la Iglesia entre las

instituciones; la inmensa mayoría de los liberales eran tan “practicantes” como los conservadores; no había entre ellos nada parecido a las tradiciones anticlericales que se encuentran en muchos republicanos españoles” (Pecaut, 2012, pág. 548). Por ejemplo, desde el comienzo de su campaña, “Enrique Olaya Herrera se había prestado a ofrecer sólidas garantías a las creencias católicas, afirmando que consideraba fundamental para la paz de las conciencias la observancia del precepto constitucional según el cual los poderes públicos debía proteger a la Iglesia Católica como elemento esencial del orden social. Tanto Olaya Herrera como el Obispo Ismael Perdomo estuvieron de acuerdo con la necesidad de una sólida armonía entre ambas potestades (González F. , 1997, pág. 285), aunque monseñor Builes no estuviera de acuerdo. La Iglesia estuvo dividida Al mismo tiempo, como se ha venido demostrando, siempre habían más posiciones dentro de cada grupo y Alfonso López Pumarejo se confronta al partido Conservador y a la jerarquía de la Iglesia católica con la reforma de 1936, creando un ambiente de polarización social similar al de las luchas del siglo XIX, que prepararía el terreno de la llamada violencia de los años 50’s.

Con la reforma constitucional del 36’, llevada a cabo por López, la división entre los partidos incrementó; esta es considerada por Laureano Gómez y monseñor Builes como un intento de secularización de la sociedad y el Estado, que proponía la supresión de Dios de la constitución nacional e implantaba la libertad de cultos. Según Daniel Pecaut (2012), a partir de ahí nace el fundamentalismo conservador y Gómez es quien lidera la cruzada político religiosa que ubicaba a la Iglesia en el terreno de lo no negociable. Palacios y Safford (2011), que si bien consideran las divisiones de la Iglesia respecto a este periodo en su texto, mencionan que “la politización partidista fue más visible en las actividades del clero secular y en el trabajo misional. Para los curas y párrocos era imperioso tomar partido en los procesos electorales y en el trámite de petición de los feligreses que requerían una conexión con el poder. [...] la jerarquía no dudó en permitir que eventos públicos eminentemente religiosos, como los congresos eucarísticos, fueran utilizados para fines de proselitismo electoral (Palacios & Safford, 2011, pág. 414)Y, como ya se describió en el capítulo anterior, la imbricación entre lo religioso, lo social y lo político, llega a tal punto, que se consolida un sindicalismo religioso.

Ya en los años 40’s “la conferencia episcopal publica un manifiesto contra el peligro comunista, que trabaja camuflado a través del Partido Liberal” (González F. , 1997, pág. 290), lo que genera

una respuesta en contra de todos los organismos que ‘olieran’ a comunismo, incluso hacía la misma JOC, Juventud Obrera Católica; en esta época inclusive, algunos sectores de la Iglesia y el partido Conservador prohíben que se lea el periódico Liberal *El Tiempo* (González F. , 1997, pág. 291). No obstante, la heterogeneidad de la Iglesia se hizo patente en la discusión en torno al concordato de 1942,

Que buscaba poner de acuerdo las relaciones Iglesia-Estado con la reforma constitucional de 1936. Desde 1937 había sido nombrado Darío Echandía como embajador ante la Santa Sede: según el padre Juan A. Eguren S.J., estudioso del tema concordatario, el gobierno liberal fue moderando sus inicialmente extremistas exigencias hasta contentarse con una negociación parcial sobre matrimonio, registro civil y administración de cementerios. Esta “actitud tan conciliadora” convenció al Vaticano para negociar y aprovechar la ocasión “para desterrar el último vestigio del patronato español, oculto en el concordato de 1887”, en frases de Eguren. (González F. , 1997, pág. 292)

Estas discusiones se consolidaron en un acuerdo entre la Santa Sede y el gobierno liberal. Sin embargo, la posición moderada de los cardenales y miembros del clero con respecto a este concordato, era muy distinta a la posición de los sectores ultraderechistas del clero y del partido Conservador. Según Laureano Gómez, “el concordato era obra de un complot masónico: no tenía en cuenta la opinión de preladados y sacerdotes, a los que se tuvo ignorantes de toda la negociación. El concordato se modificó sólo para dar gusto al “furor fanático, a la inquina irreligiosa y a un pequeño círculo de masones” y se logró poniendo “un muro impenetrable entre la Santa Sede y el catolicismo nacional” (González F. , 1997, pág. 293). Esto es otra muestra de la siempre presente compenetración prolongada de la Iglesia en la política partidista y de la manera en la que la heterogeneidad de posiciones en la Iglesia, era instrumentalizada por ambos partidos.

Las posiciones y confrontaciones entre Iglesia, liberales y conservadores desembocaron en una guerra civil no declarada a partir de 1946, pues a pesar de que el gobierno de Mariano Ospina Pérez era de cierta manera moderado, las representaciones de los sectores más radicales del conservatismo se imponen y convierten el suelo colombiano en un campo de batalla por defender a la Iglesia. Sus más grandes representantes el monseñor Builes y Laureano Gómez, despliegan

discursos fuertes en contra del liberalismo y del gaitanismo e invocan a que se dé una respuesta física. Builes, que pertenece al sector que se niega a dar los sacramentos a los liberales, proclama que “desde 1930 hasta el 9 de abril de 1948, desde ese día nefasto hasta el momento presente, estas hordas, a nombre del Partido Liberal, se transformaron en el Caín de la familia colombiana, que elimina sin misericordia a su hermano Abel, es decir, hombres, mujeres y niños cuyo solo crimen consiste en pertenecer al partido político que defiende la religión [...] Es necesario subrayar que desde esta época hasta el 9 de abril de 1948, no es el comunismo el autor de estos asesinatos sino el liberalismo pura y simplemente” (Pecaut, 2012, pág. 547). Ospina, tras la muerte de Gaitán, dice que “del agravio político se pasa al agravio religioso: se sospecha que el Partido Liberal está de lado de las fuerzas que conspiran contra el orden cristiano; el 9 de abril, contituyen un atentado contra la “civilización cristiana del país”. (Pecaut, 2012, pág. 546). Detrás del conflicto partidista, según el directorio Conservador, se esconde la “decisiva y trascendental lucha de las fuerzas espiritualistas que defienden el orden cristiano, la dignidad y los derechos de los hombres y los fueros del espíritu, contra las izquierdas revolucionarias, propugnadoras de la lucha de clases y la implantación de sistemas tiránicos y materialistas.” (Pecaut, 2012, pág. 546).

Ahora, con esto último no se pretende tampoco aludir a que el partido Conservador fue el instigador principal de la violencia, precisamente en el capítulo anterior se trataron las diferentes razones a la religiosidad que tuvieron influencia en este proceso; por ejemplo, las luchas sindicales, las guerrillas liberales, el fraude electoral, la policía conservadora, entre otros. También en el capítulo que sigue, se busca mostrar como desde antes hubo una proposición fuerte desde el liberalismo en términos religiosos que ejercía una separación entre ambos sectores. Sin embargo, este capítulo en específico pretendía demostrar que efectivamente la Iglesia es una factor de suprema importancia en el país y en todos los conflictos que se han dado a lo largo de la historia. Y que la religión fue un componente que los partidos no pudieron obviar y así debió hacer parte de su constitución.

## Capítulo V

### De la prensa a las elecciones

- **Elecciones 1930**

Es importante revisar con mayor detenimiento el periodo que comienza con las elecciones de 1930, pues como se ha dejado claro anteriormente, si bien este no significó el momento de violencia *per se*, sí constituye un antecedente directo para La Violencia Bipartidista. A la vez, conviene enmarcar cual fue la perspectiva de *El Tiempo*, es decir, como dicha época fue representada en el periódico. Según dicha narrativa:

Esas elecciones para presidente de la República de Colombia fueron aparentemente de tranquilidad y de buenas maneras. La transición desde una hegemonía conservadora, que llevaba un poco más de 45 años en el poder hacia un gobierno Liberal abiertamente moderado, transcurrió presuntamente en total imperturbabilidad; tal vez, porque en la división en la que se encontraba el partido Conservador, no había solución que significase acuerdos dentro del partido o de la Iglesia. Por su parte, el candidato de la oposición contaba con el apoyo total del liberalismo e incluso de algunos sectores del conservatismo y del clero, esto debido a su carácter mesurado.

A esta conclusión llegaron algunos miembros de la jerarquía eclesiástica y del partido que los representaba. Un católico escribió el 4 de marzo en editoriales del mismo diario, cuando ya era irrefutable el triunfo de Enrique Olaya Herrera, un artículo que llevaba por nombre *Los intereses de la religión y los resultados de la campaña electoral*; decía lo siguiente:

La causa esencial de la ruta conservadora fue la intervención eclesiástica, que impidió el acuerdo, que ahondó fieramente las diferencias, que enfrentó dos candidatos en forma irrevocable. Las vacilaciones de altas autoridades eclesiásticas, acaban de desconectar a un partido que ya no sabía qué camino tomar, y que fue a las urnas sin saber ni dónde estaba el enemigo, ni cuál era su propia bandera. Uno de los candidatos conservadores fue pública y episcopalmente acusado de ser afecto a los masones y no dar garantías a la Iglesia. Contra el candidato liberal nadie formuló cargos de esa índole. Párrocos extraviados hicieron a los

gobernantes ataques casi feroces, reñidos con el principio de autoridad, en tanto que el adversario tradicional procedía dentro de un máximo respecto a esas autoridades. Mientras que en el campamento contrario sólo se veía la bandera nacional y sólo se oían los acordes del himno y las preocupaciones por los problemas patrios, en nuestras acciones se escuchaba tan sólo la estridencia de las luchas personalistas, el rumor sospechoso de los actos privados y de las pequeñas combinaciones partidaristas... ¿cómo extrañar el resultado, matemáticamente producido por una serie de faltas como no se registran quizá en la historia política de ningún otro pueblo?

Es un caso extraño y sugestivo. El clero, en su ciego amor por el conservatismo, se confundió tanto con él, que lo ahogo entre sus brazos. (...) Y fue ese el justo castigo, la conclusión lógica de la explotación del clero por parte del conservatismo, que de años atrás venía convirtiéndolo en su arma favorita, en su escudo predilecto, en su instrumento permanente. (...) Partido que tiene por base filosófica el respeto a la religión y la defensa de sus fueros eternos e inalienables, no ha debido, jamás, incurrir en esa utilización irreverente de lo mismo que debía poner siempre por encima de sus cabezas y fuera del alcance de sus apetitos. (...)

El golpe ha sido duro, y será benéfico para todos. No tenemos hostilidad alguna para la revisión de parte del gobierno que va a iniciarse, y cuyas declaraciones están respaldadas por el sentimiento unánime del país. Y vemos en el porvenir días de paz y de gloria para la Iglesia, liberada de los explotadores políticos, alejada de los partidos –única manera como puede usar definitivamente del respeto y la decisión de todos los católicos colombianos-; y días de triunfos para el partido Conservador, que puede volver a ser el partido civil de tiempos mejores, que no convierta en proyectil el sentimiento religioso ni comprometa en las luchas partidaristas lo que no puede ser dócil instrumento de pasiones sectarias sino consuelo, esperanza y guía suprema de las almas.

(Editoriales, Los intereses de la religión y los resultados de la campaña electoral , 1930)



Resulta interesante que el periódico que supuestamente, según algunos sectores del conservatismo, seguía ideales masónicos y ateos, publicara una carta de tal índole. Además, la presentación de tal misiva, aclaraba que ‘el católico’ que la escribía no cumplía con los ideales de pregonar ideas sinceras y generosas que persiguieran finalidades superiores, con los que ellos sí cumplían. “Nuestro ideal político no es el mismo que inspira al autor de esta carta, pero sí compartimos sus conceptos respecto del puesto y el papel que en la vida colombiana corresponde a la Iglesia Católica y el clero que la representa” (Editoriales, Los intereses de la religión y los resultados de la campaña electoral , 1930). Este escrito es una muestra sencilla y resumida de la manera en la que el liberalismo se presentaba a sí mismo y al conservatismo; el primero como protector real de los valores religiosos y el segundo como un usurpador de este título.

A propósito de las investigaciones que se han realizado acerca de este periodo con respecto a la Iglesia, que bien se resumen en el análisis de María del Pilar Vázquez Piñeros, un gran porcentaje describe extensivamente la relación conservatismo-Iglesia, mientras que pocos autores matizan las posiciones que había tanto dentro de la Iglesia, como al interior de los dos partidos. Acerca del liberalismo lo máximo que se ha dicho es que era anticlerical en su mayoría, a excepción de unos cuantos autores como Perea, sin embargo, poco se ha detallado la importancia del factor religioso en la construcción partidista liberal en la época. La realidad es que por lo menos en este primer año de investigación en comicios electorales, la prensa liberal se refirió al tema religioso en múltiples ocasiones y a través de su discurso en primera página y sobre todo en la sección editorial de *El Tiempo*, construyó la identidad del candidato que los representaría a partir de valores y respaldos de autoridades de la Iglesia católica. Esto será demostrado principalmente a través del análisis crítico del discurso realizado a varios artículos del periódico, probando al mismo tiempo la violencia simbólica que subyacía a ese discurso y la forma como el mismo construía y re-producía una ideología que buscaba el poder.

- **El liberalismo y la *paz religiosa***

Antes de comenzar, es necesario aclarar algunas consideraciones en lo que se refiere a las elecciones y la prensa durante este año. Lo primero a destacar, es que Colombia en la década de 1850 intentó hacer una apertura democrática para que el sufragio fuera universal para los hombres

e incluso, en una ocasión para las mujeres. Sin embargo, el federalismo que le siguió, dio autonomía para que cada uno de los estados aprobaran esta medida y la constitución del 86 volvió a convertirlo en un derecho de pocos; a partir de ese momento los criterios para votar eran de corte económico y educativo (Bushnell, s.f.). Para esa época “el 80% de los nueve millones de colombianos eran analfabetas” (Mejía, 2006, pág. 24) pero como se ha demostrado, la difusión de la prensa era mucho más amplia, puesto que su lectura no se hacía en privado y en solitario, sino en voz alta y en grupo. Esto limita un poco el análisis, pues las elecciones no dan cuenta de la apropiación real de toda la población respecto a las publicaciones en los periódicos. No obstante, este medio influía contundentemente para la construcción de la opinión pública y esto se veía reflejado en las urnas.

Algunos podrían con razón, decir que un fenómeno que tuvo consecuencias en todo el país, pero sobre todo a nivel local y regional, no puede analizarse desde un periódico en Bogotá, a través de las elecciones nacionales. A pesar de ello, gracias al estudio que se hizo sobre La Violencia Bipartidista, se demostró que la militancia en el partido jugó un papel preponderante durante esta época, como elemento influyente de legitimación de la violencia; militancia que se construyó históricamente desde el Estado central, como herramienta para articular el territorio. Esto quiere decir que si bien el clientelismo característico de la época fue determinante en la consecución de la violencia física en las regiones, las representaciones de los partidos a los que esos poderes locales pertenecían, recaían en un constructo nacional.

Teniendo en cuenta que la aproximación pretendida en este estudio es cultural y simbólica y que el ámbito de investigación al que se circunscribe es la representación de la ideología; la prensa y las elecciones constituyen un prolífico espacio de análisis. Por un lado, la visión general del partido se daba a nivel nacional por medio de los consejos nacionales. Además, las elecciones para presidente dirimían las diferencias entre las visiones de los dos partidos en un aspecto tangible. Por otro lado, la prensa nacional, constituía una presentación general de esas ideologías, mostrando los ‘sesgos, interpretaciones, metáforas y mediaciones’ del proceso electoral. De ahí la “necesidad de conocer de antemano las corrientes políticas y económicas que se movían en el seno de la sociedad, los intereses que el periódico defendía o atacaba, los proyectos políticos de dominación y control que proponía, pero también las fuerzas que se oponían y los mecanismos que se

construían en esa lucha.” (Uribe de H. & Álvarez Gaviria, 2002, pág. xii). Dejando esto en claro, se presenta a continuación el análisis de la etapa previa a las elecciones.

Lo primero que se debe tener en cuenta acerca del periodo pre-electoral es que no fue habitual, pues el candidato que ganó la presidencia de la república no hizo oficial su lanzamiento sino unos días antes de las elecciones del 9 de febrero de 1930, mientras que los dos candidatos del partido Conservador llevaban haciendo campaña desde mucho antes. Antecediendo las votaciones, la prensa liberal se encargaba de denunciar la crisis fiscal, política y económica en la que se encontraba el país, de dilucidar las diferencias que existían dentro del partido contrario y de informar acerca de lo que ocurría en la dirección nacional liberal. La crisis fiscal, económica y política a la que se refería el periódico *El Tiempo*, es la que aparece enunciada en el capítulo *La Violencia Bipartidista*. Es decir, el malestar por la pérdida de Panamá, la influencia de La Gran Depresión en la economía del país (sobre todo en los precios del café), el crecimiento exponencial de las luchas agrarias y sindicales y La Masacre de las Bananeras como hecho característico de la manera como el Estado respondía a esos conflictos; entre otros.

Con relación a la división dentro del conservatismo, se ponía de relieve que las divergencias entre los dos candidatos, el General Alfredo Vásquez Cobo y Guillermo Valencia, eran irreconciliables y que quien podía dirimir las diferencias, ya no se encontraba. La Iglesia en años anteriores había intervenido en la elección del candidato que representaría a los conservadores, sin embargo, Monseñor Ismael Perdomo Borrero, en 1929 se negó a tomar posición frente a la división. A pesar de ello, Perdomo le dio a los candidatos la aprobación que decía que ambos eran fieles representantes de la fe católica, para que fueran ellos quienes decidieran el destino de la representación conservadora. “Es una breve carta, fechada antier y en la cual el prelado, reconociendo a los candidatos sus condiciones de probados católicos y de buenos conservadores, les pide que se reúnan para buscar un acuerdo que ahorre al conservatismo la división que se ve venir y que asegure la tranquilidad de la Nación y de la Iglesia, acuerdo que debe consistir en la reducción de las candidaturas existentes ‘a la unidad’.” (La carta del arzobispo Perdomo a los dos candidatos, 2019). No obstante, algunos sectores de la Iglesia estaban en desacuerdo con la decisión del Arzobispo primado Perdomo. Monseñor Darío Márquez de Manizales y Monseñor Builes, por ejemplo, enviaron cartas a diarios conservadores que eran publicadas en *El Tiempo*,

donde mencionaban a Valencia como único candidato y a Vázquez como un ‘intruso’. Esto demuestra que no sólo el partido se encontraba dividido, sino también la Iglesia frente al tema político.

De acuerdo a lo que ocurría en la Dirección liberal, se decía muy poco respecto a que pudiera existir un candidato del liberalismo y se esperaba que esto siguiera siendo así, pues en las elecciones anteriores, Miguel Abadía Méndez ganó sin oposición alguna. El 10 de noviembre de 1929 se realizó un banquete ofrecido a la dirección nacional del liberalismo y a pesar que faltaba poco para elegir al nuevo presidente, no había claridad alguna acerca del papel que tendría el partido Liberal en las votaciones del 9 de febrero. Sin embargo, se proclamó durante el banquete que en un momento de crisis como en el que se encontraba el país y sobre todo el partido contrario, era necesario que quienes tuvieran el poder para tomar decisiones, realizaran un programa de resolución a los problemas que aquejaban a la población. En el discurso de apertura a ese banquete, Eduardo Santos, director editorial de *El Tiempo* y posterior presidente de la república de Colombia, manifestó lo siguiente:

No es una fiesta como ésta, lugar propicio para esbozar grandes programas, ni soy yo el llamado a hacerlo, pero cuán vasto campo de acción se ofrece al liberalismo, en esta hora triste y confusa de la vida colombiana, cuando el partido Conservador, gastado por nueve ilustros de poder irrestricto, se presenta a todos los ojos impotente y caduco, dividido agriamente por razones personalistas, sometido humildemente a poderes extraños, responsable del peor gobierno que haya padecido el país, abrumado por un inmenso desprestigio, condenado por un fracaso moral, político y administrativo del que no hay memoria en Colombia. Después de gastar centenares de millones, exhibe un balance de ruina y de descrédito; venido de las entrañas civiles de la república, hoy quiere reducirse al mero apéndice del clero, y llega hasta solicitar que sea éste quien designe la persona que ha de ocupar el sollo de Mallarino, de Mariano Ospina y de Caro; para resolver el problema de las candidaturas presidenciales no dispone sino de dos armas prohibidas y escandalosas: la intervención de la Iglesia y la intervención del ejecutivo (Santos, 1929)

El discurso de apertura de Santos, puede analizarse desde la figura de análisis, *Modelos de los acontecimientos*. En este caso un liberal construye una idea del momento histórico en el que se encuentra y el papel que tienen él, su partido y sus opositores. Para empezar, Santos consideraba que el banquete en el que se encontraba era una ‘fiesta’ donde no se debería hacer proposición política alguna y tampoco reconocía que tuviera el poder para dar órdenes al liberalismo. Sin embargo, implícitamente propuso que el partido elaborara un programa político por ‘la posibilidad de acción’ que se le presentaba. A partir de allí construyó un imaginario de lo que es el conservatismo basado en palabras peyorativas y figuras que exageran los acontecimientos.

<b>Imaginario conservador</b>	
Caduco	Pierde validez y efectividad
Impotente	Sin fuerzas para gobernar
Dividido	No por razones de peso, sino por ‘razones personalistas’, es decir no funcionaba ya como un grupo, sino como la adhesión a individuos separados, de esta manera había perdido su carácter de partido
Responsable del peor gobierno que haya padecido el país	Utilización de hiperbóles para aumentar la característica de la crisis en la que se encontraba el partido
Condenado	Figura con una fuerte carga simbólica relacionada a la religión, conectada a creador de una crisis moral
Ladrón	Gastó millones y la ‘ruina’ nacional era su balance.
Heces	Buscaba volver de las ‘entrañas’

Acompañado a ese imaginario, Santos se refería a que el conservatismo buscaba solucionar todo esto a través de la intervención del clero, para que este, con la designación del candidato predilecto para las elecciones, sacara de la ruina al partido y lo hiciera volver a la épocas ‘doradas’ de Caro, Mallarino y Mariano Ospina. Finalmente se refiere a qué el partido buscaba resolver sus problemas mediante ‘dos armas prohibidas y escandalosas’, la Iglesia y el ejecutivo. En este último aspecto, cabe recalcar que se hace alusión a lo que ha representado el liberalismo en la historia, es decir la separación de la Iglesia con los asuntos del Estado y el balance de poder, el cual pretendía con reformas disminuir el poder del ejecutivo. Así pues, Santos construyó una idea de los sucesos, que polarizaba y separaba a los dos partidos, a través de una construcción del otro y de sí mismo,

de forma tal que el primero era el enemigo de la república y el segundo el posible solucionador de los problemas nacionales.

Las discusiones que se dieron durante el banquete prepararon el camino para lo que se discutiría durante la Convención liberal del 25 de noviembre de 1929, integrada por los delegados de los departamentos, los presidentes y vicepresidentes de los directorios departamentales y los miembros de la minoría liberal del congreso. En aquella convención y teniendo en cuenta la caída en la que se encontraba la hegemonía, se llegó a la conclusión de que si el partido lanzase un candidato éste sería vencedor. Es por esto que la dirección liberal, a pesar de que tenía conocimiento de las divisiones que había dentro del partido, decidió unirse en contra de ‘el mal’ que significaba el conservatismo en el poder por más de 40 años. Al finalizar el evento se decide la terna que conformaría la dirección del partido (Cuberos, López y Samper) y se determinó los objetivos de la misma: “a tres meses, la elección del presidente; a nueve meses, la posesión del mismo; y a veinte meses la elección de representantes” (Corresponsal, Samper U., López y Cuberos, forman el directorio Liberal, 1929).

Desde ese momento, sin tener un candidato en mente, la prensa liberal comienza a hacer campaña política. Alfonso López, recién nombrado parte de la dirección, en un artículo, luego de analizar ampliamente las perspectivas económicas de 1929, plantea que “si no se vienen pronto otros hombres, otros sistemas y otras ideas, será llegado el caso de repetir las exclamaciones electorales con que suele regalarnos el doctor José Vicente Concha cada cuatro años: “Esto se va... Dios tenga a Colombia de su mano!” (López, 1929). Lo anterior va indicando tres aspectos o macroposiciones principales que son utilizados en la construcción de la representación liberal durante estas elecciones.

- Primero, ‘el país se encuentra en crisis económica, fiscal, política y administrativa por culpa del conservatismo’
- Segundo ‘se necesitan nuevos dirigentes e ideas que salven al país del derrumbe’
- Tercero ‘si el panorama no cambia, la vida social y religiosa se seguirá viendo afectada’.

A pesar que hasta mucho después Enrique Olaya Herrera acepta la candidatura que le fue propuesta, fue desde 14 de diciembre de 1929, que el liberalismo antioqueño puso la opción en la mesa. A partir de ese día, la prensa liberal dejó de publicar extensivamente en sus páginas las ruedas de prensa y propuestas conservadoras para llenar sus cuartillas del porque Olaya respondía a lo que el partido se propuso en esas elecciones. La primera plana, las noticias del día, la editorial y el servicio telegráfico de corresponsales especiales en todo el país, exaltaban la ‘emoción’ y ‘entusiasmo’ que había en Colombia.

Según *El Tiempo*, trabajadores de Antioquia, Cartagena, Manizales y Bogotá, corren a inscribirse para los comicios electorales que se avecinan; estudiantes universitarios liberales de todo el país mandan cartas a Estados Unidos ‘suplicando’ al doctor Olaya que acepte la candidatura; Samper Uribe, Chaux y Uribe Echeverri acogen la candidatura, al igual que ‘el liberalismo de todo el país’. Para el 25 de diciembre de ese mismo año, 11 de los 14 directorios nacionales liberales ya habían aceptado la opción y se pasa ‘de los llamados a Olaya’, a ‘manifestaciones’ y ‘creación de grupos de propaganda’ en todo el país; todo esto a pesar de que la dirección nacional no hubiese hecho oficial la candidatura. Pese a que esta información del periódico no generaba una representación del conservatismo o de la Iglesia, sí construía un imaginario de alegría y positivismo frente al liberalismo; que contrastada con artículos como el siguiente, producían una división y separación frente a lo que los dos partidos representaban.

Desde hace más de cuarenta años el partido Conservador ha contado con dos inconcebibles apoyos, la amistad del gobierno americano y la alianza con la Iglesia católica; la torpe política del doctor Abadía le ha quitado la amistad americana, y la alianza de la Iglesia se le ha convertido en el seno del conservatismo. El liberalismo, con el panamericanismo por bandera, con la *paz religiosa* por práctica, con el apoyo del crédito y del trabajo, con la protección nunca desmentida a la clases pobres de la sociedad, hará renacer inmediatamente el crédito de la república y Colombia ocupara el alto puesto que le corresponde entre los pueblos libres de América, bajo el gobierno Liberal. (...) Olaya Herrera será para Colombia seguridad, progreso, prosperidad económica; será la conciliación para con la república de los obreros, libertad para todos; Olaya Herrera será la *paz religiosa*, la fraternidad y la justicia para el partido Conservador (Corresponsal,

10.000 personas fueron a la manifestación de Medellín en favor de la candidatura de Olaya Herrera, 1929) (El subrayado en el original es mío).

Aquí la organización del párrafo es determinante, así como la referencia a modelos contextuales en cada sección. La organización del texto anterior comienza con la deslegitimación del gobierno Conservador, haciendo alusión al modelo contextual global en contraposición al local. Es decir, se alude a la historia ‘positiva’ del conservatismo, el apoyo de la nación americana y de la Iglesia, frente a un contexto inmediato ‘negativo’ donde uno de esos apoyos se acabó y el otro asfixió al partido. Luego, expresa que la solución está en el liberalismo, que no solo resuelve los dos aspectos de la crisis del partido Conservador mencionados anteriormente, sino que además soluciona la crisis actual que sufre el país en materia económica. Al escribir que el panamericanismo movimiento de cooperación entre naciones americanas es su bandera, responde al problema de la ‘enemistad’ con Estados Unidos y al enunciar que la *paz religiosa* es su práctica, combate la posición del conservatismo, que tiene a la religión como esencia. En seguida, se refiere a los temas económicos del país de manera implícita, denotando que gracias al apoyo de las clases populares y el crédito con las que gozaba el liberalismo, lograría sacar a Colombia de la crisis.

El apartado de este artículo, primero responde a las tres macroposiciones principales de representación liberal con fines electorales que se mencionaron anteriormente: crisis del conservatismo, liberalismo como solución y fin de los problemas sociales y religiosos, relacionándolos a la candidatura de Olaya. Y segundo, polariza de manera directa las representaciones de ambos partidos, presentando el propio como positivo y al contrario como negativo.

La posición del conservatismo también fue evidenciada en el periódico. Para algunos, era de esperarse que los liberales dejaran el ‘absurdo abstencionismo’ con el que venían, más aún con López haciendo parte de la dirección. Para Vázquez, la posible candidatura era una ‘maniobra valencista’ pues según él, Valencia contaba con el apoyo de muchos liberales. Y para Valencia ‘el conservatismo prefiere que gane Olaya a que gane Vázquez Cobo’. Para otros sectores, como parte de la juventud conservadora y periódicos de la misma línea ideológica, como *Gaceta de Occidente*, la candidatura de Olaya era a la que el conservatismo se debía unir; la prensa liberal le llamaba a



esto, ‘evolución’ ideológica hacía el liberalismo. En *El Tiempo* no se hablaba mucho de religión, pero se publicaban las opiniones del clero que estaban a favor del candidato liberal o que no estaban abiertamente en contra. En primera plana, el presbítero Adolfo Hoyos Ocampo, secretario de la diócesis de Manizales, dijo que Olaya Herrera “no era una amenaza para la religión” y el doctor José J. Hoyos que dicha candidatura “no será una amenaza para la religión y será la salvación de la república” (Corresponsal, En Manizales hay un entusiasmo delirante por la candidatura de Olaya Herrera - El clero no la considera peligrosa - Los conservadores la aplauden y el liberalismo cree en el triunfo, 1929). La actitud liberal en la prensa, no solo se analiza en cuanto a lo que los sectores del mismo partido exponen, también en la elección premeditada de publicar lo que el partido contrario y la Iglesia dicen al respecto. El anterior apartado da cuenta de ello, al hacer alarde del apoyo o respeto de los sectores históricamente opuestos a su candidato; así como también a la importancia que le daba el liberalismo a la posición de quienes ostentaban representar a la religión católica. A continuación un párrafo que lo manifiesta.

De suerte que andan descaminados quienes se imaginan que el cambio político que se avecina, inevitable como la caída de las hojas con el morir del años y su renuevo con el advento de la primavera en las regiones templadas, significa la vuelta a época de empirismo radical y de persecución religiosa, lo cual espanta con razón pero sin motivo a quienes aún guardan memoria de las simas a las que llegó la república por obra de la intolerancia y de la reacción. Hoy nada de eso sería posible, por razón de la mayor edad a que ha llegado la conciencia civil del país y de la solidez de sus instituciones, además de que factores económicos y de otra índole han creado situaciones que hacen imposible una aventura, de esas que podían intentarse cuando vivíamos de nosotros y para nosotros, y el resto del mundo no reconocía albedrío hasta mudar nuestra semblanza de hijos de Adán. De modo que en Olaya Herrera no hay un peligro para la Iglesia y el partido Conservador, y si entre los liberales se encuentran espíritus, que los hay, que aspiran a todos los extremos, ahí están para atajarlos el buen sentido del pueblo colombiano y la amargas enseñanzas de otras épocas (Delgado, 1929).

Los renglones del artículo anterior, cuentan con las siguientes macroposiciones convenientes al discurso que se ha venido planteando:

- El triunfo del liberalismo es inevitable.
- Aquellos que se encuentran asustados por ese triunfo están equivocados.
- La vuelta al liberalismo no representa el pasado (los sucesos violentos que ocurrieron durante el dominio radical bajo el federalismo liberal).
- El contexto actual de país no da cabida a que acciones violentas como las del pasado vuelvan a ocurrir.
- Olaya no representa peligro para la Iglesia, para el partido Conservador o para el país.

Estas macroposiciones en general, hacen explícito que el miedo que pudieron tener algunos, respecto al pasado anticlerical liberal ‘represivo’, ‘reactivo’ e ‘intolerante’ era erróneamente infundido y que el candidato representaba respeto hacia la Iglesia y su posición en la política, así como tranquilidad para el partido Conservador. De manera implícita le hacía campaña a Enrique Olaya Herrera, al incluirse dentro del periódico liberal y llevar por título *Por qué apoya la juventud conservadora la candidatura de Olaya Herrera*. Para Van dijk (2003) el título, “no sólo expresa parte del tema, sino también la categorización que el propio autor o autores del texto, hacen de la variedad discursiva textual de qué se trata” (Van Dijk, 2003, pág. 153). Adicionalmente, el periódico no solo hacía alusión a que el liberalismo no representaba un peligro para la religión, sino que utilizaba las cartas del arzobispo primado Perdomo, para referirse a que la intervención de la Iglesia en política no era correcta.

La intervención de los príncipes de la Iglesia católica en asuntos políticos o meramente electorales, nunca ha sido factor de tranquilidad espiritual. Por eso ha venido siendo doctrina de los grandes hombres de estado evitarla sistemáticamente. El caso ocurrido ahora en Colombia es una prueba palmaria de los inconvenientes de tal intervención. La opinión reclama elecciones libres, que sea posible el juego libre de la voluntad ciudadana, solicita clero imparcial que no ejerza coacción ni moral ni religiosa sobre las conciencias de los fieles para obligarlos a votar por determinado candidato. Quieren un gobierno neutral que no ponga el peso de sus influencias al servicio de un candidato o de otro. Clama por un poder electoral independiente y con honorabilidad suficiente para que no se vierta en almacigo de fraude. (Corresponsal, La Pastoral de arzobispo, 1929)

Ahora bien: la Iglesia quiere que como sacerdotes, obremos de manera que nos considere el hombre como ministros de cristo y dispensadores de los misterios de Dios, según nos enseña San Paolo. Por esto el Concilio Plenario de la América latina, en su decreto 650 estableció lo siguiente: “absténese el clero prudentemente de las cuestiones tocantes a asuntos meramente políticos y civiles, sobre los cuales, sin salir de los límites de la ley y de la doctrina cristiana, puede haber opiniones diversas: y no se mezcle en partidos políticos, no sea que nuestra Santa religiosa, que debe ser superior a todos los intereses humanos y unir a los ánimos de todos los ciudadanos con el vínculo de la caridad y la benevolencia parezca que falta a su misión y se haga sospechoso su saludable ministerio. (Pastoral del arzobispo primado al clero sobre elecciones, 1929)

Estos dos párrafos contienen en sí mismos macroposiciones muy importantes, puesto que hacen evidente la manera en la que el discurso manifiesta representaciones socialmente compartidas, que llevan a modelos mentales personales. En el primero se hace referencia a la democracia como modelo de elecciones libres y en el segundo a los valores de la Iglesia católica como institución. En ambos, la participación y actividad del clero en política resulta inadecuada, al ser ‘incompatible con los valores sociales y morales de la Iglesia’; motivo de ‘intranquilidad espiritual’; ‘causal de desastres políticos’; muestra del ‘aprovechamiento que ha hecho el conservatismo de los creyentes en pro de coaccionar a la ciudadanía libre’. Todo esto es acorde con el ideario liberal anticlerical, que estaba en contra de la intervención de la Iglesia en asuntos sociales y políticos; por lo que la publicación de esas cartas en el contexto en el que se encontraban, sirven al propósito de reforzar esas creencias y al ser un miembro del clero el que las escribió, les da más relevancia y poder dentro de la estructura.

El jueves 26 de diciembre a las 5 de la tarde en la Plaza de Bolívar, la dirección nacional hizo la proclamación oficial de Olaya y en lo que siguió se esperaba que él aceptara. Se realizaron crónicas y reportajes del evento, haciendo uso de un lenguaje que denotaba ‘esperanza’ por la ‘resurrección’ del partido Liberal. ‘Resurrección’, que significa la vuelta a la vida, es una palabra con una fuerte carga simbólica y está directamente relacionada con las creencias religiosas, respecto a la resurrección de Cristo después de la muerte. Esto respalda la idea de que el uso de

determinadas palabras, o significados locales para van Dijk, consciente o inconscientemente, sirven para construir un imaginario de los acontecimientos y si se utilizan conceptos que son comunes, hay más posibilidad de reproducción y recordación. Por tanto, en la palabra ‘resurrección’ se puede ver la creencia subyacente de quién escribe y la posibilidad de apropiación del que la lee, pues si bien el catolicismo no es la creencia de la totalidad de la población, sí es la de la gran mayoría habilitada para votar, incluyendo individuos afiliados a ambos partidos. Así, el liberalismo que estaba ‘muerto’, ‘renace’ con el nombre de Enrique Olaya Herrera.

Sin embargo, el 27 de diciembre Olaya Herrera envió un telegrama desde Nueva York en el que solicitó tiempo para tomar una decisión y el martes 31 se negó a aceptar la candidatura. Eduardo Santos dice que el ministro en Estados Unidos se encontraba indeciso porque le habían llegado cartas manifestando que los liberales no lo apoyaban, según él, escritas por conservadores. A pesar de ello, lanzó desde la editorial del diario, una carta donde demostraba la enorme decepción que sentía hacía Olaya. En ella mencionaba que él no tenía fe en el partido y no confiaba en el levantamiento que en un mes se había producido para apoyarlo. En contraposición, la razón que Olaya Herrera dio para tal determinación fue que en la crisis actual en la que se encontraba el país, un candidato que no gozara del apoyo de todos los partidos, no iba a poder generar un programa de gobierno que efectivamente los solucionara.

“Anhelaría que pudiéramos crear una situación que nos permita afrontar con éxito las actuales dificultades económicas, financieras y sociales, mediante el esfuerzo solidario de las energías nacionales. Aunque los problemas que confrontamos son complicadísimos, soy optimista sobre una posible resolución favorable siempre que nos conduzcamos sensata inteligente y abnegadamente, (...)” En estas líneas, como en todas sus declaraciones anteriores, el doctor Olaya Herrera aclama un programa de reconciliación colombiana, de acción patriótica generosa, que elimine los factores meramente partidaristas; que ponga de lado la cuestión religiosa agriamente planteada por los bandos conservadores en su lucha intensiva; que una entorno de los grandes problemas nacionales a todos los ciudadanos capaces y productos, dignos de servir a la República. Para esta política, de hecho estamos seguros, el partido Liberal ha estado, está y estará listo. (Editoriales, Olaya Herrera sale para Colombia para estudiar lo que más le convenga para el país., 1930)

El anterior artículo cumplió con una función comunicativa de persuasión, pues buscaba que no solo el liberalismo se uniera a Olaya, sino que también lo hicieran otros sectores de la ciudadanía. Aquí nuevamente toma vital importancia el contexto, ya que se hacía alusión a que la única manera de resolver los problemas del país, era a través de la unión. Tal unidad no estaba representada en el conservatismo, puesto que este se encontraba dividido. En otras palabras, se llamó a la unidad en torno a un candidato, negando al otro de manera implícita. Así pues, lo escrito toma relevancia, porque se apeló al problema cotidiano ‘la crisis’, para persuadir a elegir a alguien del partido Liberal que sí representaba cohesión. En efecto, es paradójico que se hiciera uso de la palabra ‘reconciliación’, pues se llamaba al acuerdo, siempre y cuando este no contuviera ‘los parámetros conservadores’, los cuales eran causantes de los problemas (lucha partidista y religiosa).

Ahora bien, no se conoce la consecuencia real de tal persuasión, sin embargo, cartas de ciudadanos de todas partes del país que se adherían a la candidatura fueron publicadas en el periódico: en Antioquia firmaron una carta para mostrar su apoyo, siempre y cuando se respetara el concordato; en Manizales *Conservadores de pura cepa adoptan la candidatura de Olaya Herrera* (15 de enero); y en Bucaramanga la Plana Mayor de conservatismo también se unió. De esta manera transcurrieron los primeros días del año y aunque faltaba un poco más de un mes para las elecciones, solo hasta el domingo 5 de enero Olaya dice que va a viajar a Colombia y reconsiderar su candidatura. Por esta razón, la prensa siguió publicando adhesiones a Olaya, así como artículos que resaltaban las cualidades políticas y personales del candidato y del partido. En la sección editorial se publicó un escrito, *El triunfo Liberal y la Iglesia*, que buscaba responder a una de las preocupaciones de los sectores más religiosos del país: La alternabilidad pacífica del poder. Esto porque según el periódico *El Colombiano*, no se podía pensar en cambiar de gobierno si el liberalismo no establecía en sus programas, el respeto a la Iglesia, a las creencias católicas del pueblo colombiano y a las relaciones concordatarias acordadas entre la Santa Sede y el Estado (Editoriales, *El triunfo Liberal y la Iglesia*, 1930). A esto *El Tiempo* respondió, que si bien el pasado histórico del partido mostraba relaciones de conflicto entre ambas potestades, en el presente su actuación en cámara demostraba lo contrario.

Nunca, en este tiempo, sus musos en el congreso han llegado a presentar un solo proyecto de ley contrario al respeto debido a las creencias públicas, opuesto a los legítimos intereses de la Iglesia, o inspirado, siquiera, en un pensamiento de rencor. (...) Por el contrario, poniéndose por encima de todas las pasiones, movido por un amplísimo concepto de sumisión, y con serenidad singular, ha secundado dentro de las cámaras todo patriótico esfuerzo por establecer en la República, sobre bases incommovibles, la *paz religiosa*, seriamente amenazada ahora por los mismos guardianes de la fortaleza, enloquecidos. Es necesario convencernos de que el liberalismo de hoy no es, ni puede ser, el del año 63. (Editoriales, El triunfo Liberal y la Iglesia , 1930) (El subrayado en el original es mío).

Es importante hacer énfasis en lo que el título implica. Primero, el liberalismo va a triunfar y esa victoria está ligada a la Iglesia y segundo que el texto está dirigido a los católicos. En otras palabras, el triunfo del liberalismo es un triunfo para la comunidad religiosa. ¿Cómo se desarrolla aquella proposición? Para responder esa pregunta es necesario remitirse al tema del concordato, el cual se presentó en el capítulo *El tema religioso*, mostrando la importancia de las relaciones concordatarias para el conservatismo y para la Iglesia a lo largo de la historia del país y el efecto del rompimiento de las mismas en el año 63 en manos del liberalismo. Ahora, es poco probable que quienes vivieron en esa época sean los mismos que hoy se interesan por el. A pesar de ello, tal imaginario fue traspasado por generaciones y estaba tan anclado en la cultura que parecía que en el momento aún podía constituirse en un problema. A esto, el liberalismo representado en este apartado de texto, respondía con que no se volvería a esa situación, dado que el partido demostró con hechos contextuales inmediatos lo contrario. También se hizo referencia a palabras que normalmente eran utilizadas por el conservatismo para deslegitimar al partido Liberal, tales como ‘rencor’ y ‘pasiones’, para presentar negativamente al adversario. El liberalismo entonces era el protector de la *paz religiosa*, en oposición a un grupo que la amenazaba cuando se suponía, la debía proteger. El constante uso del concepto *paz religiosa* se convirtió en la insignia del partido y fue utilizado no solo para construir la representación propia sino también para oponerse a la visión conservadora partidarista de la Iglesia.

Nosotros no nos presentamos sacrílegamente a cubrir con el manto de la religión apetitos que son demasiado humanos; nosotros no explotamos jamás el sentimiento religioso, para

convertirlo en factor de campañas electorales; no enfrentaremos a párrocos y alcaldes, ni a obispos y gobernadores. *La paz religiosa* en Colombia está en peligro porque los conservadores han convertido a la Iglesia en elemento de guerra y se empeñan en ponerla al servicio de sus pasiones y apetitos; Porque en ese camino de locura han llegado hasta quebrantar las relaciones entre el poder civil y el poder eclesiástico; hasta enfrentar a la Nunciatura apostólica y el palacio de la carrera. La concentración nacional victoriosa, al levantar el nivel de las luchas políticas, al dar una sólida base a la vida del Estado, salvaguardaría a un tiempo en los intereses de la Iglesia y los derechos inalienables y esenciales del poder civil. Evitará estos choques y pugnas que hoy puedan devorar la paz en Colombia, y resolverá el problema creado por las ambiciones desapoderadas del conservatismo aplicando no principios partidaristas, sino divinas normas evangélicas: dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César; reconoced a la religión y a la Iglesia lo que por fuero divino les corresponde, y respetad cuanto a la potestad civil y a la actividad meramente política de los ciudadanos se refiere. Así habrá *paz religiosa* sincera, y no estás pugnas acres y estas intervenciones perjudiciales para todos, que son una triste característica de nuestra democracia (Editoriales, Discurso del doctor Eduardo Santos, 1929) (El subrayado en el original es mío).

La siguiente tabla muestra como las macroposiciones principales del periodo cumplen al propósito de reforzar la identidad que el partido proponía para sí mismo.

Macroposiciones principales	
Crisis de la hegemonía conservadora a nivel general.	Liberalismo, como proyecto innovador (engrandecimiento de las cualidades propias)
División del partido conservador y la Iglesia respecto a los candidatos	Liberalismo = Unión
Religión y moral en crisis = culpable conservatismo	Respecto a la Iglesia – No instrumentalización – apoyo de la jerarquía católica – Rechazo al pasado anticlerical

Olaya Herrera llegó a Colombia el 18 de enero y realizó una gira por las ciudades principales del país (Bogotá, Cartagena, Barranquilla, Boyacá, Medellín, Bucaramanga, Quindío, Manizales, Cali), pero aún no manifestaba si aceptaría o no. Según *El Tiempo*, la razón por la cual no se postulaba oficialmente como candidato, era debido a una estrategia política para evitar la unión del conservatismo y no por indecisión; dado que en los días siguientes se publicó un artículo que decía que los directores del conservatismo, Bonifacio Vélez y Emilio Ferrero, el primero vasquista y el segundo valencista, buscaban la unión de su partido en contra de los liberales. Aunque de todas formas en ningún momento se resolvieron las diferencias y el partido Conservador se presentó dividido a las elecciones. El 9 de febrero de 1930 fueron las votaciones y el 12 se consideró que el triunfo de Olaya ya era irrefutable. Para esa fecha los resultados dictaron que 369.979 ciudadanos votaron por el ministro, 203.293 por Valencia y 205.542 por Vázquez (Elecciones 1930, 1930). El gran consejo electoral solo presentó al ganador en el mes de junio. Una vez acabadas las elecciones, poco o nada se hablaba sobre el tema religioso en la prensa, se presentaban en cambio, los reconocimientos al triunfo de Olaya desde los diferentes sectores del país y se hacía referencia nuevamente a la crisis fiscal y económica, sobre la cual Olaya se encontraba optimista de poder solucionar.

- **Elecciones 1946**

Las elecciones de 1946 muestran varias diferencias y a la vez similitudes, frente a las elecciones anteriormente analizadas. Comenzando con las diferencias, principalmente se puede ver un contexto electoral y de prensa, drásticamente modificados. A partir de 1936 se universaliza el sufragio definitivamente para los hombres (Bushnell, s.f.) y la prensa comienza a cambiar, aparentemente se vuelve más instrumental, publicando mayor variedad en su contenido y con un enfoque más comercial. Sin embargo, los periódicos continúan con tendencias similares a las del siglo XIX, sobre todo en el aspecto partidista. En ellos aún se evidencia la ideología del partido que representan, sobre todo en las editoriales y cómo en el pasado, su influencia es utilizada con fines electorales. La prensa además sigue siendo la herramienta principal para llegar a las masas, a pesar del analfabetismo aún presente en la población. No obstante, la radio se consolida también como un medio de comunicación relevante para las campañas electorales.



Este contexto hace que la relación prensa-elecciones sea menos pronunciada, sin embargo, ambos aspectos sirven para denotar el aspecto cultural de la violencia que existía en el discurso liberal, pues quienes escribían en *El Tiempo*, eran ‘personajes influyentes’ en la vida política del partido y consolidaban, sobre todo en el 46, la visión de la mayoría del consejo nacional sobre el candidato oficial. Además del carácter cambiante de la prensa y las elecciones, otra diferencia evidente entre los dos años de elección analizados es que en el segundo hay poca presencia del discurso relacionado a la religión. Éste se encuentra implícito en los textos, pues no es tan relevante según el contexto inmediato. Para la época el tema de interés era el fin de la Segunda Guerra Mundial y el auge del comunismo; por lo que la prensa, seis meses antes de las votaciones contaba con extensos artículos acerca de Hitler, la era atómica y el comunismo en China y en Rusia. Este último aspecto, el comunismo, era visto a través de las publicaciones de la Editorial como negativo; más adelante en el análisis se observará cómo esto se relaciona a aspectos religiosos, evidenciados en la prensa de carácter propagandístico electoral.

En el año 46 el partido Liberal se encontraba en crisis, tal como el Conservador en 1930. De allí la otra disparidad fundamental, que a su vez supone una semejanza entre los partidos. En las páginas de *El Tiempo* se encargaban de mostrar las divergencias dentro del liberalismo y el conservatismo no presentó un candidato sino estando cerca a la fecha de las elecciones, aprovechando la división. El partido Liberal intentó demostrar que tal similitud no existía, pues la situación económica, política y religiosa en la que se encontraban era distinta. El conservatismo, por otro lado, consideraba que tal parecido era cierto y deslegitimó los cuatro periodos de gobierno liberal para decir que el partido se encontraba en riesgo. Solo hasta que el conservatismo lanza la candidatura de Mariano Ospina Pérez, un mes antes de las elecciones, es que el liberalismo hace referencia a la cuestión religiosa directamente.

- **Continuidad**

Aunque la mayoría de autores manifiestan que el comienzo de La Violencia Bipartidista data desde 1946, el periodo anterior a las elecciones transcurre de manera relativamente pacífica, por lo menos según la visión de *El Tiempo*. Este periódico, manifiesta la posición más moderada del

liberalismo y presenta a Gabriel Turbay Abunader como el ‘único candidato’ del partido, a pesar de que en un principio Darío Echandía también se había lanzado y que la facción radical ‘disidente’ del liberalismo, apoyaba la candidatura de Jorge Eliecer Gaitán. Un año atrás de las votaciones ya se conocía el nombre de Turbay, incluso antes de que Alfonso López renunciase a su posición de presidente y Alberto Lleras Camargo tomará su puesto. Gaitán anunció su candidatura a mediados de 1945. Ahora, como no había un candidato a la presidencia del conservatismo desde los tres años de elecciones anteriores, se esperaba que el partido se mantuviera alejado nuevamente de los comicios electorales. Por esto, el periódico se encargaba de deslegitimar al disidente Gaitán en sus páginas, más que en publicar las propuestas del liberalismo.

La información relativa a las elecciones en el año 45 era muy escasa, pues no se creía que el candidato disidente tuviera mayorías para llegar al poder. Mayoría que la dirección nacional, conformada por Jorge Gartner como presidente, Adán Uribe Restrepo y Abelardo Forero Benavides como vicepresidentes, le había otorgado a Turbay. Por lo que sigue, haciendo un análisis de la lectura general del periódico en ese año, se puede concluir que el partido se encontraba en ‘crisis’ por las divisiones que había dentro del mismo y por la renuncia de López, más que por que hubiese un riesgo económico, político o religioso evidente. Esa división se manifestaba en otros periódicos: *El Espectador* y *El Liberal*, por ejemplo, en algunas publicaciones mencionaban que ‘la candidatura de Turbay no generaba entusiasmo en los consejos municipales’ y que ‘muy pocos habían clamado su nombre’, pues se caracterizaba por ser ‘impopular’ y ‘reaccionario’. A esto, un comentarista de *El Tiempo* respondió:

Es verdad que sólo unos pocos han clamado el nombre del doctor Turbay, si otros, aún más pocos, el del doctor Gaitán. Los alegres comentaristas están equivocados. El silencio de los cabildos no va contra ningún candidato, ni, por omisión, en favor del tercero. El fenómeno es mucho más grave. Se trata de un caso de atonía política como nunca antes se ha registrado en nuestra historia, en tal grado. La agitación de la que solemos hablar, es completamente artificial, reducida a las tertulias de periódico y a los estrechos círculos de las ciudades principales. La que calificamos de opinión nacional, permanece sumida en la más completa indiferencia. Cualquier cosa le interesa más que la política. “ah, dirán algunos, es que la candidatura del doctor Turbay no levanta entusiasmo”. Falso. Tan falso,

como que nadie podría afirmar sinceramente que con otro hombre se electrizaría a las multitudes. ¿el doctor Echandía? ¿el doctor Gaitán? ¿el doctor Carlos Lozano? ¿reuniría alguno de ellos o cualquier otro posible candidato la unanimidad de la opinión liberal? No se trata de personas, aún cuando así pretenden hacer creer los enemigos del doctor Turbay, que atacan su candidatura, sin que hayan podido sugerir siquiera el nombre del ciudadano que pudiera reemplazarlo (Calibán, Danza de las horas, 1945).

Por lo anterior, el liberalismo pide que no se busque un tercer candidato, sino que se deje a un lado la indiferencia, se reconozca la labor del doctor Turbay y se le apoye con la inmensa mayoría. Según *El Tiempo*, el partido no tenía ninguna crisis, pues la renuncia de López no había sido tomada negativamente y Lleras había sido bien recibido gracias a su programa de conciliación nacional, en el que se llevaba a buenos términos la relación con el conservatismo. Turbay, en palabras de ese diario, representaba la continuidad de la política de Lleras y del liberalismo en el poder. Es a partir de esta tesis que se construye la imagen de Turbay en el liberalismo y es esa misma la que se relaciona de manera indirecta con el papel de la Iglesia católica en el Estado. Si bien, esto no es tan claro en un principio, al seguir el hilo conductor del tiempo, este planteamiento se hace cada vez más evidente, dado el respeto que el liberalismo había tenido con tal institución y el partido Conservador y la *paz religiosa* a la que se había llegado gracias a los gobiernos liberales. El siguiente artículo, comienza a dar visos de lo que aquí se plantea:

Los adversarios de la política de conciliación nacional preconizada y puesta en práctica por el presidente Lleras, no podrán dejar de reconocer que el país haya entrado, bajo el imperio leal de esa tesis, en alguna etapa de sosiego fecundo que le está permitiendo trabajar sin zozobras y prosperar sin sobre saltos. Cuando en otras naciones la inquietud de la postguerra se traduce en alteración del orden y en violentas manifestaciones de inconformidad, en la nuestra vigorizamos la unidad nacional y le abrimos a la energía de todos los colombianos tranquilos causas de acción creadora. (...)

En verdad ocurre que el país estaba ansioso de esta tregua en sus luchas sectarias, y cuando la ha logrado se siente satisfecho de la afortunada conquista y muy seguro de sí mismo y muy confiado en su destino. Hay una saludable sensación de optimismo que es fruto natural

de aquel estado de ánimo creado por la fidelísima ejecución de la política oficial. Es tan exacta esta situación de seguridad y confianza, casi pudiéramos decir de alegría, que si pudiera hacerse una encuesta a la opinión popular sobre este estilo de gobierno y sus consecuencias, acaso serían contados los conceptos adversos, porque el pueblo ama la paz que le garantiza su bienestar (...) (Editoriales, El clima de concordia, 1945)

Este texto editorial hace uso de los modelos contextuales globales para dar relevancia y glorificar la actuación del liberalismo ante la situación negativa que internacionalmente se conocía por las consecuencias de la guerra. La exaltación que se hacía de las políticas de Lleras presupone que las mismas son la respuesta satisfactoria de la unión nacional. Es decir, el país se encontraba en completa capacidad de la mano del liberalismo, de seguir prosperando económica y políticamente, dejando de lado el oscuro pasado del sectarismo, comúnmente alineado con el partido Conservador. Otra figura presente en el artículo anterior, que no se ha tratado aún en esta investigación, es la de la copertenencia a un grupo, la cual une de manera más clara las creencias cognitivas individuales a las dimensiones sociales, incluyendo al lector en un sentimiento más grande que el mismo. Así pues, se hace referencia al ‘pueblo’ y a ‘todos los colombianos’ y se estas se relacionan a temas como ‘la paz’ o la ‘apertura a la acción creadora’; esta figura, aporta a la intención global del párrafo que busca elogiar la unidad.

Cada vez se hace más claro el interés del periódico en favorecer la candidatura de Turbay, pues en sus páginas se publicaban las giras, propuestas y adhesiones al candidato, en cambio, las demostraciones de apoyo hacia Gaitán eran consideradas como ‘contramanifestaciones’ y los paros sindicales que se daban en todo el país, apoyados por él, fueron catalogados como ‘ilegales’, ‘ilícitos’ e ‘ilegítimos’. La situación, de los paros agrarios, cafeteros, y petroleros, que no se manifestaban de manera directa como crisis de gobierno en la prensa, era otra manera de comunicar por medio de un discurso. Como se ha visto anteriormente, la omisión de temas importantes denota ocultamiento; en este caso de una situación de riesgo, la cual no se quiere asociar al liberalismo; primero, porque se conecta con el comunismo o el socialismo, sistema ideológico o económico ‘rechazado por occidente’; segundo, porque se asocia a la unidad de ciudadanos que apoyaban a Gaitán y tercero, porque se niega que los gobiernos liberales tuvieran que ver con una crisis social-

laboral o económica. Todo esto resulta contraproducente puesto que una de las bases del liberalismo es la ciudadanía obrera, la cual en los años 30 consistió en gran parte de su electorado.

Ahora, el tema del comunismo guarda una profunda importancia con el contexto religioso, ya que como se elaboró, la conferencia episcopal de los años cuarenta manifestaba el peligro comunista para la Iglesia y Monseñor Builes en la década del 30, consideraba que el sindicalismo era “una aberración del partido Liberal que quería disfrazarse de socialista” (González F. , 1997, pág. 288). Es por esto, que cuando Gaitán y Laureano parecen formar una alianza, en favor del primero, el liberalismo de *El Tiempo*, sale en plena a denunciar las características comunistas del programa “restauración moral de la república” del candidato. Turbay, en cambio, representaba el ‘anticomunismo’, continuando así con la política de Lleras, que denunciaba de manera decidida los paros y pretendía inclusive quitarle la personería jurídica a algunos sindicatos. De esta manera, buscaba restarle importancia a Gaitán y ganarse los votos de los conservadores. En enero, “Barrera Parra dice que el conservatismo está imposibilitado para votar por Gaitán, pues las ideas socialistas de su esencia ponen en reserva a los conservadores”. (Corresponsal, 1946).

Desde el momento de la manifestación del conservatismo en las elecciones hay una reaparición del tema que parecía olvidado en la prensa (la Iglesia) y se tienen en cuenta nuevamente las opiniones de la jerarquía eclesiástica para promocionar al liberalismo y al candidato Turbay. El siguiente artículo es una expresión clara de ello, pues a través de la presentación de las cartas credenciales por Monseñor Giuseppe Beltrami, se hace referencia a la continuidad que representa el liberalismo para la *paz religiosa* de los años 30’s en contraposición al aprovechamiento del conservatismo del poder de la Iglesia.

Y respondió el señor Presidente de la República con el recuerdo de las tradiciones religiosas de Colombia, mantenidas secularmente hasta en los tiempos definitivamente pasados, en que cristianos viejos se vieron alejados entre sí por discordias políticas, que envolvieron en su pasión al clero católico, con daños sensibles para la concordia pública, siquiera no afectarán en modo alguno al arraigo colectivo de la fe y la piedad católica (...).

Los derechos y garantías de la conciencia religiosa están por encima de las luchas de partido, tienen su realidad más completa dentro de las instituciones democráticas, firmemente asentadas, para las cuales es deber primordial ofrecer respetuosa asistencia a las prerrogativas espirituales y sociales de la religiosidad. El señor presidente enunciaba de noble y abierta manera el principio de esta política que atiende a la vez a las demandas del espíritu y a las más ilustres realidades de nuestro país: las relaciones del Estado con la Iglesia están determinadas por la fórmula constitucional de los convenios directos entre el gobierno y la Santa Sede; y tal es la rectitud y alteza del miras que concurre en ambas instituciones que sólo aciertos se anuncian en tal camino, como los hechos demuestran en las medidas y decisiones adoptadas en forma concordada. (...)

Resultado de semejante política son décadas de *paz religiosa*, beneficios valiosísimos en la significación espiritual de nuestro país, afirmación de los principios políticos de su sistema institucional, y cooperación íntima del Estado y la Iglesia. (Editoriales, La Iglesia y Colombia, 1946) (El subrayado en el original es mío).

Se expresa en las líneas anteriores principalmente, el recuerdo del pasado, donde la copertenencia a un grupo: catolicismo, se vio relegada y dividida por la copertenencia a otro, los partidos políticos. Esto, en razón de las diferencias auspiciadas por el conservatismo. Se hace alusión a una historia de conflicto causada por esas discordias, que no permitían ‘armonía’. Sin embargo, en palabras del presidente Lleras, estas divergencias se encontraban en el pasado desde que los gobiernos liberales estaban en la presidencia y no serían reanudadas con el continuismo del mismo. Se presenta entonces a los dos partidos de manera polarizada nuevamente y aquel que históricamente defendía a la religión es representado como un partido que solo suple apetitos demasiado humanos como la ‘pasión’; mientras que el partido históricamente anticlerical es representado como el protector de la religión. Esto último se logra así como en 1930, haciendo referencia a la democracia, la constitución y el concordato, para rectificar que hoy es imposible que ‘los derechos y garantías de la conciencia religiosa’, ‘las prerrogativas espirituales y sociales de la religiosidad’ y ‘las demandas del espíritu’ sean socavadas. Lo anterior, gracias a que las políticas liberales y del actual presidente, estaban en pro de la *paz religiosa* y generaban acciones

de cooperación entre el Estado y la Iglesia, sin nunca llegar hacer un uso de ella con fines meramente políticos o electorales.

Otro artículo de la sección editorial también hace alusión a las diferencias sustanciales e irreconciliables de los dos partidos; esta vez refiriéndose a que los debates dentro del liberalismo son meramente ‘académicos’, mientras “en el lado opuesto, hay que reconocer que la actitud es mucho menos académica”, ya que “el conservatismo oficial, que encabeza Laureano Gómez, tampoco presenta, como no ha presentado nunca, caminos de salvación o de orientación para la república. En lo que si no se queda corto es en señalar los caminos de destrucción.” (Editoriales, 1945). De manera subyacente esta cita demuestra dos cosas: La primera, que a pesar que el liberalismo se quería construir como el partido de la unión, seguía utilizando un discurso jerárquico que lo ponía por encima del conservatismo; en este caso, menospreciando la manera en la que el partido construía sus debates. La segunda, que el liberalismo nuevamente, era quien verdaderamente defendía los caminos de la patria y de la Iglesia, pues el conservatismo de Laureano Gómez, no presentaba caminos de ‘salvación’ y si de ‘destrucción’.

A partir de entonces y ya mucho más cerca a la votaciones, surgió una propuesta desde una facción del liberalismo, menos moderada y representada por López. El expresidente consideraba que se debía abrir la opción al conservatismo para dirimir las diferencias liberales o para construir un partido que efectivamente consolidará la unión nacional. A este sin crearse aún, se le llamaba partido ‘unionista’, ‘frentenacionalista’, o ‘constituyente’. Para *El Tiempo*, quienes se acogían a esta idea eran adversarios de la unidad nacional y pretendían una ‘alienación’ doctrinaria o una ‘triste capitulación’ del liberalismo. Eran los enemigos dentro del propio partido Liberal, que ‘viéndose derrotados’, ‘corrían a los brazos de los conservadores’ o son los mismos conservadores, que “como en el 85, querían hacer creer que se consolidaría una formación nacional, sólo para quitarle el poder a los liberales moderados” (Calibán, Frente Nacionalista, 1946).

Esto demuestra que el continuismo de consolidación nacional de Turbay, realmente no unía a los dos partidos. De modo que el liberalismo se extendió en palabras para demostrar que el partido Conservador se reducía al apéndice de la Iglesia, por lo que al respetar el concordato y la constitución del 86 ya se habían tenido en cuenta los intereses de ese partido. Una publicación del

periódico, mostraba un claro ejemplo de cómo se deslegitimaba tanto al partido Conservador, como a los ‘unionistas’ a partir de temas religiosos:

A mí me es muy satisfactorio declarar que siempre he sido partidario del concordato de 1886 y sus reformas ya sancionadas, y que hoy aplicado ese concordato al gobierno liberal, es la más sabia solución que puede darse a las relaciones de la Iglesia y el Estado en Colombia. (...) Que vayan hoy unidos a las urnas los conservadores extremos y ultra católicos con los hombres del frente popular; y si no fuera porque su triunfo constituiría un desastre patriótico de magnitud astronómica, podríamos divertirnos luego poniéndoles a jugar con el concordato pendiente ante la Santa Sede (López L., 1946).

A finales de febrero cuando se realizó una convención para discutir seriamente tal unidad nacional, el conservatismo lanzó su propio candidato. Según Laureano Gómez, porque los liberales carecían de intenciones reales para la unión: “desbaratada la posibilidad del frente Nacional, al partido Conservador le queda un camino lógico y honorable, que seguramente será el que tome la convención próxima reunirse. Nos referimos a lanzamiento del candidato propio, con lo cual se le daría a este gran debate político mayor claridad y un fuerte carácter democrático.” Ahora bien, con miras a la candidatura conservadora, el liberalismo de *El Tiempo* llamó a la unión liberal en torno a Turbay: “El liberalismo, antes y después del insuceso de la fórmula del señor López, no ha tenido, ni tendrá, otra posible solución que la de la unión firme y fervorosa en torno al ciudadano escogido por la voluntad mayoritaria de sus personeros en la convención de julio del año pasado.” (Editoriales, Invitación a la unión liberal, 1946). Gaitán acepta reunirse con los jefes del partido y se cree que habrá una unión total del liberalismo.

El 23 de marzo se da a conocer el nombre del candidato Conservador, Mariano Ospina Pérez. Él llega como ‘una estrategia’ similar a la del partido Liberal en 1930, que buscaba presentar moderación y no radicalismo. Los liberales estaban divididos y no era prudente presentar a alguien como Laureano Gómez, pues eso no hubiera atraído a las bases del liberalismo que no se encontraban conformes con ninguno de los otros dos candidatos y hubiera obligado a los liberales a unirse para evitar su triunfo. Esta estrategia no era obviada, por eso ellos se encargaron de mostrar



las diferencias que había entre el año de elección en el que la hegemonía conservadora perdió el poder y el presente momento.

¿Es eso así? ¿Existe un paralelo posible entre la obra de la hegemonía derribada en 1930 y la obra del liberalismo que ahora se quiere condenar en forma tan violeta?

En todos los terrenos debemos no sólo aceptar si no provocar ese debate, y tenemos que hacerlo con arrogante orgullo, dejando de lado de una vez por todas el humillante complejo de inferioridad que en los últimos meses parecía haberse apoderado del liberalismo. El conservatismo callo, como lo dijo Carlos E. Restrepo, al peso de su propia podredumbre. El liberalismo se ve hoy asaltado, cuando sus tesis están triunfantes y su obra recibe el beneplácito nacional. Si hoy existe un gobierno noblemente patriótico es como culminación de un anhelo liberal nunca olvidado y que si no pudo realizarse antes fue por la atroz injusticia de una oposición inicua que siempre le cerro el paso. Si Olaya Herrera tuvo que apartarse de sus ideales de concentración patriótica, no lo hizo por razón distinta de la furia conservadora que le cerro todo otro camino, y quien preside hoy el gobierno de la nación colombiana es precisamente el exponente más caracterizado y sustantivo de los gobiernos liberales que recibieron el más crudo ataque conservador. Y nadie puede pretender que el presidente Lleras al hacer lo que está haciendo, haya pretendido jamás renegar de su pasado, ni desvincularse de su obra.

¿Existe algún paralelo entre la situación de caos administrativa que existía cuando se derrumbó la hegemonía conservadora y el panorama de seguridad y de orden que hoy está a la vista de todos los colombianos? ¿Existe alguna semejanza entre las inequidades electorales de los cincuenta años de la hegemonía y el régimen actual, que permite a los conservadores legítimamente todas las esperanzas? ¿Podría alguien comparar, sin exponerse a la carcajada nacional, las elecciones manzanillas de la hegemonía, sin cédulas, ni control, ni autentica representación proporcional de las fuerzas políticas, con lo que hoy existe? ¿Se han olvidado la tragedia de las bananeras y las leyes heroicas? Y si de la Iglesia se trata, ¿podría alguien comparar la angustiosa situación de 1930, en que tan escandalosamente abusaba sin límites de la religión con esta situación de hoy, en la que la

Iglesia por todos respetada y acatada se encuentra colocada en las alturas que nunca antes conociera? (Editoriales, De 1946 a 1930, 1946)

El liberalismo después de que se presentará a Ospina haciendo un símil a 1930, desmiente de manera rotunda los parecidos que podían existir entre los dos años. Primero, incitó a que se debatiera en el ámbito público con los argumentos dados para tal discusión. Segundo, expresó que las diferencias recaían en que el conservatismo perdió su poder con justa causa, pues no había nada democrático o digno de salvar de su gobierno; mientras que el liberalismo había intentado noblemente construir unidad nacional. Según ellos, esta intención se había venido obstaculizando por el mismo partido Conservador. Sin embargo, por la ambición constante del partido Liberal, Lleras había podido concretar tal unidad. Gracias a este aspecto es que se relaciona la candidatura turbayista con el artículo, pues como ya se ha descrito varias veces, él representaría la continuidad de las políticas de Lleras. Finalmente, a partir de preguntas ideológicamente sesgadas, muestra las diferencias sustanciales entre los dos años y los dos gobiernos, contribuyendo a ahondar aún más las diferencias entre las dos representaciones.

<b>Conservatismo en el pasado</b>	<b>Liberalismo Hoy</b>
Caos administrativo	Seguridad y orden
Inequidades electorales	Democracia que permite la libre alternabilidad del poder y de las elecciones
Representación limitada	Sufragio universal
Abuso de la Iglesia y la religión	<i>Paz religiosa</i>

Así se representa al otro de manera completamente antagónica y negativa a partir de valores personales y sociales. El conservatismo es el enemigo no sólo de los liberales, sino también de la totalidad de la nación. Sin embargo, en este texto se omiten discusiones que se han dado respecto a la Iglesia y el Estado, sobre todo las referentes a la ley 200 durante el gobierno de López y el patronato en 1942. También se evitan los temas acerca de los múltiples paros obreros que adquieren relevancia durante este periodo y se niegan las denuncias respecto a la corrupción en elecciones a nivel regional y local, así como se desmiente la violencia que ejercieron algunos

sectores de la guerrillas, la policía y el ejército. Esto demuestra lo lejano que se encontraban las noticias en Bogotá, que poco o nada discutían estos factores.

Ospina era considerado por muchos como un ejemplo del ‘buen conservatismo’. No obstante, la anterior presentación del partido Conservador se utilizaba para deslegitimar al candidato.

Toda la política conservadora esta hoy consagrada a disimular el aspecto conservador de la candidatura del Doctor Mariano Ospina Pérez. Con patética tenacidad se procura a todas horas presentar a ese distinguido ciudadano no como el exponente de un partido ansioso de reconquistar el poder, sino como un símbolo de una unión patriótica que desea modificar los rumbos de la República. A despecho de las realidades protuberante se quiere envolver en una cortina de humo el avance del conservatismo unido con la vana esperanza de que esa táctica logre engañar a algunos incautos y facilite el proyectado asalto. (Editoriales, De 1946 a 1930, 1946).

La totalidad de los significados de este apartado desestiman al ‘distinguido ciudadano’ al relacionarlo con un partido que realmente no busca la unidad, sino que quiere el poder y advierte a quien lo lee, que el conservatismo quiere engañarlo. Desde ese discurso se pide al liberalismo que se una, pues se quiere evitar que no sólo el pueblo sea engañado, sino también el partido, que al ver en Ospina a un ‘moderado’ no reconozca el peligro que el conservatismo representa.

Si despertaran los liberales al sentimiento lógico y necesario de la defensa de su obra, que es buena y de sus ideales, que están triunfantes, si no despedazaran sus evidentes mayoría en divisiones inexplicables; si tuvieran sencillamente, un claro instinto de conservación ningún peligro correría el régimen Liberal ni lo correría tampoco la república. Tenemos la mejor de las banderas, el más fundado de los títulos, y fuerza sobradas para respaldar todo eso, y si todo eso queda vencido no será por la fuerza ajena sino por la propia locura. El partido Liberal no puede ser vencido, pero si se puede suicidar. Y esa sería su suprema tragedia. Aún es tiempo de evitarla y de impedir que regrese la hegemonía conservadora a las posiciones de mando que merecidamente y para bien de la patria perdió en 1930 y que hoy quiere escalar, escondiendo a ratos su bandera y desconociendo con máxima injusticia

una obra que plenamente justificaría hoy la más resonante de las victorias liberales (Editoriales, De 1946 a 1930, 1946).

Mientras que en el año 1930 el liberalismo opta por una campaña de esperanza para representar a su candidato, en este año apela al miedo que significaría volver a las épocas del conservatismo y por tanto se refiere a la unidad del partido y de la república en torno a Turbay. A pesar de ello, como no se logró unir al liberalismo, la tesis del conservatismo fue más aceptada y a pesar de ser minoría electoral, el 15 de mayo en las elecciones Mariano Ospina Pérez obtiene 565.939 votos, frente a 441.199 de Turbay y 358. 957 de Gaitán. Este triunfo significa el fin de la hegemonía Liberal en el poder y la crisis política que se denotaba en otros sectores ‘menos moderados’ del país, generaba un ambiente de tensión entre los dos partidos tradicionales que llevan a La Violencia Bipartidista.

## Conclusión

A partir de la lectura de esta investigación, es evidente que el liberalismo también hizo uso de un discurso de carácter religioso con fines electorales en el periodo anterior a La Violencia Bipartidista y que a través del mismo se presentó como el verdadero protector de la Iglesia en Colombia. Sin embargo, la ideología del partido no se construyó con base en ese discurso, ya que en la presentación que hacían de sí mismos expresaban también otras ideas y objetivos. Utilizaban entonces ese tipo de discurso cuando necesitaban a los adeptos de la Iglesia o el conservatismo, para consolidarse en el poder o para no perderlo. Después de analizar y contrastar ambos años de elecciones, lo que queda claro es que en el primer año se hacía mayor énfasis en la Iglesia, por qué al liberalismo ser minoría, requería de ella para poder ganar la presidencia. En el segundo año, la facción del liberalismo que representaba *El Tiempo*, no necesitaba ese tipo de discurso, porque numéricamente era más fuerte que la disidencia. Sin embargo, al verse amenazada esa mayoría por la posible unión a Gaitán del conservatismo, el partido Liberal si se refirió a la incompatibilidad que había entre el ‘comunismo’ y la religión. Luego al presentarse el candidato del conservatismo, el cual contaría con más votos por la división liberal, debió hacer alusión al mismo discurso religioso que utilizó en 1930 para deslegitimar al conservatismo. En otras palabras, en el segundo año solo hace uso de ese discurso cuando las mayorías se pueden consolidar en Gaitán y después a sabiendas de que la división propia podría darle el triunfo a los conservadores.

Ahora, el discurso utilizado no solo sirvió a los propósitos de engrandecer las cualidades del propio partido, también logró deslegitimar las posiciones del conservatismo. Para ello, se apeló en ambas ocasiones a los temas más importantes de la agenda. Según van Dijk, “las luchas ideológicas están enraizadas en conflictos políticos, sociales y económicos reales” (Van Dijk, 2003, pág. 351). La *paz religiosa* del liberalismo era la respuesta a la crisis social y política de 1930 causada por los conservadores. En 1946, la negatividad de Gaitán recaía en la incompatibilidad de la religión con el comunismo y la inviabilidad de Ospina en la torpeza conservadora durante su hegemonía. Olaya Herrera sería el ‘salvador’ de la república y Turbay un ‘anticomunista’ que daría continuidad a la grandeza del liberalismo en el poder por 12 años y por tanto a la *paz religiosa*.

Cabe resaltar que el discurso no sólo deslegitimó al adversario sino que también le negó su existencia. A partir de la adopción de la *paz religiosa* por el liberalismo, la diferencia ‘sustancial’ entre los partidos quedaba reducida a la nada. Por esto, la unidad que en las dos ocasiones se presentó con los candidatos, siempre dejaba de lado al conservatismo. Se pretendía unir a la nación, siempre y cuando esa unión significara que el liberalismo lo representaría.

¿Quién podría, con razón, temer el éxito de la concentración nacional, de la cual será el liberalismo núcleo vigoroso y sustantivo, pero dentro de cuyos amplios pliegues caben todos los patriotas de buena voluntad? Irán sin duda el poder nuevos hombres y nuevas ideas, pero no de las que alarmen o intranquilen a quienes busquen con inteligencia y buena fe el bien de la patria. En su afán de cerrarnos el paso, nuestros adversarios empiezan a quitar el triunfo del candidato nacional pondría en peligro la *paz religiosa*. La verdad, por paradójica que parezca, es que aquel triunfo sería el restablecimiento de esa paz, que los van los conservadores han destrozado (Editoriales, Discurso del doctor Eduardo Santos, 1929). (El subrayado en el original es mío).

En este proceso el análisis del discurso fue determinante, pues permitió encontrar en *El Tiempo*, los aspectos de carácter jerárquico y de deslegitimación de la ideología liberal; haciendo evidente la forma en la que el partido violentaba simbólicamente, al contrario, a partir de construir su representación como la de un enemigo de la patria. A través de una estrategia de consolidación del conservatismo negativamente y del partido propio positivamente, se polarizó de tal manera las dos imágenes que se tenían de los grupos, que uno de ellos dejó de pertenecer a la unidad nacional. En otras palabras, el análisis del discurso fue clave para denotar parte del ‘discurso ideológicamente sesgado del liberalismo’.

Gracias a ello se logró poner en tela de juicio esa puesta en escena tan típica que rodea todos los estudios sobre La Violencia, donde la Iglesia y el conservatismo eran vistos como uno solo. Se aportó al vacío que María del Pilar Vázquez Piñeros evidenció en su estudio sobre la historiografía vigente, construyendo una comprensión más profunda acerca del papel desempeñado por la Iglesia en este periodo. Si bien se matizó específicamente la postura del liberalismo, a partir del análisis también se reflejó que hubo sectores de la Iglesia que apoyaban la postura anticlerical del partido.

Ahora respecto a los matices en el partido Liberal, fue interesante observar a lo largo de la historia del país las diferentes facciones que había al interior del partido en torno al tema religioso; la manera como algunos también hicieron una utilización del discurso católico con fines electorales, mientras que otros sectores se alejaban de esas posturas; el énfasis que hubo en 1930 con respecto a la Iglesia a diferencia de la posición histórica de este partido; y la división preponderante que tuvo en el 46, sobre todo porque para muchos el liberalismo ‘pleno’ en esa época estaba más relacionado a Gaitán, pero en realidad la gran mayoría apostaba por Turbay, quién presuntamente apostaba por la *paz religiosa* del 30.

Todo esto resulta paradójico, pues en la revisión de algunos periódicos conservadores realizada por Lukas Rehm, la ‘diferencia’ religiosa parecía legitimar la violencia. Este análisis contribuye a la respuesta de la pregunta de Daniel Pecaute ¿por qué ciudadanos del mismo país, de la misma clase social y de la misma religión, se mataban entre ellos? Al evidenciar la utilización del discurso religioso con fines netamente electorales en ambos partidos, se muestra cómo se construyó una imagen mental negativa y antagónica, basada en un modelo de creencias históricamente consolidadas, con el fin de afianzarse en el poder. Tal como lo indica Van Dijk, el discurso se utilizó desde quienes ostentaban el poder, para reproducir relaciones de diferencia y legitimar las estructuras sociales dominantes. Así pues, el ACD sirvió para desenmascarar esas maneras en las que el discurso construía relaciones, representaciones e identidades que discriminaban, deslegitimaban y jerarquizaban a los individuos pertenecientes a los partidos, con la finalidad de conseguir o estabilizarse en el poder.

Ahora, dar cuenta de lo anterior sirve de aporte para recordarle a los ciudadanos, como menciona Bourdieu, la manera en la que se engañan respecto a sus intereses, como a través del discurso construyen sus creencias respecto a sí mismos y a los otros y la forma en la que reproducen estructuras de poder preexistentes cuando no se cuestionan respecto a sus apropiaciones. También se hace evidente la manera en la que las estabilizaciones de diferencias, ‘odios heredados’ o ‘inconsciente partidista’ llegan a tal punto que llevan a la respuesta física. Cabe recordar que para Van Dijk. La ideología es un “sistema político o social de ideas, valores o preceptos de grupos u otras colectividades, que tienen la función de organizar o legitimar las acciones del grupo” (Van Dijk T. A., 1998, pág. 16). Así la violencia simbólica cultural que subyacía a las representaciones

antagónicas de los partidos, llevó a la violencia física. Señalar estos aspectos sirven para que no se sigan repitiendo esos errores del pasado y tener lecciones para el presente que incluso hoy, en pleno siglo XXI, sigue siendo uno atormentado por conflictos violentos. De esta manera se pretendió contribuir a la construcción de memoria histórica, al resaltar la importancia del “aspecto religioso en la confrontación de los partidos a lo largo de la historia nacional –y, concretamente, durante La Violencia” (Piñeros, 2007).

Estas son algunas de las evidencias más importantes que se encontraron al realizar el análisis crítico del discurso a la prensa en el capítulo anterior. Cabe anotar, que con la exposición de ellas no se pretende satanizar al partido, simplemente matizar la posición del liberalismo en un aspecto que no suele tenerse en cuenta. Se deja claro que la investigadora es consciente de que *El Tiempo* es solo una expresión específica del partido Liberal y que habían distintos acercamientos al tema de la religión que probablemente no se expresan en este escrito. Por ello, se busca que esta sea una investigación que aporte a la continuidad de estudios sobre diferentes periodos y actores que den cuenta de las diversas posturas que hay al interior de las instituciones.



## Referencias bibliográficas:

- (2019, Noviembre 15). *La carta del arzobispo Perdomo a los dos candidatos*, p. 1 y 15.
- Abel, C. (1987). *Política, Iglesia y partidos en Colombia, 1886-1953*. Bogotá: FAES.
- Ayála, C. (2008). *Exclusión, discriminación y abuso del poder en El Tiempo del Frente Nacional*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Barrero, H. G. (2016). La religión. In H. G. Barrera, *Los Rojos y los Azules: la violencia de la polarización partidista Pacho (1930-1956)* (pp. 59-62). Bogotá.
- Bonilla Vélez, J. (1995). *Violencia, medios y comunicación, otras pistas en la investigación*. México DF: Editorial Trillas.
- Bushnell, D. (n.d.). *Red Cultural del Banco de la República*. Retrieved from banrepcultural: <http://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-50/las-elecciones-en-colombia-siglo-xix>
- Calibán. (1945, noviembre 8). Danza de las horas. *El Tiempo*, 4.
- Calibán. (1946, Enero 20). Frente Nacionalista. *El Tiempo*, 4.
- Chaux, F. J. (1929, Diciembre 6). Puede el partido Liberal presentarse con candidato propio. *El Tiempo*, p. 1 y 14.
- Comisión histórica del conflicto y sus víctimas. (2014). *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia: comisión histórica del conflicto y sus víctimas*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Corresponsal. (1929, Diciembre 22). 10.000 personas fueron a la manifestación de Medellín en favor de la candidatura de Olaya Herrera. *El Tiempo*, pp. 1-2.
- Corresponsal. (1929, Diciembre 18). El directorio liberal de Caldas acoge entusiaste la candidatura de Olaya. *El Tiempo*, p. 1.
- Corresponsal. (1929, diciembre 20 ). En Manizales hay un entusiasmo delirante por la candidatura de Olaya Herrera - El clero no la considera peligrosa - Los conservadores la aplauden y el liberalismo cree en el triunfo. *El Tiempo*, pp. 1-2.
- Corresponsal. (1929, diciembre 23). La Pastoral de arzobispo. *El Tiempo*, p. 4.

- Corresponsal. (1929, Noviembre 20). Samper U., López y Cuberos, forman el directorio Liberal. *El Tiempo*, p. 1 y 9.
- Corresponsal. (1946, enero 22). *El Tiempo*.
- Deas, M. (2009). Algunos interrogantes sobre la relación guerras civiles y violencia. In G. Sánchez, & R. Peñaranda, *Pasado y presente de la violencia en Colombia* (pp. 81-85). Medellín : La carreta editores E.U. & Universidad Nacional de Colombia: instituto de estudios políticos y relaciones internacionales.
- Delgado, A. M. (1929, Diciembre 22). Por qué apoya la juventud conservadora la candidatura de Olaya Herrera . *El Tiempo*, p. 3.
- Editoriales. (1929, diciembre 27). Discurso del doctor Eduardo Santos. *El Tiempo*.
- Editoriales. (1930, enero 8). El triunfo Liberal y la Iglesia . *El Tiempo*, p. 3.
- Editoriales. (1930, Marzo 4). Los intereses de la religión y los resultados de la campaña electoral . *El Tiempo*, p. 3.
- Editoriales. (1930, Enero 7). Olaya Herrera sale para Colombia para estudiar lo que más le convenga para el país. *El Tiempo*, p. 3.
- Editoriales. (1945, diciembre 1945). *El Tiempo*, 4.
- Editoriales. (1945, Noviembre 13). El clima de concordia. *El Tiempo*, 4.
- Editoriales. (1946, abril 8). De 1946 a 1930. *El Tiempo*, p. 4.
- Editoriales. (1946, marzo 12). Es imposible un acuerdo nacional. *El Tiempo*, 4.
- Editoriales. (1946, marzo 13). Invitación a la unión liberal. *El Tiempo*.
- Editoriales. (1946, Enero 5). La Iglesia y Colombia. *El Tiempo*, 4.
- Elecciones 1930. (1930, febrero 12). *El Tiempo*, p. 1.
- Foucault, M. (1990). *The history of sexuality*. New York: Pantheon Books.
- Galtung, J. (1989). Violencia cultural. *Gernika Gogoratus. Centro de investigación por la Paz.*, 1-28.
- Galtung, J. (2003). Violencia Cultural. *Gernika Gogoratus*, 4-27.
- González, F. (1997). *Poderes enfrentados: iglesia y Estado en Colombia*. Bogotá: CINEP.
- González, F. E. (2014). *Poder y Violencia en Colombia*. Colombia: CINEP - ODECOFI.
- Gutiérrez, F. (2014). *El orangután con sacoleva: cien años de democracia y represión en Colombia (1910-2010)*. Bogotá: Penguin Random House.

- Hurtado, G. M. (2009). Religión y la violencia en documentos de los años 50 en Colombia. Las cartas del capitán Franco. *Anuario colombiano de historia social y cultura*, 69-89.
- Jaramillo Marín, J. (2011). La Comisión Investigadora de 1958 y la Violencia en Colombia. *Universitas humanística*, 72, 37-62.
- Leal Buitrago, F. (1997). Prólogo. In F. G. González, *Poderes Enfrentados: Iglesia y Estado en Colombia* (pp. 13-19). Bogotá: CINEP.
- López, A. (1929, Noviembre 17). Alfonso López analiza las perspectivas económicas, fiscales y políticas del país. *El tiempo*, pp. 1, 4, 9 y 14.
- Mejía, M. V. (2006). Prólogo, Del preiodista silvestre al profesional agremiado y Los duelos del periodismo políticos: cuadriláteros a diario. In M. V. Mejía, *A plomo herido: una crónica del periodismo en Colombia* (pp. 11-79). Bogotá: Planeta.
- Mesa, L. J. (2013). La iglesia católica y la formación del Estado-nación en América Latina en el siglo XIX. El caso colombiano. *Almanack*, 06, 5-25.
- Molano, A. (2015). *Fragments de la historia del conflicto armado (1920-2010)*. . Colombia: Centro de Memoria Histórica.
- Murillejo, N. C. (2009). ¿Por què razones distintas a la filiación política nos matábam los colombianos en los años 50. *Universitas Humanistica*, 147-164.
- Palacios, M., & Safford, F. (2011). *Historia de Colombia. País fragmentado, sociedad dividida*. Bogotá: Universidad de los Andes Facultad de Administración.
- Pastoral del arzobispo primado al clero sobre elecciones. (1929, diciembre 21). *El Tiempo*, p. 4.
- Pecaut, D. (2012). *Orden y violencia en colombia 1930-1953*. Medellín: Fondo editorial Universidad EAFIT.
- Perea, C. M. (1996). *Porque la sangre es espíritu*. Bogotá: Editorial Santillana.
- Pérez, C. E. (2004). El lenguaje de la violencia, la prensa escrita, los partidos y la Iglesia: 1950. *Co-herencia* , 106-124.
- Piñeros, M. d. (2007). La iglesia y la Violencia Bipartidista en Colombia (1946-1953) Análisis Historeográfico. *Pensamiento y cultura*, 309-334.
- Rehm, L. (2014). La construcción de las subculturas políticas en Colombia: los partidos tradicionales como antípodas políticas durante La Violencia, 1946-1964\*. *HISTORIA Y SOCIEDAD*, 27, 17-48.

- Rojas, C. (2001). *Civilización y Violencia, la búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*. Bogotá : Grupo Editorial Norma.
- Rojas, D. T. (2017). La actitud de la Iglesia católica colombiana durante las hegemonías liberal y conservadora de 1930-1953. . *Cuestiones teológicas*, 67-94.
- Rosa, M. L. (2000). *De la derecha a la izquierda: la Iglesia católica en la Colombia contemporánea*. Bogotá: Planeta.
- Santos, E. (1929, Noviembre 10). El banquete ofrecido a la dirección nacional del partido. *El Tiempo*, pp. 1-2.
- Umaña Luna, E., Fals Borda, O., & Guzmán Campos, G. (1962). *La Violencia en Colombia Tomo I*. Bogotá: Peguin Random House .
- Uribe de H., M., & Álvarez Gaviria, J. (2002). Introducción. In M. T. Uribe de H., & J. M. Álvarez Gaviria, *Cien años de prensa en Colombia, 1840-1940* (pp. ix-xxi). Medellín: Imprenta Universidad de Antioquia.
- Van Dijk, T. (2003). La multidisciplinariedad del análisis crítico del discurso. un alegato en favor de la diversidad. In R. W. Meyer, *Métodos de análisis crítico del discurso* (pp. 143-176). Barcelona: Gedisa.
- Van Dijk, T. A. (1998). *Ideología: un enfoque multidisciplinario*. Barcelona: Gedisa.
- Villamin, E. (2014). Ciudadanía protestante y disidencia moral: el papel de la prensa religiosa en el debate sobre las libertades religiosas durante 1946 y 1953. *Middlex University*.
- Wodak, R. (2003). De qué trata el análisis crítico del discurso (ACD). Resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos. En R. Wodak, & M. Meyer, *Métodos de análisis crítico del discurso* (págs. 17-33). Barcelona: Gedisa S.A.